FRAY MOCHO

Diciembre 1931



SUMARIO

FRAY MOCHO

S. PEREZ

No. 933

Fundado el 3 de mayo de 1912

Año XIX

Dirección, Redacción y Administración
CERRITO 607

U. T. Libertad (35) 3899

Número suelto Un peso

Buenos Aires, Diciembre de 1931

LA NOVIA

Hanse mostrado las flores en la tierra,
El tiempo de la canción es venido
y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola;
la higuera ha echado sus higos
y las vides en cierne
dieron olor:
levántate, oh amiga mía, hermosa mía
y vente. - *(El cantar de los cantares de Salomón)*

UNA LAGRIMA

SIEMRE tuve por el campo un misterioso respeto, una adoración silenciosa y la admiración que se debe, a lo que sólo se conoce a través de la exaltación de un temperamento, traducida en un cuadro, un poema o un cromo postal.

Hombre de ciudad por excelencia, acostumbrado a pisar el asfalto y a tomar un taxímetro cuando se me da la gana siempre que tenga con que, tengo formado sobre la comodidad, un criterio especial.

Creo firmemente que la luz se hace, cuando uno se resuelve a dar vuelta de una llave; que el baño debe ser con agua caliente y que para conseguirlo no es necesario nada más que abrir una canilla; que los botines se han de lustrar solos.

Por estas razones es que he sentido siempre el misterioso respeto por el campo, a que antes hago mención. Y el entusiasmo que me ha despertado la descripción de un paisaje, la vida sencilla, la tranquerita, la china, el cimarrón, el gaucho bravío y un rodeo, ha decrecido ante el razonamiento de que la silla de manos había de ser un chisme absolutamente desconocido en las tierras de Santos Vega.

Días pasados, un buen amigo mío que es hacendado, insistiendo en una invitación que muchas veces me hiciera, me pidió lo acompañara a su estancia. Por no poder negarme, acepté.

Y allá va lo sucedido.

El tren sale siempre a las ocho y media de la noche, hora muy incómoda y que equivale a comer en su casa a las siete, o ha hacerlo en el tren a las nueve, con el siguiente menú: sopa servida en hemisferios plateados y que se vuelca, pollo que puede ser un ciempiés porque todo son patas, pescado que no se come porque se desconfía de la fecha de su defunción, un hueso con un pedacito de carne pegada, que es el asado, una naranja y café. Total tres pesos.

Enfrente, sentados, siempre hay dos personas, uno tipo criollo de luto, con manos paquidérmicas, que come con modestia y previa observación de cómo lo hacen los que le rodean y el otro de guardapolvo, calvo, uñas sucias, de modales exagerados y que se escarba los dientes con un palillo, que de cuando en cuando hace las veces de catapulta, con grave detrimento de una fotografía del "Bristol Hotel" de Mar del Plata, que está a su frente.

Y en seguida a dormir; si se puede, naturalmente.

Los momentos en que es posible hacerlo son: cuando la máquina toma agua y dos estaciones antes de bajarse.

Con mucho frío y con muchísimo sueño se llega al punto de destino, donde hay siempre un carnero con el rótulo al pescuezo; que me recuerda aquellos libros del colegio, que decían: "si este libro se perdiera, etc..."

Hemos quedado en el andén, las valijas, un servidor, mi amigo el estanciero y el jefe de la estación, que farolito en mano lo llama aparte le conversa de unas guías y le pide un petizo prestado para el chico del telégrafo.

Para dejarles mayor amplitud comienzo el descenso de una lomita que hay en todas las estaciones, que es de carbón pisado, mientras pienso en lo incómodo que sería una apendicitis, una espina atravesada en la garganta o cualquier otra dolencia de intervención rápida, en lugar en que la terapéutica y la medicina operatoria se han desarrollado en tan escasa forma; y en estas divagaciones me encuentro frente al vehículo que ha de conducirnos.

Tiene cuatro caballos, una rueda remendada con alambre y el látigo no existe.

Llega el hacendado y su cochero; me alegro ante la perspectiva de huir pronto de aquel páramo.

Pero no señor, todavía no podemos salir, hay que cargar tres rollos de alambre y esperar la galleta. Una hora después llegan, no cabemos todos cómodamente y, con toda franqueza, hubiere preferido que el alambre hiciera el viaje por separado.

Pero, en fin, todo es cuestión de arreglarse.

A los nombres de Noble, Chiche, Ruano y Galgo, dichos con voz estentórea y que hacen las veces de fusta, arranca el tronco en forma precipitada.

Noble se enreda, patea, rompe un tiro y desarregla a Chiche. Indudablemente Noble tiene mal carácter.

Mi amigo me invita a descender para que coopere en la tarea de recomposición.

Metido en ella, llego al convencimiento de que los ojales y broches de una guarnición campera, son mucho más duros de lo que parecen.

Treinta minutos de compostura y partimos.

El cochero opina que haremos el viaje por el campo de los Berreta, camino más corto, que reduce la distancia solamente a nueve leguas.

Como no tengo una idea muy exacta de las medidas de longitud, pregunto que son nueve leguas y se me contesta que cuestión de un ratito: cuatro horas más o menos.

Ante tal perspectiva cierro los ojos y trato de soñar con las botas del cuento.

Ha pasado mucho tiempo, el sol calienta ya, estamos frente a una tranquera que nos cierra el paso.

Es el campo de los Berreta, la tranquera está cerrada con llave y la casa de los señores del feudo, no se ve ni por broma.

En fin, no hay más remedio, media vuelta y a cruzar el pantano de la calle.

Noble, Chiche, Ruano y Galgo ponen de de su parte buena voluntad y al paso no más, con mucha paciencia consiguen hacernos cruzar las treinta y ocho cuadras de barro. Eso sí, dejándonos, naturalmente, a la miseria y con unos lunares negros que harían morir de envidia a Mme. de Maitenón.

Un galpón y unos arbolitos ralos, me dicen que es el monte; me maravillo ante la idea de que eso sea un monte y no acierto a comprender, cómo en lugares semejantes puedan esconderse pumas, gatos monteses, perros salvajes y hasta perderse Caperucita Encarnada.

Son la diez de la mañana y hemos llegado, me despido del alambre y la galleta y al pisar tierra firme me cuesta conservar mi condición de bípedo.

Tengo mucha hambre; pero mi amigo el estanciero opina que ya no vale la pena desayunarse y que, además, no podríamos hacerlo, porque el encargado de esos menesteres está en ese momento emparvando.

Mientras tanto se me invita a visitar el corral de los chanchos, la huerta, el gallinero modelo y una vaca con carbunclo. La distancia que media entre cada uno de estos puntos oscila entre catorce y diez y seis cuadras y el interés que ello me despierta muy relativo.

Los chanchos son idénticos a los de las fiambrerías, solamente que con más pelo y más sucios; la huerta, verduras igual a la del puchero; el gallinero, latas, madera y gallinas y la vaca con carbunclo, un animal triste. Carbunclo no se ve.

Almorzamos y al deseo lógico de matizar la digestión con una siestita, se me observa que sería una lástima no aprovechar día tan espléndido y se me propone salir a caballo.

Me entregan un freno y unas riendas y mostrándome el horizonte, me dicen: — Allá está el caballo; — miro en la dirección indicada y no veo más que un molino, un árbol y un rancho. Insisto en la observación y después de escudriñar descubro un puntito negro; ese es el caballo.

El almuerzo ya está en los pies y el cuadrúpedo todavía a tres cuadras.

Llego a él y la bestia se obstina en darme continuamente la espalda. Nunca he creído en la cortesía de un caballo; pero tampoco en tamaña grosería y como he oído contar cosas espeluznantes sobre los efectos de una patada, no me atrevo a acercarme a más de una distancia prudencial, ante el pálpito de que pueda tratarse de un carácter levantisco.

Harto ya, después de agotar todos los sistemas persuasivos, las palabras convincentes y las buenas maneras, entro en el terreno de las amenazas y como no son escuchadas o por lo menos entendidas le revoleo el freno y se lo sacudo.

El caballo huye a sitios más tranquilos y al freno no lo encuentra ni Cristo en el pasto; inútiles son todas las pesquisas, recorro todos lo puntos posibles por donde pueda haber caído, trato de reconstruir la escena y después de mucho buscar y de llegar a la conclusión de que un potrero es muchísimo más grande que un freno, emprendo la retirada, con la cabeza baja, las piernas deshechas, el cuerpo molido.

La luz es ya amarilla, mi sombra muy larga y el crepúsculo inminente.

Y esa noche al acostarme, mientras me desvestía y luchaba con los bichos colorados, me cayó una lágrima una lágrima de nostalgia por la Avenida de Mayo, por la calle Saenz Peña, por mi cama, por los taxímetros, por la luz eléctrica, por los mucamos, y pensé en el misterioso respeto que siempre tuve por el campo.

¿Porque estoy borracho?



QUERIDO amigo.

En el momento en que escribo esta confesión, estoy borracho, completamente ebrio...

No vayas a creer por ello que esta narración es la obra de un cerebro enloquecido por el alcohol; ni pienses tampoco que vas a leer incoherencias, ni divagaciones sin sentido; nada de eso. Te diré, por lo pronto, para explicarte semejante cordura en un beodo, dos palabras: mi embriaguez es absolutamente premeditada, y estoy firmemente convencido, que, cuando uno se propone, en estos casos, discurrir razonadamente, no se pierde el tino, y en cambio se aguzan los recuerdos. (Ya te explicaré este fenómeno en otra oportunidad).

Tú sabes que tengo la debilidad de escribir cuando estoy triste, cuando tengo una pena; es un consuelo... Sabes también que se murió la nena, ¿te acuerdas?... aquella chica que declamaba:

"República Argentina patria amada"... etc.

Pero sí, ahora recuerdo: tú la escuchaste en un día patrio, y estabas inquieto, pues temías se cortase; sin embargo se desempeñó muy bien, y con mucha gracia se inclinó cuando decía:

"Vengo patria gloriosa, solamente
a doblar la rodilla reverente
y a deshojar las mías a tus pies".

Y deshojó un ramo de flores que le había preparado la tía. Bueno; como me estoy acordando de ella, quiero escribir. ¿Por qué me he embriagado para ello? Eso te lo diré, y comprenderás mejor, al final.

Olvidaba hacerte una advertencia: si crees encontrar un cuento entretenido, no lo leas, y si no tienes ánimo de entristecerte, tampoco.

II

La nena tenía seis años. Era linda, ¿no es cierto? Todos los que quieren, creen ingenuamente que la persona querida es muy hermosa siempre; pero ésta lo era en verdad. ¡Estoy seguro! Tenía, dije seis años, y unos ojos grandotes, que cuando estaba en agonía, dilataron tanto las pupilas que parecía que iban a estallar... mas eso corresponde al final de la narración... pierdo un tanto la cabeza... Eran unos ojos expresivos como si reflejaran un alma de veinte años. Cuando yo la hacía llorar (lo hice muchas veces) adquirían una expresión de reproche, tan triste, que de inmediato me llenaba de arrepentimiento. Se me ocurre que habiendo descrito sus ojos, la he descrito toda.

Una tarde, regresó enferma del colegio; le dolía el vientre y tenía fiebre: llamaron al médico (dicen que es de gente vulgar culpar a los médicos,) pero — te lo diré en confianza — parece que equivocó el tratamiento y la nena empeoró.

Hubo consulta; es imponente una consulta; aquellos señores graves, de ademanes mesurados, van a decidir la alegría del hogar. El nuevo médico le palpó el lado derecho del vientre, durante mucho rato; golpeaba con el índice y el dedo medio de su mano derecha sobre los mismos dedos de la izquierda, que había colocado sobre la piel; "percutía", en su lenguaje; y se escuchaban ruidos vagos e indescifrables para mí; de vez en cuando, hundía los dedos en la carne, y la enfermita respondía con un grito crispante.

—Es un caso clavado de apendicitis. — dijo.

Y ordenó que se invirtiera el tratamiento.

—Hielo, mucho hielo.

Pero ya era tarde. La enfermita estaba agotada; no se podía operar.

Ahora comienza lo más triste para mí; desde aquel día no se escuchó otra cosa que un quejido continuo; era como el débil quejido de una ovejita herida; pero ¡cómo resonaba en mis oídos! ¡se me clavaba en el tímpano! Y ella nos miraba llena de angustia, solicitando protección, ¡cómo si pudiéramos dársela! Esas miradas cohibían, pues por momentos imploraban y a veces exigían...

—¡¡Mamá qué voy a hacer con este dolor!!

La madre callaba sin saber qué responder a la súplica desesperada. Rezaba pidiendo ingenuamente un milagro; y en su oración preguntaba repitiendo las propias palabras de la nena:

—¿Qué va a hacer la nena, Dios mío, con ese dolor?

Y Dios enmudeció; por eso no creo en él.

Después se agregó el tormento de la sed. Aquel cuerpecito enflaquecido, de cara desencajada y de ojos que hacía brillar la fiebre, tenía un volcán en el vientre.

—¡Agua... pronto... agua!...

Entretanto sin un instante de tregua, tenazmente, la acosaban agudas punzadas, cual si una aguja perforara sus intestinos; y ahora repetía: ¡Tiíta! ¿qué haré con este dolor?...

Una tarde los médicos declararon que no vendrían ya.

Cuando entré en el cuarto de la enfermita, todas estaban sentadas junto al lecho, volvieron hacia mí sus facciones marchitas por las vigilias y la pena; se le marcaba netamente la curva de unas profundas ojeras violáceas.

—¿Sabes? — me dijo una de ellas con voz apagada. — Ya no vendrán más los médicos....

En la blancura de las sábanas se destacaba igual a una flor tronchada la cabecita doliente, con el ensortijado cabello desordenado.

Tú que entiendes de medicina, conocerás sin duda los detalles que te envía este profano.

Creo que aquello era lo que llaman estado comatoso.

Respiraba lenta y profundamente. Tenía las mejillas teñidas de color rosado y los músculos faciales flácidos, dábanle una expresión de intenso abatimiento; la boquita aparecía un tanto desviada. ¿Sabes por qué me llamó la atención este detalle? Porque recordaba por contraste la gracia con que aquellos labios sabían decir la canción escolar:

"Tuve una muñeca, vestida de azul",
....
"La saqué a paseo y se me enfermó
¡Pobre muñequita, que se me murió!"

Los ojos en aquel momento me produjeron horror. Vidriosos, más grandes que nunca; me incliné para adivinar la expresión... Me parecieron como aterrados; creo haberte dicho que tenían la pupila bárbaramente dilatada, con un diámetro longitudinal, mayor que el transverso. No conozco qué clase de relaciones fisiológicas pueden existir entre los ojos y ese estado que los técnicos llaman comatoso; no conozco, pero a mí me pareció que estaban así, porque veían la muerte y el espanto les esculpió su sello. Murió al amanecer. Cuando el día nacía, ella expiraba.

Yo fuí a verla, cuando ya estaba vestida; me acordé de aquel trajecito nuevo que era su orgullo, el mismo que vestía, cuando dijo aquellos versos en el día patrio; la tía, aturdida por la desgracia, en la inconsciencia momentánea de los grandes dolores, se lo arreglaba con singular esmero, cuidadosamente, amorosamente como si la preparara para aquella fiesta...

¿Me entiendes por qué me he emborrachado?

Porque dicen que los hombres no deben llorar; eso queda para las mujeres; y yo, así ebrio, he llorado mientras escribía y he derretido unas lágrimas que tenía cristalizadas en el alma, desde su muerte. — Tu amigo.

Esta carta estaba manchada de vino.

La muerte de Vatel



HANTILLY. En el zenit, una clara luna de plata. En el castillo de Condé, el Rey Sol. A los pies de su majestad, cortesanos magníficos, damas pomposas, servidores sin número. Es la hora en que el sol de Borbón luce sus destellos más claros. Y es también, en esta noche de fiesta, y de lujo, que unos caballeros esperan al pie de una escalinata de mármol. El rey Luis va a salir para correr un ciervo a la luz de la luna. Los caballos piafan, las armas relumbran, los caballeros aguardan. Diana no correría con más pompa.

De pronto se han movido las figuras de ese cuadro magnífico. Allá arriba se han abierto unas anchas ventanas y han aparecido unas deliciosas siluetas. Ya se oye el rumor de la comitiva que baja. Y el Rey Sol aparece en la belleza del jardín, seguido de unos caballeros gentiles que en nada se parecen ya a los viejos leones del rey Francisco. Galas, plumas, encajes, espadas, sutiles bellas y largas manos que palmotean el cuello de los caballos inquietos o acarician la noble cabeza de unos lebreles heráldicos.

El rey ha saludado a los nobles que esperan y los nobles se han inclinado reverentes. El caballo que le presentan es estatuario y magnífico como un caballo de bronce. Ya el rey se afirmó en los estribos — unos breves estribos de oro — y ya suelta las riendas inclinándose sobre el cuello de su cabalgadura. Y el caballo ha partido al trote. No hay tiempo que perder; a montar todos y en seguimiento del rey. Ha comenzado la cacería real y sólo se escucha ya, como el ruido de un torrente lejano, el sordo rumor de una cabalgata que vuela al suave resplandor de una luna fantástica.

En tanto ,Vatel, el cocinero del príncipe, anda inquieto por las dependencias del palacio, preguntando cosas absurdas. Vatel dice que ya ha llegado la carne que no necesita más aves, que hay en su bodega toda clase de vinos y hasta que ha recibido de unas monjitas unos dulces exquisitos hechos al gusto de España. Lo que inquieta a Vatel es el pescado, el pescado que se ha pedido y no llega. Y Vatel, que es un hombre que suele hablar de "su honor", repite que no llega el pescado y se exalta haciendo reir a unos graves señores que no creen en más honor que en el suyo.

Ha comenzado la tragedia — una obscura tragedia que salvará del olvido la grafomanía de una dama — y con ella el martirio de "ese Vatel"... Los viejos que han quedado en palacio se ríen de lo que les cuentan de ese hombre fantástico que hasta habla de vengarse atrozmente. Vatel se ha convertido en un raro espectáculo... El hombre habla de "su honor", del pescado que no llega, de la vergüenza que le espera.

¡Perderse el pescado cuando ya han dicho al rey que Vatel lo tiene exquisito! "Yo no sobreviviré a esta afrenta". Y Gronville, que lo ha oído, ha reído como un abad. ¿Quién piensa en dramas en esta noche de fiesta. El rey cabalga a la luz de la luna persiguiendo a un ciervo que huye. Lejos, muy lejos, suena el cóncavo son de unas trompas de caza. También se oye en la paz de la noche el furioso ladrido de los perros. Los monteros estarán apretando el círculo en cuyo centro un monarca resplandeciente herirá con su espada el flanco de la res asustada. Tenéis razón, señor de Gronville.

Chantilly arde en fiestas. Jamás se vió en Chantilly un espectáculo tan soberbio. En verdad que es una fiesta digna de un rey. Verdad también que todo ello es obra del príncipe Luis de Borbón, señor serenísimo ante el horror de la guerra y la majestad del monarca. Condé es espejo de príncipes. Una fiesta antes resultaría descolorida en Versalles que en este bello retiro. Y si grande es el príncipe, grande es también el castillo donde toda la nobleza ha hallado aposento. Es una gran verdad que madama de Sevigné va a escribir a su hija la de Grignán...

Madama de Sevigné quiere aprovechar los minutos para dar cuenta a su hija de todo lo que ha admirado en el día. El rey no volverá en toda la noche. Tendrá tiempo de escribir una larga carta y de contar a la posteridad lo que le acaban de decir de Vatel. Vatel ha muerto como un buen soldado, invocando "su honor" — he ahí una cosa fantástica — y convirtiendo en tragedia lo que no era más que una dilación de minutos. Madama sabe hacerlo muy bien...

"A las cuatro de la mañana — ha ido escribiendo madama — salió Vatel y fué por todas partes, encontrando a todos dormidos. Sólo vió a un proveedor que no le llevaba más que dos cargas de pescado. Vatel esperó algún tiempo; pero los otros proveedores no vinieron. Su cabeza se calentaba y creyó que no habría más pescado; encontró a Gronville y le dijo: Caballero, yo no sobreviviré a esta afrenta. Gronville se burló de él. Vatel subió a su habitacion, apoyó su espada contra la puerta y se la pasó a través del pecho; pero no murió hasta el tercer golpe. Por fin cayó muerto".

Madama ha dejado la pluma y se ha puesto a pensar en las burlas del destino. Acaba de morir y ya dicen unos criados que el pescado llega por todas partes. Si ese hombre hubiera esperado... Y madama ha vuelto a tomar la pluma, pensando cómo decir a madama de Grignán que la felicidad llega siempre. No hay más que esperar santamente o echarse al campo para ver cómo corre su ciervo un rey imaginario a la luz de una luna fantástica, para que, al volver, hallemos sobre la almohada el rico presente. Vatel fué un loco... Y así pensando ha escrito madama una de sus más lindas cartas.

El arbol solitario



Arbol potente que en la tierra dura
Entierras tus tentáculos y yergues
Sobre la roca agreste que te cerca
La vasta copa de tus gajos verdes.

El viento del desierto, embravecido
Ante el escollo abrupto del sendero,
Cae al fin sobre ti con fiera saña
Y te sacude con impulso horrendo.

Bajo el brutal azote te doblegas,
Lanzas bronco gemido, acaso imploras,
En convulsión frenética te agitas
Y parece que cedes y zozobras.

El implacable sol de un largo estío
Arroja sobre tí sus rojos dardos,
Fulmina tu ramaje, te calcina
Y te envuelve en la hoguera de sus rayos;

Pero la noche llega, fresca y suave,
El ardor lentamente se amortigua,
Circula entre tus ramas dolorosas . . . . .
Con divino rumor, plácida brisa,

Y vuelves otra vez, árbol augusto,
A elevarte gallardo, floreciente,
Ofreciendo al cansado transeunte
La dulce sombra de tu copa ingente.

En vano el sol, el ábrego, la lluvia,
Pretenden abatir tu recio tronco;
En vano los hostiles elementos
Asestan sobre ti golpes sonoros;

Sin inmutarte, manso, les devuelves
En quietud, en canciones, en dulzura,
En jugo nutritivo y fruto amable
La violencia salvaje de su furia.

Hundes tú las raíces poderosas
En las capas más hondas de la tierra
Y con ellas sostienes, desafiante,
Tu arquitectura sólida y esbelta.

Impasible y erecto sobre el fosco
Paisaje en que tu cuerpo se destaca,
No te cuidas del hombre que te hiere
Ni del viento al que ofende tu arrogancia.

Sabes que el mal no dura eternamente,
Que el céfiro sucede al cierzo frío,
Que tu misión es dar el fruto sacro,
Ajeno a las perfidias del camino.

¡Oh! Arbol gigantesco y solitario!
Cuánto admiro tu vida y me conforta
El verte soportar con aire estoico
Las insidias que medran a tu sombra.

Como a tí, la maldad de los humanos
También me hiere con rigor extremo,
Bregando por destruir, una tras otra,
Las galas de mis nobles sentimientos.

Como a tí, me hostiliza el odio enorme
Agriando mis mas candidas dulzuras
Y queriendo trocar en fruto acerbo
Mis tesoros de amor, mis altas luchas

Por el santo Ideal, las febricientes
Expansiones de mi ánima amorosa
A través del Ensueño en que se funden
Las penas y deleites de mi vida.

Pero todo es en vano, sobre el odio
De los viles me sirves tú de ejemplo,
Y me inspiro en tu eterna lozanía
Para seguir cantando entre el estruendo

De las turbas estultas que lapidan
Con feroz inconsciencia a los que pasan
Derramando palabras de consuelo
O tejiendo coronas de esperanza.

Arbol valiente cuya rica savia
Se traduce ora en miel, ora en abrigo,
Me basta contemplarte un solo instante
Para seguir viviendo mi destino.

EUGENIO DIAZ ROMERO

Tenia que suceder



IEMPRE que venían a mi casa a hacer labor, confirmaba mi amistad a la yunta de bueyes, quietos mientras los labradores cargaban lánguidamente el carro.

Un carro que se carga "para el señor" se diferencia bastante del que se carga para el aldeano. El primero lleva mucho tiempo, es labor prolija: a pesar de ser en la faena tres, dos hombres y un chiquillo o chiquilla, se verifica con lentitud majestuosa y la ritman interrupciones inexplicables. Uno de los hombres se aleja, con paso lento; el otro se dirige hacia la fuente, el niño, descalzo y roto, queda en pie delante de los "animás", apoyado en su aguijada. Los bueyes, tranquilos, se mosquean con el rabo, y de tiempo en tiempo exhalan un apagado mugido, como recordando que están allí sin hacer cosa alguna.

Entonces yo traigo del "herbeiro" un puñado de tallos verdes, entremezclados con alguna florecilla blanca, una silvestre anémona, o una amarilla cicuta. Se la arrimo al morro, y ellos, sin prisa, bañado el hocico en baba, cogen la hierba y la rumian. A veces la dejan caer. Sus negros ojazos expresan esta opinión:

—¡Cuánto mejor sería que nos permitiesen comerla, a nuestro talante, en el prado!

Un cuarto de hora después, por fin, el carro queda cargado, es decir, lleno hasta los dos tercios de su cabida. Fáltale el ingente copete que indica que se cargó con tojo, leña o estiércol propios del aldeano. Así es que, cuando rompe a andar, los bueyes lo arrastran con facilidad suma, contentos de su suerte.

¿Qué les faltaba, en efecto, para ser felices? Cierto que algunos campesinos de alma tosca pegan a su yunta. Pero la mayoría, comprendiendo su interés, tratan a los animales de labor con benignidad, y los mantienen bien. ¡A ver! ¡Una yunta cuesta, en tiempos de precios bajos, más de mil pesetas! ¡Hay que cuidar de esa cantidad, de esa fortuna! ¡Y el buey es atendido, mimado. Se le dan hasta cortezas de pan, hasta "encaldaadas" de salvado, calabazo y berza! El orgullo del aldeno está en la piel de sus bueyes, en el rucio pelaje que rebrilla al sol con matices de cobre: en las ancas gordas y lucias, que, poco a poco, van rellenándose hasta que ya el buey no sirve para el trabajo, estorbado por su grasa, y se dibuja el porvenir de convertirse en roast, allá en una taberna de Londres!

Eran, pues, dichosos aquellos rubios bueyes, gordos y pacíficos, más holgazanes que otra cosa, aficionados a absorber el aire embalsamado y saturado de efluvios de mar, a recrear perezosamente los ojos soñadores en la vista de las húmedas praderías, a beber grandes sorbos, dejando correr a ambos lados de los belfos hilillos de cristal, el agua pura de los regachos y de los manantiales que recoge una teja, y a dormir luego en el rincón de su establo, quietos y regodeados entorpecidos dulcemente, sin cuidados ni recuerdos, aun vagos, de algo que antes pudo lisonjear su instinto...

Vino a cambiar su manera de ser un pequeño suceso: en mi casa adquirieron un toro. ¡No se den proporciones exageradas a este vocablo! ¡Un toro! Se creerá, a primera vista, que se trata de la fiera nacional, del astado bruto que pace las hierbas del Jarama. Nada de eso. Desaparezcan las visiones del redondel todo lleno de sol, como gigantesca onza; de trajes rechamantes de oro y seda, y ágiles piernas calzadas de punto rosa; de mantones manileños en el respaldo de los palcos, mancha de carmín y esmeralda viva, y de capote de lujo ostentando sus recamos ricos sobre el terciopelo y el moaré... ¡No se piense ni un instante en "la caliente y luminosa fiesta", ni en el "sonoro escándalo" de sus gritos!

El toro de que estoy hablando era apenas un novillo robusto, pequeño, sin ferocidad alguna. Como los bueyes, saboreaba las hierbas azucaradas por la primavera, que engruesa los tallos sin endurecerlos y sin secar su leche vegetal, sabrosa hasta el punto que los racionales mordisqueamos a veces, con golosina, el suave "holcus" del pastizaje... Como los bueyes, miraba mansamente cuando oía la voz humana, y sólo su juventud le incitaba a algún retozo, a cabezadas locas, a brincos sin objeto, acompañados de ligeros mugidos. Con todo eso, la tranquilidad de los bueyes se resintió desde el primer día en que hizo su aparición el novillo. Le miraban con ojos primero atónitos, pronto recelosos, como nublados por una inquietud.

¿Qué quería aquel chicuelo? ¿Porqué venía a perturbarles con su informidad y su alarde de alegría injustificada? ¿Estaría tan contento porque no trabajaba él, mientras ellos, mayores en edad y dignidad, se veían uncidos al yugo?

Mayores en dignidad... En eso le cabían dudas a Marelo, el de la izquierda más avisado que Mazás, el de la derecha, que debía su nombre a la afición a las manzanas, pues aunque fuesen verdes, las mascaba con placer. ¿Mayores en dignidad? ¿En qué dignidad? En qué dignidad? El juguetón novillo, al menos, podía reproducir su especie, y ellos no. El novillo estaba en su derecho a aspirar al nombre de padre, que ellos jamás recibirían. Y, ante tan reconocida inferioridad, Marelo hizo como todo aquel que se siente rebajado: arguyó para esconder su humillación. Ser padre, no tiene nada de especialmente honroso. Es más noble ser un trabajador asiduo un faenero incesante, resignado de antemano a la tarea. La labor es lo que enaltece y no la paternidad. ¡Ser padre! ¡Vaya una gracia!

En aquel lenguaje, que se manifestaba por mugidos sofocados y topetazos afectuosos de los dos viejos compañeros, dijo Marelo a Mazás:

—Te advierto que el novillo está enamorado.

—¡Bah! ¡Buuh! ¿De quién?

—¿De quién ha de ser, tonto? De la Roxa.

Mazás suspiró.

—¡Ah¡ La Roxa es muy buena vaquiña... ¿Tú crees que el novillo...?

—¡Vaya! Si anda tras ella siempre.

Quedó establecido que aquella afición del novillo existía. No la habían notado sólo los respetables bueyes: se fijaba en ella el chico que conducía la yunta. Era un rapaz moreno cual una castaña no del todo madura; los ojos lucientes y bizcos, el pelo enmarañado, entretejido con briznas de paja y hojas de árboles. Se mostraba despótico con sus bueyes, creyendo que así los gobernaba "como un home". No los maltrataba; pero les hablaba siempre en voz ronca, fuerte, enojada y les enseñaba la vara de aguijar, amenazando.

Desde el primer día, el rapaz mostró encono contra el novillo, e inició con él el peligroso juego de azuzarle para que embistiese y cornease. Reprendían al muchacho, y él, con la tozudez paisana, no hacía caso alguno de las reprensiones. Buscaba todas las vueltas para acosar al torete, que iba aprendiendo a luchar y acometer. Cuando veía a la Roxa, indolente y bajando la cabeza para pastar a gusto, el novillo se exaltaba, se "viraba malo" y era aventurado acercársele; pero el muchacho se llegaba más que nunca, hostigándole malignamente enfureciéndole con mil travsuras y picardías, que volvían loco al animal. Marelo se lo comunicó a Mazás, en tono prudente y avisado:

—Hace muy mal este papulito sin fundamento. No debían encomendar labores a semejantes mocosos. El novillo acabará por vengarse: lo verás.

—¡Bah! ¡Buuh! — exclamó Mazás, optimista. — No anda suelto. Ya sabes que lo sacan trabado por las astas con una buena soga.

—De todas maneras... — murmuró el buey formal, que preveía las cosas. — Las sogas pueden romperse...

Todo lo que puede romperse, un día se rompe. Así sucedió con la soga de nuestro novillo.

Una hermosa mañana de julio, en que el calor enfurecía hasta a los bueyes, redoblando la persecución de las moscas, el novillo reunió sus fuerzas, apretado por un tábano terco y por la vista de la Roxa, que se había echado en un ribazo harta de suculenta hierba. El chico, natural enemigo del torete, le habían atado al tronco de un corpulento castaño. Un vigoroso arrancón le dejó libre, con la mitad de la cuerda colgando a un lado del testuz. El chico se precipitó a contener al novillo, que iba disparando hacia su ensueño, hacia la Roxa. Al ver que el muchacho se le ponía delante, armado de su aguijada y de una piedra como el puño, para lanzársela entre la cornamenta y aturdirle de dolor, el novillo le cortó el terreno retrocediendo, y se desplomó sobre el muchacho. Fué algo rápido y fulminante: la actitud del novillejo, por unos instantes, le convirtió en verdadero toro, en fiera. Empujó bravamente, y después, teniendo ya en el suelo a su víctima, la pateó y la recogió en las breves astas, capaces, sin embargo de hacer un ojal en un vientre...

Y los dos graves bueyes, agobiados de calor y con moscardas en los ojos, se quejaron:

—¡Tenía que suceder! ¡Tenía, buuuh! que suceder esto!



El último "Güemes"

Llora la tarde pampeana
Con esa nostalgia muda
Que la planicie desnuda
Con el horizonte hermana.
El sol diluye en la grana
Su último aliento de vida,
Y en la extensión dolorida
Semejan los nubarrones
Los sangrientos algodones
Que restañaron su herida.

La sombra engarza el topacio
De los pastos que se mecen,
Mientras cual almas florecen
Estrellas en el espacio.
Lanza al ganado reacio
Algún paisano su grito,
Y cual un monstruo maldito
Nos da el tren la sensación
De un enorme lobizón
Aullando hacia el infinito.

Cual personaje de ensueño
Va hacia el lejano confín
Jinete en flaco rocín
Un viejo de altivo ceño.
En el paisaje de sueño
Luce un astro: su melena,
Y une en su frente serena
Aquel hidalgo paisano
Con las nostalgias del llano
La cerrazón de su pena.

A su marcha de vencido
Le pone un marco la tarde;
Sólo el hornero hace alarde;
De conocerlo en su nido.
A su clarín atrevido
Que el largo olvido desgarra
Vuelve a animarle la garra
Que mostró cuando en los llanos
Le llamaron los paisanos
El novio de la guitarra.

Luego el veintenio de acero,
Mil ansias en gestación,
Toda una constelación
De su derecho y su fuero.
Voceó el audaz terutero,
De los jaguares la garra
Con cuerdas de la guitarra
Hizo a su lanza virolas,
Y sangrientas amapolas
Florecieron su moharra.

Del pretérito preñado
De emocionantes pasajes
Con aleteos salvajes
Surge el cóndor del pasado.
Su existencia de bañado
Cruza como un aquilón,
Y al perderse en la extensión
De su vida de precito
Semeja al ígneo aerolito
Que hace aullar al cimarrón.

Las medias tintas inciertas
De la planicie pampeana
Animan la caravana
De sus añoranzas muertas.
Y por las landas desiertas
El golpe de las coronas
Y el sonar de las lloronas,
Pueblan el campo dormido
De ese apagado quejido
Con que imploran las bordonas.

Así el último trovero
Del americano arresto
Dejó la pampa en un gesto
De rapsoda aventurero.
Frente a la muerte altanero
El descendiente de Sandes
Ansió los picos más grandes
Para poder descansar
Y se marchó a disputar
a las águilas, los Andes.

Yamandú RODRIGUEZ.

24 horas en Roma



L que ignora lo que es, en Italia, el "scialletto" en la femenil indumentaria aldeana, al encontrarse con ella, pensaría en un tipo de villorio español. Yo mismo, lo he pensado antes de reparar en esos característicos corales que ciñen el cuello de estas mozas rebosantes de salud y donaire.

Y, sin embargo, nada puede encontrarse de más romano, "que estas campesinas floristas, que usan el "scialetto", las "ciociare".

Confieso que me causa gracia el oir hablar del tipo italiano especialmente refiriéndose al femenino. No hay, en Italia, tipo en los hombres, y mucho menos lo hay en las mujeres. No sólo cada región tiene su tipo sinó más aún, cada provincia tiene el suyo; y acaso eso sea poco decir, pues recuerdo que hace años (¡oh, muchos!), tenía — culpa de la edad — un poco de afición al "eterno femenino", solía decir. "Esa rubia de largas y sedosas pestañas viene de tal pueblo; esa morena con el pelo enroscado hacia la nuca, viene de tal otro, y esa esbelta y blanca que tiene la majestuosidad de una reina, viene del otro". Y acertaba. Es verdad que en cada cosa más vale la práctica que la gramática; y yo nunca supe de gramática; pero en la práctica... no hablemos más de esto.

Y a propósito de las "ciociare" floristas... ¿habéis pensado nunca cuantas cosas pueda hacer un hombre joven en el lapso, en apariencia tan breve, de veinticuatro horas?

Esto despierta en mi memoria, el relato de un amigo, que contóme cómo había empleado una vez el tiempo, en Roma, desde una medianoche a la otra, llevando cuenta hora por hora. Es un paréntesis interesante.

Había llegado a la estación de Termini, pocos minutos antes de la medianoche; a la una de la madrugada, había tomado su baño y su té, se había acostado, se había aburrido solemnísimamente leyendo el relato de una sesión del Senado (en Italia no necesita quórum) y había concluído finalmente por dormirse. A las siete, en un auto corría velozmente hacia "Castel Gandolfo", donde negoció y vendió a un sacerdote un antiguo relicario; a las once, ya de vuelta, bajábase de su auto, cerca del Coliseo, para seguir hasta la Casa del Pueblo, donde se había reunido un comicio republicano, socialista, anarquista, ¡qué sé yo! algo de todo eso debía ser; ahora, como mi amigo era justamente orador, no le parecía bien que el pueblo le viera llegar en auto. A la una, disuelto el comicio, comía en casa de un conocido; en verdad, el dueño de casa no estaba; pero en cambio, estaba la dueña. Y antes o después de comer, no recuerdo, se entretuvieron mirando desde la alta azotea de la casa, el "Circo Agonale".

A las tres, mi amigo estaba en la estación; se esperaba la llegada de unos huelguistas. La policía intervino para disolver los grupos; sobra decir que desde entonces no hubo más orden; toques de clarín, silbidos, gritos, imprecaciones de la muchedumbre, bayonetas desenvainadas, piedras arrojadas al aire; breve: a las tres y media mi amigo se encontraba en un calabozo de la policía, y a las cuatro, por medio de un diputado de la extrema izquierda, le ponían en libertad. Esta vez, sin reparar que le observaban, subió a un coche, y pocos minutos después escuchaba en el "Agusteum" un concierto de música sacra. A las diez, asistía a una reunión de masones (tenía también ese vicio mi amigo). A medianoche comía "spaghetti" en el "fedelinaro" frente a la "Fontana di Trevi"; a la una, escribía un soneto, inspirado por el arrullo de la fuente, y cerca de los dos apagaba la luz de su cuarto, después de haberse bañado por fuera con agua, por dentro con vino.

¿Pero qué había hecho de su tiempo desde siete y media hasta diez

Conmovido por lo melancólico y solemne de un ofertorio de Scarlatti, había salido del "Agusteum", y sin darse cuenta se había encontrado en la Plaza de España. El crepúsculo teñía con una pátina de callada sensualidad aquel rincón característico de Roma; sentada entre sus flores, aguerrida, hermosa, sana, una "ciociara" sonreía enseñando sus blancos dientes y sus labios encendidos como la doble hilera de rojo coral que ceñía su cuello moreno. ¿Qué impresión produjo en el ánimo de mi amigo la sana, fresca y provocante sonrisa de la "ciociara"? Lo que sé, es que se fueron los dos muy juntos y sonrientes: ella, mordiendo con sus dientes robustos el delicado tallo de un clavel rojo: él, mirándole absorto, olvidado de todo, envuelto en ese hálito de sensualidad y de amor que llovía de ese cielo crepuscular que, obscureciéndose poco a poco, aumentaba el misterioso encanto de las obscuras callejuelas que cruzan Roma la vieja, desde el "Corso" hasta la calle Sixtina. Más no puedo decir; sé que mi amigo, a las diez, estaba en la reunión masónica.

Y ahora, al contenemplar una figura que me recuerda a la "ciociara" me acuerdo de la "ciociara" de mi amigo y de las veinticuatro horas de éste y de Roma y de la Plaza de España, con sus flores y sus "ciociare" risueñas. ¡Cuántas cosas ha despertado en mi memoria esa figurita! ¡Y quién pudiera volver a esos tiempos!



Piés nuevos

Para evitar las molestiás de la transpiración de los piés y las hinchazones producidas por el calor, tome todas las noches un baño de piés caliente en el que haya disuelto un puñado de



SALES SANATIVAS

que ayuda la transpiración y suprime su olor fétido; desinfecta los poros, desinflama los tejidos y ablanda los callos y durezas.

Utilice el Tarborats y Vd. sentirá un verdadero placer en caminar.

A $ 2.60 el paquete para varios baños.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

Ella y él

He contado esta historia a dos personas. La primera, una buena madre de familia, permaneció largo rato silenciosa; luego dejó escapar de su pecho un suspiro, y como si hablara consigo misma, dijo:

¡Es muy triste!

La segunda, un soltero, casi un solterón, soltó una gran carcajada y oprimiéndose los costados repitió varias veces:

—¡Tiene gracia! ¡Tiene muchísima gracia!

¿Cómo explicar dos efectos tan diferentes? ¿Y qué decir, en presencia de ellos, del axioma filosófico de que "las mismas causas producen los mismos efectos"?

"¡Estado de alma!", dícese hoy en día.

A los aficionados a esa clase de investigaciones de misterios del corazón; a los que gustan disecar para descubrir nuevas fibras, se les podría preguntar:

"La psicología, ¿es una ciencia o es un arte?

He aquí mi historia:

Un matrimonio joven: Alicia y Julián, si os parece bien.

Alicia, graciosa, instruída, amante, y sobre todo dotada de una delicadeza de sentimientos sin par.

Julián, inteligencia mediocre, alma un poco vulgar bajo unas apariencias seductoras; en suma, lo que se ha convenido en llamar "un buen muchacho".

Cuando se casó, las personas que no querían mentir contestaban a los que se informaban de sus cualidades:

"Su padre es un hombre digno, su madre es de baja alcurnia, pero posee una fortuna considerable".

Julián había fracasado en todos sus exámenes y gracias a la influencia de un amigo, habíanle al fin colocado en una oficina importante.

Sus amigos le querían y lo encontraban generoso; pero le daban bromas con frecuencia, en gran parte porque había en él materia sobrada para ello y en gran parte también porque él tomaba a mal aquellos alfilerazos inofensivos.

En cambio, todos unánimemente alababan a su esposa y la ponían muy por encima de él.

Estos elogios frecuentes habían acabado por exagerar a Julián.

—¡Cualquiera diría que, en realidad, es perfecta! — pensaba.

Y por efecto de sus cortos alcances y de su carácter un tanto trivial, llegó a desear descubrir algún defecto en su mujer.

* * *

Un día, tomando por pretexto un asado mal preparado, porque hay que hacer notar que era bastante glotón, se desató en numerosos reproches:

—Tu piano, tus acuarelas, tus bordados, todo esto es muy bonito, querida mía, pero mejor sería que vigilases más tu cocina. La mujer artista puede ser apreciada en sociedad por artistas como ella o por gentes suficientes; pero a su esposo, que no se alimenta de notas de música ni de colores ni de guipures, le ha de ser permitido preferir una buena ama de casa. Mira tu amiga Cecilia, que sabe juntar a un físico seductor las sólidas cualidades de una mujer casera. ¿Te acuerdas de la torta garapiñada que nos sirvieron en la última comida que nos dió? Pues era obra suya. ¿Podía ser mejor de lo que era? ¿Serías tú capaz de hacer otro tanto?

Alicia tenía talento. Sin tratar de disculparse o de defenderse, dejó pasar el chaparrón; y muy pronto, por falta de réplicas, Julián hubo de callarse, después de agotar todos sus agravios y todas sus frases.

Calmada la tempestad, fuera ya Julián, Alicia, al quedarse sola, se puso a reflexionar.

—Tal vez tenga razón — pensó. — Me fío demasiado de María. Es una excelente cocinera, pero un poco más de vigilancia por mi parte le impediría descuidarse como se ha descuidado hoy. Ya que Julián tiene la pequeña flaqueza de ser aficionado a la buena comida, procuremos contentarle. Mañana mismo iré a ver a Cecilia y le pediré consejos y recetas, sobre todo la de la famosa torta garapiñada. Después cuando llegue la época de la fruta, nos ocuparemos en conservas, en confituras de toda clase. ¡Qué sorpresa para Julián cuando yo le diga: "Soy yo, tu mujer, quien ha hecho esas cosas exquisitas!"

* * *

Algunos días después, en la oficina de Julián se hablaba del matrimonio de Z, que iba a casarse con la insignificante V. Entre los solterones eran siempre un tema favorito las chanzas sobre los nuevos matrimonios.

Aquella mañana, gracias sin duda al sol y al aire primaveral que entraban por las abiertas ventanas, había exuberancia de savia, en aquella juventud. Los chistes se cruzaban al mismo tiempo que los papeles amarillentos recibían más de una carcajada loca que no les estaba destinada.

Unicamente Julián permanecía silencioso, para lo cual tenía dos razones: primera, que el asunto de aquella conversación le disgustaban en absoluto y, segunda, porque carecía enteramente del don de la réplica pronta, viva, ingeniosa.

Al fin los compañeros observaron aquel mutismo y en seguida dejaron de hablar de Z y de su novia.

—¡Nuestro Julián sí que es un feliz mortal!

—¡Ha encontrado la felicidad perfecta!

—¡Suerte rara!

—¡Una joya de mujer!

—¡Elegante!

—¡Distinguida!

—¡Graciosa!

—¡Buena!

Y todos a coro:

—¡Anda, mortal afortunado!

Julián modesto en extremo, esperaba con impaciencia la hora de la salida... Fué el primero en marcharse, descontento de los demás y acaso descontento de sí mismo.

Olvidóse de fumar su cigarro y de dar su vueltecita antes del almuerzo y no se dió cuenta de que entraba en su casa mucho antes de lo que generalmente solía.

Nadie en la ventana ni en el balcón esperaba su llegada; no había nadie en la sala ni en el comedor.

Cada vez más malhumorado, entró al fin en el cuarto de su mujer. Alicia escribía y tan absorta estaba, que ni siquiera oyó entrar en casa a su marido. Al ruido de la puerta del cuarto, que se abrió bruscamente, apresuró a levantarse de su escritorio, y, confusa y sonrojada, acercóse a su esposo para besarle.

Julián advirtió aquella turbación extraña.

—¿Te estorbo? — dijo en tono seco.

De ningún modo. Pero no te esperaba tan pronto, pues aun no es hora. ¿Te sientes mal?

—No.

—Pues entonces ven conmigo a dar una vuelta por la terraza; admirarás mis primaveras y mis jacintos, mientras yo diré a María que apresure el almuerzo.

Pero él, sin moverse, lívido y con las cejas fruncidas, le dijo:

—Estabas escribiendo, si no me engaño.

Alicia dirigió a su escritorio una mirada de angustia, y sonriendo ligeramente respondió:

—Sí; una tontería.

—¿Puede verse esa tontería?... — preguntó Julián avanzando un paso.

—Ahora no; luego — respondió Alicia procurando hacer salir del cuarto a su marido.

—¡Ahora no; luego! — repitió él con creciente cólera. — ¿Así acoge usted señora, una petición tan sencilla? Vamos a ver, ¿a quién escribías? Contesta en seguida.

Alicia, entonces, quedó aterrada.

—¡Cómo! ¡Su Julián, su querido Julián, encolerizarse de aquel modo! ¡Sospechar de ella! ¿Es posible?

Con la frente pálida, erguida ante aquel insulto, Alicia permanecía inmóvil, mirando un rayo de sol que, después de haber resbalado sobre las flores del balcón, iluminaba las encantadoras chucherías regaladas por su marido, "el nido" que ella se esforzaba por embellecer y en donde había conocido días tan felices, y a su memoria acudían con tenacidad implacable aquellos versos:

"¿Qué es, pues la dicha? Una quimera vana;
un fugaz sueño; en el abismo, flor;
estrella efímera en noche sombría.
un soplo de aire en estival calor".

Julián, fuera de sí, exasperado por aquel silencio, asió violentamente el brazo de su esposa.

—¿Me das ese papel, sí o no? — gritó.

Alicia no se sublevó ante aquel ultraje, que era para ella como una puñalada en medio del corazón; no tuvo una crisis de nervios y no trató de rebelarse contra aquella tiranía injusta.

Lentamente se dirigió a su escritorio, tomó el papel sospechoso y, despreciativamente, glacial, lo tendió a Julián. Este clavó en él los ojos y salió al momento, confuso, con la cabeza inclinada.

En el papel había leído:

"Receta para conservar los pepinos".

MADRIGAL

VICENTE BOVE

Te dije aquella tarde mis amores,
Y aunque eres siempre a la pasión esquiva,
Te sorprendí una lágrima furtiva
Rodando hasta tus labios seductores.

El sol ya desmayaba sus fulgores,
Cuando en la cárcel del amor, cautiva,
Se inclinó tu cabeza pensativa,
Se abrió tu corazón a mis ardores.

En aquel interior de la glorieta,
Donde su historia te narró el poeta,
Puso el amor su triunfo de embelesos.

Después, bajo la bóveda estrellada,
Al separarnos sin decirnos nada,
Hubo un glorioso susurrar de besos.

Canción de la soledad

J. G. DESSEIN MERLO.

Señor, ya que parece que debo fatalmente
tener, en tanto aliente, por sola compañera
mi tristeza incurable, haced que tiernamente,
como a una niña enferma a mi tristeza quiera.

Señor, si no me espera en el largo sendero
del mundo más que esta constante soledad,
haced que en mi aislamiento halle rico venero
de ensueños melancólicos e inefable ansiedad.

Y si este extrañamiento de todo se convierte
para mí en un torrente de serena belleza
hecha ritmo, Señor, bendeciré mi suerte

y a mi melancolía encontrando un profundo
sentido, y en canción trocando mi tristeza,
sollozará en mis rimas todo el dolor del mundo.

E L R E G R E S O

A Carmen Sara Maggio

Niños que vienen, niños que van...
Son y redoble: flauta y tambor.
Hoy ha llegado la primavera.
¿Quién dice rosas? ¿Quién ilusión?

El cielo es toldo de carpa húngara.
Los cisnes bogan en lago azul.
¡Oh, breves sendas! ¡Oh, saltos de agua!
El amor vive su juventud.

Las aves cantan sobre los pinos.
Luna de Italia, sol de París...
(Noches, mañanas, cómo sóis lindas
Por lo distantes que estáis de aquí!)

Cabe el templete de la alameda,
Sólo hay un banco para evocar...
El aya teje; la novia sueña
Con los paisajes de otra ciudad.

Yo, en cambio, triste, jardín de niños,
A tí retorno sin el laurel:
Fracaso fueron las ambiciones
Y en las andazas perdí la fe

No obstante, junto las nobles manos
Y al cielo imploro divino amor...
¡Qué alegre fuga de mariposas!
¡Cuántos rosales en floración!

S A N T O S A G U I L E R A

La bella protectora de La Fontaine

EL nombre del célebre fabulista Juan de La Fontaine, trae a nuestra mente dulces remembranzas, gratos recuerdos de nuestra edad dichosa, que, por momentos nos hacen vivir aquellas horas y aquellos días impregnados de risas y de flores.

¿Quién no conoce a La Fontaine; quién no rememora esos cuentos y esas fábulas del genial imitador de Boccacio y del Ariosto, que impresionaron nuestros cerebros infantiles?

Entonces, no sabíamos nada del carácter curioso y negligente de este hombre de espíritu, ni mucho menos qeu tuviese hermosas protectoras una de las cuales fué Margarita Heissein, más tarde, madame de la Sabliere, que es la que ahora nos ocupa.

El ilustre fabulista amaba la libertad, el juego y los placeres y pasaba la mayor parte de su vida lejos de su familia, para quien era indiferente, olvidándose por completo de sus deberes de esposo. De él nos habla extensamente el filósofo, crítico e historiador Taine, quien escribió una bella obra titulada "La Fontaine y sus Fábulas".

Durante veinte años habitó en la casa de madame de la Sabliere quien lo colmó de atenciones y se constituyó en su valiosa protectora. La Fontaine jamás fué ingrato con sus benefactores, pues aunque Margarita no tuvo gloria siempre supo recompensarles, y, literaria, como sus amigas madame de Sevigné y madame de La Fayette, el solo hecho de haber sido la protectora el digno émulo de Esopo, ha bastado para inmortalizarla.

Entre las muchas composiciones que le dedicó La Fontaine, está su hermosa fábula "El cuervo, la gacela, la tortuga y la rata"; y cuando fué a vivir bajo el techo de la bella Margarita, sólo había escrito: "Adonis", "Climen," "Psiquis" algunas baladas, elegías, cuentos y sus primeras fábulas; fué después cuando compuso todo lo que más tarde lo cubrió de gloria: "Los dos pichones", "Los animales enfermos de la peste, en suma, el manual completo de todas las edades.

La hospitalidad sin tiranía que afortunadamente le deparó el Destino, le permitió soñar según su capricho y su fantasía; pero la protección tierna y amistosa que Margarita le dispensaba, sorprendía a sus contemporáneos y daba lugar a mil comentarios; sin embargo llegó a comprobarse que solamente la guiaba su reconocida filantropía, y que, como mujer de espíritu, sus más grandes deseos eran poner de relieve el genio, la cultura y el talento de los hombres de su siglo.

La Fontaine fué recibido en la Academia Francesa el año de 1684, pues sus méritos eran bien reconocidos por sus contemporáneos, entre ellos, sus inseparables amigos: Boileau, Corneille, Racine, Moliere, Maucroix... y, a pesar de la opinión de Ollivier y su famoso "Alfabeto" sobre la imperfección y malicia de las mujeres, (dedicado a la más mala más mala del mundo), las mujeres intelectuales de aquella época tuvieron también grandes admiradores y sus amigos y protegidos cantaron de mil modos sus talentos, lo que ha contribuído a perpetuar su memoria.

Entre esas mujeres del siglo XVII, muchas de ellas fueron amorosas, románticas y estaban dotadas de espíritu, y no pocas fueron las que terminaron sus días en la penitencia y el arrepentimiento. Tal como la propia madame de la Sabliere.

x x x

Margarita nació en París en 1640. Su padre era un riquísimo banquero hugonote, quien habiendo quedado viudo cuando su hija solo tenía ocho años, no quiso desde luego darla una madrastra, por cuya razón la casó a los catorce años con Antonio de Rambouillet de la Sabliere, también de familia protestante.

Antonio era un joven galante y distinguido, hacía versos y en bellos y sentidos madrigales cantaba sus diversas aventuras, lo que continuó haciendo después de casado.

Más tarde, la discordia comenzó a reinar en ese nuevo hogar que al principio parecía dichoso, y en el que después de algunos años se hizo indispensable la separación, quitando a la infortunada madre todo derecho sobre sus tres hijos.

Entre sus muchas ligerezas, monsieur de la Sabliere, tuvo la de amar perdidamente a una artista joven y hermosa, que murió al poco tiempo, dejándolo en la más profunda melancolía; fué tan grande su dolor, que no tardó en seguirla hacia la tumba.

Margarita quedaba enteramente libre, rica, encantadora y llena de ciencia y de filosofía; sus contemporáneos encomiaban su gracia, su belleza y su cultura, pues tenía amplios conocimientos de física, matemáticas y astronomía; además, amaba la poesía e interpretaba admirablemente a Homero y a todos los poetas griegos.

No obstante, su virtud era discutida y muchos decían que, frecuentando la sociedad de Ninón de Lenclos, de Marión Delorme y de otras mujeres por el estilo, no podía ser la dulce y casta tórtola, como la llamaba maliciosamente madame de Sevigné.

La conducta de Margarita, jamás podría compararse con la de la bella Ninón; pero después de algunos meses de la muerte del que fué su esposo, nadie ignoraba sus amores con el marqués de La Fare, también poeta y militar elegante, que estaba a las órdenes de La Feuillade y que había peleado contra los turcos al lado de Condé y de Turena.

La Fare fué autor de varias canciones y de memorias interesantes, pero siempre se le consideró como un versificador mediocre.

En la corte y en la ciudad sólo se hablaba de la pasión que había inspirado a la tórtola Sabliere; todo el mundo estaba pendiente de los dos amantes, esperando ver quien se cansaría primero porque La Fare era jugador y libertino, lo que no asegura ba la estabilidad en sus afectos.

x x x

Margarita habitaba en la calle de los "Petits-Champs", donde tenía su salón como todas las mujeres distinguidas de aquellos tiempos, dicho salón estaba frecuentado por una sociedad bien heterogénea, que preludiaba ya la del siglo XVIII, pues se encontraban allí mezclados grandes personas de diferentes condiciones, caracteres y gustos, intelectuales de renombre y conocidos bohemios.

Como era natural, el célebre fabulista de nariz aguileña y mirada escudriñadora siempre estaba presente, y de ese salón tomó modelos y asuntos para sus profundas y amenas composiciones.

Las grandes amigas de Margarita contribuían al atractivo de esas reuniones, pues madame de Sevigné y madame de La Fayette, le daban honor y brillo, así como también la virtuosa compañera de Scarron, que aún no era la institutriz de los hijos de la Montespán ni mucho menos soñaba en ser madame de Maintenón la esposa morganática del Rey Sol.

Unos historiadores afirman que La Fare fué el único que ocupó el corazón de la tórtola Sabliere, pero otros dicen que no era indiferente a los homenajes de sus admiradores: lo cierto es, que aconteció lo que tenía que suceder. La Fare, ligero e inconstante abandonó a la dulce tórtola, dejádola triste y decepcionada.

Desde entonces, madame de la Sabliere no tuvo ningún atractivo por la vida, y si comparamos su conducta con la de otras mujeres de su época, nada puede reprochársele, pues amó sinceramente; pero como sus relaciones con La Fare no estuvieron sancionadas por Dios ni por los hombres, resolvió expiar sus faltas; abjuró de su religión convirtiéndose al catolicismo y dedicó el resto de sus días a curar a los enfermos y a socorrer a los pobres, no olvidando jamás a su ilustre protegido.

Margarita murió en el convento de los Incurables a la edad de 53 años el 6 de enero de 1693; la vida de penitencia que llevó desde que se despidió del mundo, causó profunda admiración a sus contemporáneos, así como honda tristeza a todos los que la amaban.

Escribió interesantes "Pensamientos cristianos" y por haber sido la amiga y protectora del fabulista Juan de La Fontaine, figura en la lista de las mujeres célebres. Al hojear la literatura francesa, encontramos muy a menudo el nombre de madame de la Sabliere, al lado del de sus ilustres amigos y principalmente del célebre precursor de Florian. (Fabulista, literato y académico francés).

Razonamiento sentimental



ESTE día ha sido un día vulgar como son casi todos los días. Ya los conocéis vosotros. Nos levantamos temprano, tomamos un libro y nos sentamos a leer un momento. ¿Qué dice el libro? ¿Qué afirma? Cualquier cosa. ¿Qué pueden afirmar los libros? Todos son igualmente inútiles. En él se habla de la felicidad, del amor, y lo más que nos deja en el espíritu es una sensación de melancolía y de cansancio o una leve tristeza incomprensible y absurda. ¡Tantos siglos hace que vivimos tras la felicidad y el amor, y la felicidad y el amor son, precisamente, lo que no alcanzamos nunca!...

Un tibio rayo de sol se cuela perezosamente por entre la persiana y corpúsculos de luz flotan en él. Hay un saludo cordial en este sol amigo que entra a curiosear en nuestra soledad. Su alegría nos invita a salir y cerrando el libro, nos vamos a la calle? ¿Y qué puede haber en una calle provinciana a estas horas del día. Un perro vagabundo, un perro filósofo, pasea, displicente, husmeando en los tarros de basura toda afuera. Cruzan el cielo algunas nubes blancas. La mañana es límpida y azul.

Luego que hemos paseado un rato por la "vereda", nos paramos en el zaguán.

El zaguán es ancho y está inundado de sol. Desde él miramos pasar las muchachas que van a la iglesia; — ¡estas buenas muchachas provincianas de los negros y tristes! — Desde él escuchamos también ese piano invisible que suena invariablemente todos los días, la misma lección.

¿Os habéis fijado que siempre a estas horas de la mañana hay un piano que suena y que no sabe donde está? Su música es siempre la misma: un vals muy antiguo, una melodía cansada y monótona o simplemente una lección. No sabemos quien toca ese piano y tampoco necesitamos saberlo. ¿Para qué? Una gran parte de su encanto está precisamente en eso.

Siempre amamos más lo que está lejos, lo que no conocemos o lo que no hemos de alcanzar.

Ya es transcurrida la mañana. Ya ha llegado el medio día. En seguida de almorzar volvemos nuevamente al zaguán. Aburridos, un poco escépticos, con ese escepticismo manso que solemos sentir en los días perezosos, no hemos vuelto a tocar el libro. Preferimos estar en la calle.

¿Qué se ve a estas horas en la calle? Las buenas vecinas, que son todas bonitas, inquietas, nerviosas, han salido a sus respectivos balcones. Unos chicuelos rubios, con melenas de sol, corretean por la "vereda". Sus vocecitas límpidas suenan en el ambiente sereno a tintinear de cascabeles.

¿Qué nos dicen sus gritos y sus canciones ingenuas Recordamos que también nosotros hemos tenido, como ellos, una infancia, y nos sentimos emocionados.

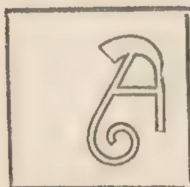
Vuelve a oirse, de tarde el tarde, el piano invisible que suena la melodía pausada y monótona o la misma, la invariable lección. Una tristeza sedante penetra en nuestro espíritu porque ya va cayendo la tarde. ¿Quién no tiene una pena cuando cae la tarde El sol, rojo como un ascua, incendia las nubes estratificadas en el poniente. Lejos, en el azul, estrellitas minúsculas empiezan a parpadear como ojillos de luz. Y nosotros, que hemos estado mirando toda la tarde estas buenas, estas lindas vecinitas nuestras que saben reir de cualquier cosa, reir de lo alegre y de lo triste, nos sentimos muy solos porque vemos que todas se marchan a pasear sus simples alegrías en la plaza y a mirar a sus novios.

Nosotros, como no tenemos novias ni alegrías nos quedamos en nuestra casa. ¿No os parece una práctica muy encomiable esta de quedarse siempre en casa cuando no se tiene alegrías que mostrar a los demás? ¿A qué hemos de ir a molestar a los otros con nuestra gravedad y con nuestro aburrimiento? La gente, esa buena gente que sabe vivir sin inquietudes y sin preocupaciones, que no trata de averiguar nada d las "causas finales" y de los "principios ignorados", no quiere ver caras tristes. Además las mujeres no gustan amar a los hombres aburridos. Convencidos de todo esto, entramos nuevamente a nuestro cuarto. Nuestro cuarto es un poco pobre. Apenas si lo adornan algunos viejos y amarillentos retratos de coloridos por el tiempo. Hay papeles, diarios y libros en todos los rincones.

Y, para consolar nuestra soledad y nuestra pobreza, empezamos a leer en voz alta. ¡A leer interminablemente en este libro absurdo que pretende enseñarnos algo de la felicidad y del amor!...

Ahora, ya han transcurrido algunas horas de la noche. La luna, una luna redonda y diáfana, espolvorea de luz las calles silenciosas y largas. Ladra un can lejano con un ladrido plañidero. Y nosotros, cansados y más aburridos que nunca nos dormimos soñando en una novia blanca que nos quisiera buenamente y en una estancia tibia y perfumada de mujer".

Una Madrugada



L frente, puerta de una cerca en la que se enreda una madreselva. Junto a ella, un álamo. Por el suelo, musgo. Al fondo, la casa. Amanece.

EL ALAMO **(sacudiéndose).** — La noche me ha llenado de diamantes. No puedo con el peso de tantos. Toma algunos, musgo.

EL MUSGO **(a sus pies).** — Gracias, álamo. Los esconderé bajo mi vestido rizado, pues si los ve el sol me los robará.

UN PAJARO **(desde una rama del álamo).** — Pi... Piii... Piiiii... Toda la noche soñé contigo, sol. Me parecía que iba a buscar pajuelas para mi nido y, en vez de ellas, traía rayos tuyos, pequeñitos como briznas. El nido era tan resplandeciente que un duende, creyéndolo de oro, quiso llevárselo. Pero se quemó los dedos.

EL SOL. — Todos sueñan conmigo. Todos me aman. Y asimismo ¡qué solo estoy! A veces quisiera ser tan pequeño y tan humilde como tú, gorrión, para tener un nido, una compañera, alguien que me besase y a quién poder besar yo también mucho sin hacerle daño, como todo el mundo.

Una vez me enamoré de una fuente y, loco, no hacía más que llenarle de cintas multicolores el penacho de su surtidor. Pero el amor de los poderosos es un peligro, gorrión. Y ella, casi consumida por el mío, se escondió horrorizada bajo la tierra, y ahora corre, suspirando, lejos de mis ojos. Me está prohibido g o z a r un a m o r, ya lo ves. Tengo que repartir equitativamente mi calor entre todas las cosas del mundo. ¡Ah, cómo pesa ser grande! Si pudiera convertirme en cualquier ser humilde, en un pájaro, en una matita de musgo, en una enredadera...

EL VIENTO. — ¡Vean qué buen olor a flores traigo! Los naranjos de la huerta han amanecido con casi todos sus capullos abiertos. Quise robarles un puñado de pétalos, pero no pude. Son unos avaros. Reconcentran toda su fuerza en las corolas y no hay quién deshoje ninguna. Les pediré a las manzanillas del campo que me den un montoncito de las suyas. Quiero poner algunas en la cruz de aquel hombre que asesinaron la otra noche. Me da una pena... Era un muchacho rubio y estaba enamorado. Pero como la novia se casará con otro, y no tenía madre, nadie le ha puesto siquiera una flor.

EL MUSGO. — Lleva también una matita mía. Me multiplicaré afanosamente para que tenga una capa de terciopelo verde.

LA MADRESELVA **(sacudiéndose).** — Ahí tienes pétalos, pistilos, polen. Déjalos sobre su tierra. Se filtrará hasta su cuerpo el olor del verano.

UNA NUBE QUE PASA. — Adiós, adiós, álamo, musgo, madreselva, gorrión. Traigo un cantarito lleno de agua. ¿Quieren ustedes beber?



EL ALAMO **(al musgo).** — ¿Tienes sed, pequeño?

EL MUSGO. — Por ahora no. Pero dile que no se aleje demasiado, pues si no empleará muchos días para volver y entonces sí, la tendré.

EL ¡DAN-DAN...! DE UNA CAMPANA. — ¿Han rezado ustedes la oración matutina? Estoy segura de que por charlar se han olvidado de saludar a Dios.

EL VIENTO, LA MADRESELVA Y EL MUSGO. — ¡Ah, sí! Pero él nos perdonará, pues realizamos en cambio algo que le será grato. Este amanecer, campana, reunimos ofrendas para un muerto del que nadie se acuerda.

(Llega una carreta cargada de ramas verdes).

LOS BUEYES. — El camino está lleno de rocío. Da gusto hundir las pezuñas en el pasto. Parece que uno pisa cuentas.

EL ALAMO **(a las ramas de la carreta).** — Adiós, gajos de espinillos. ¿Sufren ustedes mucho?

LAS RAMAS. — No. Ya somos viejas y apenas si teníamos fuerzas para brotar. Ahora vamos a transformarnos en leña. El fuego nos pondrá collares de colores. Seremos llama y después nube. Desde el cielo te saludaremos, álamo.

LA CARRETA. — Estoy toda húmeda y toda fragante. Parece que trajera en mi falda a la selva entera. Y en uno de estos gajos viene colgada una casa de mariposas. ¡Qué lástima que no se abra ahora mismo! Mis viejos ojos se alegrarían viendo el deslumbramiento del gusanito con alas, ante el hermoso espectáculo de esta viva mañana de enero. Procuraré no perder esto de vista. ¡Como que descanso cerca de la leñera!

EL HOMBRE **(que conduce la carreta, abriendo la puerta de la cerca).** — Hice bien en madrugar. Va a hacer un día de calor terrible. Ahora tendremos leña para todo el mes. Rosa se pondrá contenta.

Griselidis

ERA en el país maravilloso donde no anochece nunca. El sol encendía los techos de las casas, que brillaban relucientes como láminas de oro; y las sombras contemplaban desde tierras extrañas el resplandor eterno que reflejaba en el cielo la supuesta dicha de la ciudad siempre despierta. De cuando en cuando la tiniebla ponía sobre el horizonte una faja negra de amenaza, pero otra azul se superponía ondeando en la brisa como una serpentina.

La princesa Griselidis, en su ventanita verde, pedía un poco de luz para los ojos ciegos de su pueblo, y para los suyos propios, que se apagaban como dos lamparitas sin aceite, gastados por el sol del país donde no anochece nunca. La muñeca no la distraía; los cuentos más bellos o los payasos más raros eran cuentos o payasos de ciego, y no pudieron jamás hacer revolotear sobre sus labios la mariposa de una sonrisa.

El viejo rey se escurría, pegado a los muros, entre aquella corte de autómatas y palpadores como murciélago en un polvoriento desván abandonado, mientras las gentes de la corte, en actitudes orantes, extendían los brazos alargados y macilentos en busca del infalible punto de apoyo.

Era la luz eterna con la noche eterna. Era la noche no turbada en el sueño de los ojos por un rayo de sol... Y así la tierra se agrietaba como una cáscara seca, los árboles plegaban sus hojas, y el rocío no pudo nunca poner sus gotas de esmeralda o de amatista sobre los pétalos rojos del hibiscus.

Un extraño fuego ardía en las piedras de los caminos, las llamas del incendio mordiendo en lenguas de hemiciclo las hierbecillas muertas, se apagaban sobre las carnes tostadas de las bestias, y los arroyos alargaban el tajo tortuoso y ardiente de sus lechos míseros.

—¡Dios mío! — Griselidis— haz que los ciegos vuelvan a la luz de sus ojos... haz que las plantas vivan, que los hilos de agua vuelvan a murmurar la canción de los bosques...

La frase cobró forma, como una pequeña flor extraña, y una golondrina vagabunda, tomándola en su pico y girando, girando, la llevó hasta la ciudad del Ensueño donde vive la Luna y tiene su castillo la Esperanza. Perdióse la golondrina para luego aparecer como un puntito entre las nubes que se deslizaban como inmensos copos de nieve, ora sonrosados como una doncella, ora rubios como los trigales, o divinamente grises como los pájaros viajeros

Griselidis puso toda su atención sobre el puntito vago, que apenas percibían sus ojos tristes y enfermos. El sol brillaba como nunca y en las cavernas más profundas, en los huecos más solitarios o en las galerías subterráneas y sórdidas, penetraban sus rayos ardientes escudriñando hasta el menor e inapercibido resquicio abandonado por la sombra.

Una voz suave como un murmullo dijo al oído de Griselidis: " Toma esta cajita; en ella encontrarás el ala de la noche, un haz de rayos de luna y el corazón de un poeta del país del Ensueño..." Era la palabra milagrosa de la golondrina del castillo de la Esperanza, la que después de cumplir con la encomienda del ruego se alejó perdiéndose a lo lejos como un papelito

Dejaba en manos de Griselidis los tres símbolos más admirables en el triángulo eterno de la armonía: contrapeso a la brutalidad, buscando en la luz discreta la mayor luz por contraste; necesidad del dolor para confortar el corazón humano y hacerlo hipersensible a la felicidad relativa.

Sólo el viajero de tierras de amargura, el que se apoya en una rama del árbol de lo imposible, conoce los momentos en que la mirada vuélvese hacia los recónditos pozos, "heridos como por un pedrusco por el reflejo de una estrella". Sólo los que sufrieron mucho valoran el momento infinitesimal que les depara un descanso antes del descanso supremo...

Griselidis tomó la pequeña caja. Su voz corrió por las salas polvorientas, su alegría desbordóse como una esperanza por el desván de los murciélagos, y el tropel de las gentes encabezado por el viejo rey del país de los ciegos siguió a la princesa llevando en cada corazón el dolor de sus ansias.

Las puertas de maderos resecos iniciaban un leve saludo, recordando sus orígenes, en el tronco rugoso del sándalo o de los pinos de Arabia. Las horas disminuían su marcha de fatalismo a la espera de un milagro que les libertara de la cadena de Cronos. Y a lo lejos un murmullo de selva, una gritería ensordecedora, una congoja planeando sobre la ciudad condenada, seguía como por intuición el camino de la princesa.

Cruzó Griselidis la gran sala de los Suplicios, la del Sol y de la Muerte. Detúvose un instante, y abriendo la cajita dijo: "Vuela mi ala de terciopelo, vuela por los ámbitos de la tierra, y para todos trae el divino vaso de agua fresca. Va mi pequeño haz de rayos de luna; irisa el cielo y vence a la tiniebla, mírate en el arroyo y guarda en mi ventana el amor que protejes. Y tú mi corazón, corazón de poeta, canta en la fronda, en el secreto de la placidez nocturna, entre las ruinas de la ciudad que florece, cuando los seres descansan y el alma de tu princesa te comprende".

El crepúsculo caía como un manto gris fuera y dentro del palacio. La penumbra anuncióse con su paso de seda, y la sombra amiga llegó con el descanso para los hombres y las bestias.

De pronto una canción suave y extraña dijo con el ruiseñor la tristeza de la vida, la fe y el ensueño; y Griselidis comprendió que sobre la felicidad segura de su padre y de su pueblo quedaba, para ella, el romanticismo y el amor llegados en una cajita, con el ruiseñor y con el poeta.

Bocetos Femeninos

MARGARITA ABELLA CAPRILE

El alma venciendo sugestiones

de mi último libro "Sonetos"

Ah, perderse a sí mismo por aceptar la vida
Que a interpretar absurdos personajes condena!
Verdad se vuelven, tanto mentir sobre la escena,
Las falsas actitudes y la dicción fingida,
Y el alma insospechada, muriendo inadvertida,
Ahogada entre el tumulto que alrededor atruena,
Llanto aprendido llora, ríe con risa agena,
Y porque otros pensamientos su pensamiento olvida.

Pero yo he de ver libre mi nativo tesoro;
De adheridas escorias iré limpiando el oro
Hasta arrancarle toda bastarda agregación.

Hollando sugestiones, romperé la maraña,
Para salir del bosque de la opresión extraña
Y encontrar el camino del propio corazón.

Margarita Abella Caprile



LA poetisa de las armonías perfectas, que da testimonio de verdadera artista hasta en la juventud y la frescura de una vida fluída tan natural y tan sencilla como la de un árbol o una flor.

Libre de prejuicios, pero respetuosa de todos los Grandes interrogantes metafísicos que atenacea los seres superiores, realiza una labor consciente de poetisa de alto vuelo.

LA misma sencillez de Margarita es una concepción de la elegancia; una maestra del bien decir.

POR eso sus poesías marcan su trayectoria, siempre ascendente, desde "**Nieve**", "**Perfiles en la Niebla**" hasta "**Sombras en el mar**" y "**Sonetos**" que llevan contornos definidos y precisos, esto es lo que le lleva a encerrar sus concepciones en una forma fácilmente perceptible a la imaginación y a los sentires, partiendo de imágenes que pueden comprenderse, y que siendo humanas, son eternas!...

AL lado de su estilo literario, que es aristocrático, rinde un culto a sostener la hermosura adquirida de la expresión por la hermosura esencial del ideal.

AMOR y culto a la vida superior, sentimiento de la fuerza humana, sentido de los matices; ahí está lo que le permite a la talentosa poetisa **Margarita Abella Caprile** construir conjuntos de formas, sonidos, colores, acontecimientos, que la revelan como uno de nuestros positivos valores literarios.

NADA hay inexacto y forzado en "**Margaritin**", la gigantesca figura femenina en el sentir y en la impecable forma.

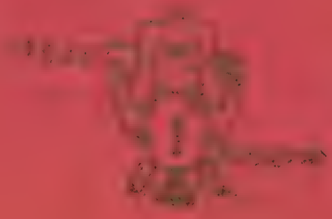
COMO poetisa y al lado de sus obras, ríndole el homenaje, para que no falte nada a la claridad de la impresión que me ha dejado la lectura de sus últimas obras: "**Sombras en el mar**" y "**Sonetos**", **dignos de las mejores mieles.**

A D E L A   G A R C I A   S A L A B E R R Y

Poetisa Argentina



Margarita Abella Caprile



El retrato de la madre



N una de las cien casas que forman la aldea de pescadores, y que se parecen todas por su forma, tamaño, número de ventanas y altura de las chimeneas, vivía el viejo Mattsson.

Todas las habitaciones de la aldea estaban provistas de los mismos muebles; en el antepecho de todas las ventanas florecían las mismas plantas; todos los armarios adornados con las mismas conchuelas y corales; en todas las paredes cuadros semejantes. Y, como las costumbres tradicionales así lo establecen, los moradores hacían idéntica vida.

El viejo Mattsson había colgado sobre la cabecera de su cama un retrato de la madre. Pues bien: un noche soñó que el retrato, descendiendo del marco, se le colocaba frente a frente y le decía con autoritaria voz :"Tú debes casarte, Mattson".

El viejo Mattsson se apresuró a explicar al retrato de la madre que la orden era imposible de cumplir; tenía sesenta y dos años. Pero el retrato de la madre se limitó a repetir más enérgicamente: "Mattson tú debes casarte".

El viejo Mattsson tenía profundo respeto por el retrato de la madre. Durante muchos años, y en los asuntos difíciles, fué el único consejero del pescador, que nunca había tenido que arrepentirse de haber seguido sus consejos. Pero este nuevo modo de hablar le desconcertaba, por parecerle contrario a las opiniones que el retrato había dado siempre. Por dormido que estuviese, Mattsson se acordaba claramente de lo que sucedió la primera vez que quiso casarse. En el momento de vestirse Mattsson para ir a la iglesia, el clavo de que pendió el cuadro se salió, cayendo al suelo el retrato. Era una advertencia de la que él no hizo caso; más bien pronto hubo de arrepentirse. Su breve matrimonio fué muy desdichado.

La segunda vez que iba a ponerse el traje de boda, el retrato cayó nuevamente. Entonces no quiso desobedecer, y, plantando a la novia y a todos los del casorio, huyó para engancharse de marinero. Hasta después de dar la vuelta al mundo no se arriesgó a ir a la aldea. Y ¡he aquí que ese mismo retrato descendía del muro y le ordenaba que se casara! A pesar de su profundo respeto, Mattsson se permitió pensar que el retrato del más áspero rostro que los vientos mordientes y la espuma salada de las olas hayan cincelado, permanecía grave, y con una voz ejercitada y fortificada por largos años de pregones en la ciudad, repitió: "Tú debes casarte Mattsson".

El viejo Mattsson rogó al retrato que tuviese en cuenta la clase de mundo donde habitaban. Las cien casas de la aldea tenían los mismos techos puntiagudos y los muros de adobes blancos; todas las barcas de la aldea se construyeron y se aparejaron siempre del mismo modo; nadie hizo jamás en la aldea nada más de extraordinario. Si la madre hubiese vivido, sería la primera en oponerse a un matrimonio tan descabellado. Ella lo había dicho "Es costumbre que se case un septuagenario?"

Entonces el retrato de la madre extendió su diestra adornada de sortijas, y severamente intimó la orden. Un prestigio fabuloso había rodeado siempre a la madre, cuando se presentaba con su vestido de seda negra lleno de volantes. Aquel gran broche de oro, aquella gruesa cadena de oro produjeron constantemente poderoso influjo sobre Mattsson. Si la madre se le hubiese aparecido en traje de pescadora, con la pañoleta en la cabeza, el mandil de hule cubierto de sangre y escamas no le habría inspirado un respeto tan profundo. Mattson prometió, pues, casarse, y el retroto volvió a su marco.

A la mañana siguiente el viejo Mattsson se depertó lleno de angustia. no acariciaba ni por asomo la idea de resistirse a las órdenes del retrato, que seguramente sabía mejor que el cuál era su verdadero interés; pero temblaba presintiendo los terribles días que iban a sucederse.

Inmediatamente pidió en matrimonio la más fea de las hijas del pescador más pobre, una muchacha que tenía la cabeza hundida entre los hombros y cuya mandíbula inferior era prominente. Los padres lo aceptaron, y se sañaló el día para ir a la ciudad y publicar las amonestaciones.

El camino de la aldea a la ciudad pasa a través de las marismas donde el viento se divierte. Es un trayecto de una milla. Pretende una leyenda, que los habitantes de la aldea son tan ricos que podrían cubrirle de hermosas moneditas de plata. ¡Qué extraño encanto da esto al sendero! Brillante como el vientre de un pescado, todo lleno de blancas escamas, serpentea junto a los carrizos y las lagunas desde donde sale el croar de las ranas. Las margaritas que adornan esta tierra abandonada por los hombres, se mirarían en el espejo de las bruñidas monedas, que los cardales protegen con sus espinas amenazadoras. ¡Qué resonancia toma allí la voz del viento cuando juega en los tallos de las cañas y en los alambres del teléfono! Tal vez el viejo Mattsson hubiera encontrado una satisfacción al pisar con sus pesadas botas de pescador sobre la plata sonora; lo cierto es que anduvo el camino más a menudo de lo que deseara.

Sus papeles no estaban en regla, pues la novia que abandonó el día de la boda retardaba la publicación de las amonestaciones. Era necesario que el pastor escribiese a las autoridades eclesiásticas para obtenerle el permiso de contraer un nuevo matrimonio. El asunto se eternizaba.

Mientras tanto, el viejo Mattsson iba a la ciudad cada vez que se abría la oficina del sacerdote. Y, silencioso, tranquilo, esperaba a que el público se hubiera marchado. Entonces, solamente entonces, se levantaba, preguntando al pastor si había llegado carta.

—No; todavía no.

Al mirar a aquel viejo de gruesa camiseta, pesadas botas marinas, semblante rudo e inteligente y largos cabellos cubiertos con un sudeste, que sentado en el banco esperaba la autorización para casarse, el sacerdote se maravillaba de que el amor tuviese sobre un anciano un poder tan grande y tan a prueba de obstáculos.

—¿Tiene mucha prisa de realizar ese matrimonio Mattson? — le dijo un día.

—Hum, hum; cuanto más pronto se haga, mejor será.

Pero, ¿no cree que sería preferible renunciar? Usted no es muy joven, Mattsson.

El pastor no debería asombrarse — contestó el viejo a manera de defensa. Luego añadió:

—Sé bien que soy viejo; pero es necesario que me case; es necesario.

Y, de semana en semana, fué a la rectoria durante seis meses, pues hasta los seis meses no llegó el permiso.

Durante todo ese tiempo el viejo Mattsson fué constantemente perseguido. Por todas partes en la verde plaza donde se secan las redes, a lo largo de los muelles, alrededor de las mesas del mercado, hasta en alta mar durante la persecución de los bancos de arenques, se oía retumbar una tempestad de asombro y risas.

—¡Ah, ah, se casa Mattsson; el Mattsson que huyó la misma mañana de su boda!

Ni a la novia ni a él, se le regatearon las burlas; pero lo peor era que nadie encontraba la cosa más ridícula que el mismo Mattsson. El retrato de la madre quería volverle loco.

A la mañana del domingo en que se publicaron las amonestaciones, el viejo Mattsson quiso huir de la curiosidad y las burlas con que le molestaban y se alejó solo por la playa. Al pie del faro encontróse a su novia que lloraba. Mattsson la interrogó. ¿No habría querido casarse con otro. Ella, sin responder, arrancaba con un dedo pedacitos de yeso de la muralla, dejándolos caer en el mar.

—¿Es que por acaso no ama a alguien?

—No; a nadie.

—¡Qué hermoso es estar allí, al pie del faro! El agua límpida chapotea por todas partes. La orilla aplastada, las casitas uniformes de la aldea, la ciudad en lontananza, están bañados por el resplandor del Sund y por su belleza siempre nueva. De vez en cuando una barca emerge de entre las brumas que flotan sobre el oeste del horizonte, lanzándose gallardamente por la estrecha abertura con la proa llena de las risas del agua. De repente las velas caen. Los pescadores agitan sus gorros y en el fondo de la embarcación brilla la presa ganada.

Mientras que el viejo Mattsson estaba en la playa, una barca entró en el puerto. Un muchacho, que iba sentado en el timón, se descubrió saludando a la niña. El viejo vió resplandecer un fulgor en los ojos de su novia.

—Ah! se dijo — tú estás enamorada del mozo más lindo de la aldea. No ha de ser tuyo nunca. ¡Más vale casarse conmigo que esperarle a él!

¡No había modo de escapar a la voluntad del retrato de su madre! Si la muchacha hubiera amado a cualquier hombre, con probabilidades de éxito, Mattsson se habría creído autorizado para esquivar el casamiento. Más en él aquel caso no tenia ninguna razón plausible para devolverle la libertad.

Quince días después se celebró el matrimonio, y poco más tarde sobrevino la terrible tempestad de noviembre.

Una de las barquitas de la aldea perdió el mastil y el timón, y enteramente desamparada se fué a la deriva sobre las olas del Sund. El viejo Mattsson y los otros cinco hombres que la tripulaban erraron así durante dos días y dos noches. Cuando se les salvó estaban casi muertos de hambre y de sed, helados y sus vestidos habían comenzado a ponerse rígidos. El viejo Mattson no recobró jamás la salud. A los dos años de languidecer murió.

Muchas personas entonces juzgaron muy curioso que hubiese tenido la idea de casarse precisamente antes del naufragio, porque la mujercita elegida había resultado una buena enfermera. Solo, ¿qué habría sido de él? Toda la aldea de pesca reconoció que en toda la vida hizo Mattsson nada más prudente; y la mujercita adquirió una gran reputación a causa del extremado cuidado que dedicó al enfermo.

—¡He aquí una, — exclamaban, — que se volverá a casar fácilmente!

Durante todos los días de su enfermedad, el viejo Mattsson contó a su mujercita la historia del retrato.

—Cuando yo esté muerto, será tuyo, — decía, — como todo lo que me perteneció.

—Cállate; no hables de eso...

—Será tuyo el retrato de la madre, y cuando los pretendientes vengan, obsérvale. Te aseguro que en toda la aldea no hay nadie que conozca mejor los asuntos de casamiento que ese retrato.

ENTRE DOS AMIGAS

LUISITA!...

—¡María Ester!...

—¿Cómo te va, querida?... ¿Tú hijito ... ¡Qué monada de criatura! Déjamelo... ¿Y tu esposo?... ¿Y a vos? ¿Cómo te va?... ¡Tenía unas ganas de verte!... Vine esta mañana. ¡Ay, vieras que aburrimiento en aquella aldea! Digo aldea, porque no puedo admitir que aquello sea una ciudad!... No he visto gente más chirle. Los mozos... de mar por medio. Como para desesperarse. Ni uno a quien llamar insolente. ¡Qué atrasados!... La primera que visito sos vos. Pero contame, hija, contame. ¿Cómo te ha ido?; ¿qué tal la nueva vida? Te noto más seria. Estás mejor, ¿sabés?

—¡Qué voy a decirte! Nada, que estoy contenta.

Pues me alegro querida... Pero ¡qué mono qué mono tu hijo!

—El matrimonio me ha sentado bien. Por ahora no tengo queja.

—Si te digo la verdad cuando supe que ibas a tener un hijo me dió pena.

—¡Ave María! ¿Por qué?

—Por nada. Vos sabés cómo soy yo. En seguida te vi así... ¡uf!... ¡Y vos que tenías lindo cuerpo!

—Pues ya ves que no he perdido mucho.

—No hijita, al contrario. Si te digo que estás mejor. Pero... yo no sé me imaginaba otra cosa. En fin nada.

—¡Siempre con tu horror a los hijos!

—No sin embargo no creas. Me van gustando más. Ahora casi te tengo envidia... Y ¡qué hermoso es el nene! Es igualito a vos. No, en los ojos sale más bien al padre. O no, a vos. No, no; digo bien: al padre. ¿No tiene los ojos azules tu esposo?... ¡Criaturita de mi alma! ¿Vas a salir tan seriecito como tu papá?... ¡Oy me lo comería!... Creeme, te envidio.

—¿Por qué no te casás?

—¡Ay, hijita! Eso ya es más grave.

—Te parece. Ya ves que no es así.

—En tu caso.

—¿Por qué no en el tuyo también?... Y recuerda que me llevas dos años.

—Menos tres meses.

—Partidos no te faltan, Jorge siempre me pareció aceptable.

—Y a mí también.

—Pero no le hiciste caso.

—No sabría decirte por qué.

—No seré yo quien lo sepa. En un tiempo le querías.

—Tal vez por eso, porque le quería.

—No te entiendo.

—Sí, querida, sí. El amor no me parece el mejor consejero para el matrimonio.

Bueno, veo que continúas con tus...

—No lo digas: con mis locuras de chica veleta, ¿no es así?... ¡Que querés, hija! No puedo ser otra.

—O no quieres.

—Es lo mismo. ¡No quiero! ¡No puedo! ¿Quién puede decir cuando no podemos verdaderamente y cuándo no queremos?... Pero, mirá, no hablemos de eso. Mario Vélez anda haciéndome los bajos. Ya estarás enterada. A lo mejor te doy una sorpresa.

—¿El ingeniero?

—No es mal muchacho. Además, no lo quiero... Pero hablame de vos, de tu esposo. ¿Qué tal Carlos? ¿Siempre tan de su casa? ¡Qué modelo de novio era! Supongo que será también un marido modelo.

—Con sus cosas, como todos.

—¿Ya?... Pero ¿no habrás tenido el mal gusto de hacer escenas?

—Menos deseos de hacerlas quisiera tener muchas veces.

—¡Muchas veces!... Me atrevo a pensar que exageras. ¡Celosita mía! Pero hacés bien, hacés bien. Exagerando, todo te sorprenderá menos, después.

—No, no vayas a creer...

—No sigas. Por ahora, no son más que suposiciones tuyas. Una cartita en el bolsillo, cuando más. ¿No es eso? Una cartita inocente que quizá dejó él mismo para que la vieras. Una vanidad de hombres Por sus vanidades, los hombres suelen ser más pecadores que por sus pecados... Pero estoy segura de que es bonísimo contigo.

—No, si no me quejo. No me falta nada, me quiere. Cuando caí en cama, todo era poco para mí. Luego, me ofreció una ama de cría. Y no quise. No pongo yo mi hijo en manos de una mujer cualquiera.

—Te advierto que las hay de mucha confianza.

—Es posible; pero no, no he querido. Puedo criarlo yo. Me basta con una niñera.

—En fin, que eres feliz.

—Sí... soy feliz

—¿Todavía no sales?

—El sábado casualmente salí por primera vez. Ya estoy bien del todo. Me llevó a cenar a fuera. Una calaverada. Fuimos a recordar nuestros primeros días de casados. ¡Ah, por cierto que sufrí una violencia! En una mesa de enfrente había un chico que me estuvo mirando toda la noche.

—Y tú a él.

—¡No seas mal pensada!

—No sé... Dices que te estuvo mirando toda la noche... Supongo que no habrá venido el mozo a decírtelo.

—Bah; pero es que...

—No seas tonta. Si lo digo por decir. Ya sé que serías incapaz hasta de un mal pensamiento... Pero no, decime la verdad: ¿no lo miraste también?

—Mirar... como se mira a cualquiera.

—¡Ja, ja, ja!... ¿Por qué te has puesto colorada?

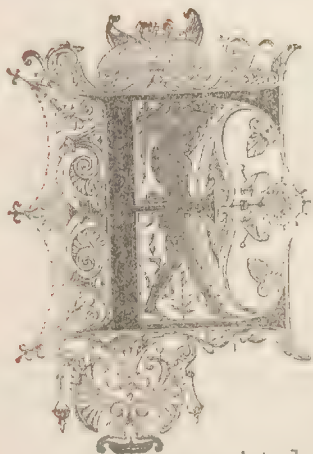
—María Ester, por Dios... ¡Tienes unas cosas!...

—¡Ja, ja, ja!.. Vení, tontita, dame un beso. No lo tomo a mal. Si ya sé... Te conozco como a mí misma. Por eso te he querido siempre, porque te conozco. Casi estoy por decir que te he admirado. Por lo regular, admiramos a las personas que son como nosotros quisiéramos ser. ¡Si vieras, Luisita!... Muchas veces en una reunión, en un teatro, en un paseo, en el comedor de un hotel, como tú, he visto un chico... atrayente, en fin, que me miraba con insistencia, y me he puesto a pensar en seguida: ¿y si estuviera casada? Porque tú sabes... bueno, acaso no lo sepas: podemos estar casadas con un hombre y quererlo, quererlo de verdad, sin engaño, y al mismo tiempo tropezar con otro hombre a quien seguramente no llegaríamos a querer nunca, pero que no quisiéramos dejar pasar. Si nos lo propusieran como esposo, no lo aceptaríamos. Entre él y nuestro marido nos quedaríamos con el nuestro. Y si estuviéramos solteras quizá ni lo miraríamos. Pero así y todo, no quisiéramos dejarlo pasar sin escuchar algunas palabras suyas... Cuando yo he visto a ese hombre y me he imaginado casada, he sentido miedo. ¿Tendría yo fuerzas suficientes para apartar de mi cabeza algún mal pensamiento? Vos sí, vos las tenés. Por eso te admiro. ¡Ah, la vida honesta y tranquila exige renunciar a muchos pensamientos! Eso tiene de doloroso la vida: que nos ofrece mucho más de lo que debemos tomar. ¿Quién te dice a vos que acaso yo no me decido porque me conozco?... Bueno, vine a alegrarte y te he puesto seria. Está emocionada: ¡Zoncita! ¿Para qué me hacés caso?

—Mirá, qué suerte: ahí está Carlos.

—¡Mi dichoso amigo!.... ¿No ve? He venido a ofrecerme de niñera.. ¡Ja, ja, ja!...

Consejos para ser un buen marido



El casamiento es una cosa que acontece como un desastre. Como un accidente. Como una hermosa borrachera. Queda uno marido, como cuando uno queda calvo. Y así como haría la guía de los cojos, también podría hacer un manual para los maridos: He aquí un ensayo:

La primera virtud de un hombre para ser un buen marido es la credulidad, la fe, la confianza absoluta. Un marido que duda es un desgraciado. La duda es la cuna de las filosofías, la tumba de los maridos.

Cerrar los ojos, en el orden físico, es descansar la vista; en el orden moral es reposar el corazón. Cerrad pues los ojos de la carne y de la conciencia, y tendremos un maravilloso anestésico.

En la vida de una mujer casada, un dolor de cabeza, es un hecho más alarmante que un hijo: el hijo es algo esperado, el dolor de cabeza nunca se espera.

La pancada y la valeriana son dos medicamentos de valor idéntico en la terapéutica de las esposas. El error de muchos maridos está en dar valeriana cuando debían dar pancada y en dar pancada cuando deben dar valeriana.

Si su mujer quiere fumar un cigarrillo, dele el cigarrillo y agradezca a los cielos que no haya tenido ganas de fumar un habano. Nunca se debe contrariar a la mujer en las pequeñas cosas.

Puede ser que una buena esposa se le ocurra poner los pies en las almohadas para dormir. El marido debe respetar tal exquisitez... Hay mujeres que engañan a sus maridos por causa de la colocación de la almohada.

El beso es un cosa de la cual el noventa por ciento de las mujeres gustan. Y hasta paladean los besos. Pero el beso como toda caricia demasiado dulce acaba dando agrieras al estómago. Es por esto que es preciso, alternar los besos con los mordiscos.

Un marido excesivamente dulce y tierno es tan detestable para las mujeres, como un marido absolutamente seco. La ternura es como las sobremesa: debe prodigarse en el momento propicio: usarla, es como querer almorzar con arroz dulce y comer mermelada.

Las pequeñas broncas dan la gracia al amor y quiebran la monotonía del matrimonio, la cual es para el corazón lo que la boca para el café.

Una paz que se celebra es un amor que se renueva, y renovar el amor es aumentarle la existencia. (Es ponerle las glándulas del mono, diría Voronoff).

La mujer no debe ver al marido con ciertas indumentarias interiores.

Un hombre en ropa interior sobre todo si tiene piernas flacas y peludas, es siempre un espectáculo ridículo.

No hay quien resista al ridículo, ni un gran amor, ni una enorme gloria.

Dormir separados.... El lecho común es casi siempre la sepultura del amor. Si un hombre en ropa interiores es ridículo, un hombre que ronca es ignominioso... Y si la que ronca es la dama ¡Horror! El ronquido es el más insoportable de los ruídos matrimoniales.

La mujer conoce a la futura víctima en un baile, de casaca si es militar, de frac o smoking si no lo es, o en un the danzante de saco de corte elegante u otra prenda que esté de moda, zapatos de charol, engominado si es peludo, lustroso y reluciente si es pelado, perfumado, etc. etc. y así es como se graba en el cerebro o en el corazón femenino.

Verle de otra manera, por ejemplo, en camisón y chinelas, es quitarse un poco ciertas exigencias estéticas o románticas. A lo sumo puede usarse el pijama siempre que sea decente, lo bastante, para que no haga mala figura en un salón de baile. La mujer llega a admitir un marido asesino o falsario, pero no perdona jamás a un marido con las uñas sucias o llenas de caspa de tanto rascarse la "zabeca".

En la mujer la imaginación es el camouflage de la inteligencia: no conoce el raciocinio. Las cosas exteriores, aún las más fútiles, la impresionan más ligero que las grandes realidades subjetivas. Puédese ser un Víctor Hugo, un Pascal o un Einstein, pero si se tiene mal aliento, o callos o tendencias a los dolores de estómago o juanetes que parezcan nísperos, no hay ciencia que nos salve ni gloria que nos defienda...

En el matrimonio, un "cepillo de dientes" es mucho más útil que toda la historia universal de César Cantú.

Las mujeres piensan que más vale un hombre con buenos dientes que con buenas ideas...

Hay muchas desgracias matrimoniales que se hubieran evitado con un litro de agua de colonia o con un poco más de jabón.

Un marido feo, es un mal relativo; en cambio un marido sucio, es un mal absoluto.

Un ladrón bien vestido, mete menos miedo a una mujer chic, que un hombre honrado pero mal vestido y sucio.

Si llegas a perder a tu mujer, acuérdate de que un viudo que se casa de nuevo, es tan imbécil que no merecía la felicidad de quedar viudo... Todo el amor debe ser para la primera.

uan LANAS



Mis tres flores

El aire popular puede conservarse aunque demos rienda suelta a la inspiración en una infinita variedad de formas.

Esto es lo que yo pretendo en la mayor parte de mis poesías, y más en aquellas que escribo con el determinado propósito de que puedan ser cantadas con aire de canciones populares.

En estas poesías he puesto ese determinado propósito de que se puedan cantar, y creo que hasta para leerlas hay que dar a algunas de ellas (discretamente, es claro) un leve tono de canción.

Dice el señor Carlos O. Bunge, hablando de poesías gauchescas:

"En la música — "cielitos", "vidalitas" "tristes", a veces no sin marcado sabor morisco — recordaba las melodías populares de la bendita tierra de los claveles y de las castañuelas".

Y he querido, como tributo a esta tierra argentina (yo, hijo de aquella de los claveles y de las castañuelas), dar forma también a mi inspiración en "una vidalita", en "un cielito" y en "un triste".

Mujer argentina: ¡ahí van, para tu pecho, mis tres flores!

Una vidalita

Te hice una visita,
Vidalitá,
fuí bien recibido...
No podré quejarme,
Vidalitá,
de tu trato fino...
Pero me dijiste,
Vidalitá,
"Tengo compromiso".
No podré quejarme,
Vidalitá,
pero me has herido...
Herido de muerte
he sido...
Si tú no me quieres,
Vidalitá,
¿a dónde me arrimo?

Un cielíto

Cielo, cielito ¡ay de mí
que temo,
en tí que hallé mi cielito,
hallar después el infierno!

Cielito, los condenados
aun esperan en el cielo,
pero si yo te perdiera
dime tú que es lo que espero...

Cielio, cielito, tiemblo:
¡si me condenaras tú,
para mí no habría cielo!

Un triste

Triste me llama la gente...
y la gente
sólo ve de mi tristeza
mi cara
con su sombrita de pena...
¡Qué sabe la gente
de mi tristeza!...

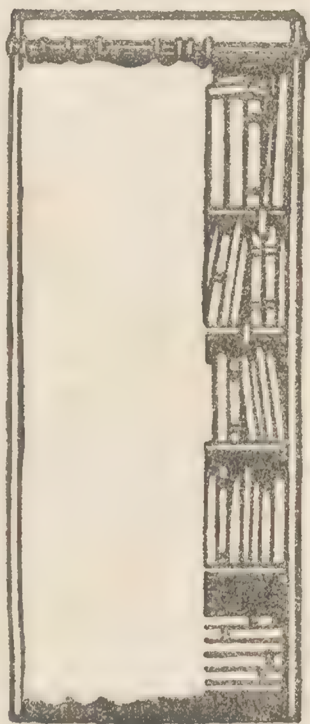
Pasa la gente
contenta,
sin ver que en mi corazón
mis ilusiones entierran...

Doblan a muerto, y en todo
su apogeo está la fiesta...
¡este doblar de campanas
hasta la gente no llega!...

¡Triste!... ¡La gente
sólo ve de mi tristeza
mi cara
con su sombrita de pena!...

VICENTE MEDINA

COMENTARIOS LITERARIOS



"ATERRIZAJE", por Justo C. Dessein Merlo

El autor de "Alcor" muéstrase en "Aterrizaje", último libro de versos del señor Dessein Merlo, un poeta más bien lírico y descriptivo que llega a interesar.

El poeta tiene ahora una visión más amplia y varia, en cuanto a temas se refiere, dando lugar su obra a una mayor armonía de conjunto, sin perjudicar por eso la personalidad intrínseca que caracteriza al autor de "Aterrizaje".

Entre otras composiciones, merecen citarse las tituladas "Niño triste", "Aire y Sol", "Mensaje a la gente de mar", "Tierra, gran amor", "Canción de la soledad", "Bandera negra", "Canción de la tarde de Julio", "Alma, vive contigo" y "Pirámide maya".

Adviértese también en este libro, un dejo de tristeza, pero sin llegar por ello a predominar sobre la índole descriptiva de "Aterrizaje".

"LA SENDA ALUCINANTE", por José Rossi

Componen "La senda alucinante" pensamientos y frases de estilo proverbial, y otras veces, las más, son poemas en prosa que resumen un estado de alma, resultando su lectura interesante y atrayente, no sólo por el fondo de sus ideas, sino también por la forma breve empleada por su autor.

La parte filosófica que a ratos asoma en las frases del señor José Rossi, se advierte casi siempre un gran optimismo, un deseo manifiesto, diremos, de sembrar el bien e idealizando la vida con reflexiones amables, sin excluir por eso la parte formal del poema.

En "La senda alucinante" destácanse entre otros, los siguientes trabajos: "Valor", "El gran secreto", "El hacedor", "El retorno", "Canto de la gratitud", "La canción del silencio", "Plegaria del amor" y "Plegaria de la serenidad".

En resumen, se trata de un libro que expresa bellamente la inquietud espiritual de su autor.

"ALONDRA", por G. Luzuriaga Agote

Los versos de este libro señálanse por un lirismo a veces sentimental, en el que se manifiestan delicadas emociones del diario vivir.

El señor Luzuriaga Agote ha publicado ya otros libros poéticos anteriores a éste. Al leer ahora "Alondra", vemos que realiza su labor dentro de las formas bellas establecidas, siendo su expresión más natural y expontánea su manera artística al manejar la técnica de sus versos.

El acento lírico del señor Luzuriaga Agote es más bien de tono suave, humilde, pero sin prosaísmo. Tampoco es artificioso; por el contrario, gusta del ritmo sin descuidar su fondo, alcanzando así a ratos sentido íntimo de las cosas que le rodean, embelleciendo con ternura sus estados de alma.

Entre otras composiciones poéticas, merece destacarse la titulada "Canto de amor", poema desarrollado en cuatro sonetos.

"SEMBLANZAS LLANERAS", por Miriam Miguens.

Tienen la colección de cuentos de "Semblanzas llaneras", méritos suficientes como para destacarse con perfiles propios en nuestro mundo literario. Algunos de los trabajos publicados en este pequeño volumen, acreeditan fresca imaginación y un estilo vigoroso capaz de interesar al más reacio de las cosas del espíritu. Además, la autora Miriam Miguenz, seudónimo de la señorita María Josefa Varela, sabe definir el carácter de sus personajes y darnos una visión certera de la psicología de los protagonistas de sus relatos. Agregado a ésto, posee como corolario una destreza constructiva para salir airosa al rematar los finales de sus cuentos, sin caer en lo dramático ni diluirse por falta de proporción o ambiente adecuado al asunto de referencia.

Sus cuentos "Juan sin tierra", "El drama del viejo Rómulo" y "El fantasma de la tapera", son diestras pinturas que se graban en la imaginación una vez conocidas.

"Semblanzas llaneras" revela en su autora una verdadera escritora y un espíritu de mujer sagaz digno de encomio, no tanto por la obra realizada, sino porque ha de manifestarse en próxima labor.

"JUAN FACUNDO QUIROGA", por Ramón J. Cárcano.

El "Juan Facundo Quiroga" del doctor Ramón J. Cárcano es una obra histórica muy bien realizada por el estudio profundo que ha tenido que abordar; y bien escrita, porque dentro de una prosa llana, rítmica, va describiéndonos en sus tres capítulos: simulación, infidencia y tragedia, notables etapas de nuestro pasado histórico. Sobre todo la última parte: "tragedia", es realmente patética, pintoresca y bella a la vez; pero esa belleza en la que se refleja preocupación constante, miedo, tragedias... hasta dominar la idea federal de 1834, en la que no había sufrido aún alteración alguna ni Rosas, Quiroga, ni López. Sin embargo, en el ambiente había el deseo de constituír el país, aun cuando a su alrededor se insinuaban días nefastos y ambiciones menguadas capaz de ahogar cualquier grande idea en bien de la patria. Es así que la dictadura de Rosas no tardaría en aparecer; diríase un hecho que fatalmente tenía que llegar, pues no se siente ya la contención y serenidad de la ley, sino la presión y zozobra de la fuerza arbitraria.

El libro "Juan Facundo Quiroga", contiene entre sus páginas numerosos grabados y algunos mapas ilustrativos, a fin de darnos a conocer más cabalmente la historia completa de Quiroga.

Al final de la obra, el autor cita las fuentes documentales y bibliográficas que le han servido para dar cima feliz a este importante trabajo, publicado por la editorial "Roldán".

Poemas nativos y de la bella estación

Calandria

En las tardes fatigosas del verano,
cuando cantan las cigarras, pienso en ti,
y en las vastas soledades de los campos
me perfuma tu recuerdo fragancioso de jazmín.

* * *

Ya no estás en la tranquera de mañana,
de albahacas lleno el blanco delantal,
aguardándome impaciente, y en las tardes,
junto al cerco florecido de la quinta, ya no estás.

* * *

Ya no estás, calandria inquieta, ya te has ido...
sólo el eco queda ya de tu canción,
que se va al atardecer por los caminos,
por los áridos caminos silenciosos que yo voy.

* * *

Triste el río te recuerda suspiroso,
y los sauces pensativos del juncal,
en un lento cabeceo, se diría
que expresasen al viajero que te has ido, que no estás...

* * *

Yo, zorzal enamorado, elevo el ala
y en la rama de la ausencia pósome. Mas si no estás,
si es en vano que te busque, que te llame,
los conciertos de mis selvas ¿para qué te he de cantar?

Pastoril

Esta mañana tibia de septiembre, los nidos,
más alegres, más tiernos, por recién construídos,
tienen mayor encanto más musicales ecos,
y ya no hay hojas mustias, y ya no hay pastos secos.
A la distancia, enormes, perfílanse los montes.
Una fragante brisa soplan los horizontes.
Arriba, el cielo límpido, cada vez más se azula.
Pace, junto al potrillo, su madrastra, la mula.
Parsimoniosas vacas con terneritos gordos
admiten en sus lomos a los audaces tordos.
Una carreta pasa por la senda borrosa
quejándose lo mismo que una vieja achacosa.
Y mientras nuestros pasos se van por el camino,
y mientras bate el viento de mi chambergo el ala
y se torna tu rostro mucho más campesino,
¿no es verdad que la vida no nos parece mala?

LA TIERRA

Bajo el claro sol de Octubre,
Que los campos fecundiza,
La tierra materializa
El amor con que se cubre.
Nuevos encantos descubre
La gloria primaveral;
Y en el beso maternal
Que en cada objeto coloca,
La tierra es como una boca
Que está sorbiendo un panal

EL AGUA

El agua canta, al correr
Junto a los sauces dormidos,
Sus versos enternecidos,
Con acento de mujer.
Va ofreciendo de beber
Y ofreciendo refrescar;
Y en su incesante parlar
El agua, en la primavera,
Es una tonadillera
Que no acaba de cantar.

LOS ARBOLES

Los esqueletos que ayer
Golpeó la racha de invierno
Echaron su brote tierno
Y éste empezó a florecer.
Noble delicia da al ver
De nuevo, fresco, el paisaje;
Flores desprende el ramaje
Para que el suelo se alfombre,
Y cada árbol es un hombre
Que viste con traje nuevo

EL CIELO

Como quien goza un consuelo
Siéntese uno al contemplar
Las estrellas asomar
Allá en los campos del cielo.
Libre ya de todo velo
Ahóndase más su pureza,
Y despliega su belleza
Cual gran bandera de tul
Y se pone más azul
Que el sueño de una princesa...

JULIO DIAZ USANDIVARAS

EXCELSITUD



EN medio del gentío que rebullía y que diariamente cruza las calles en la feroz y constante lucha por la vida, veíase una mujer de andar indeciso que, a cada momento, levantaba la vista hacia las personas que encontraba, suplicante y humilde, como si implorase el perdón de alguna horrenda falta.

La mañana había despuntado tibia y alegre y los rojos tentáculos del sol habían bebido ya las últimas gotas de rocío.

La mujer, caminaba trabajosamente.

De trecho en trecho, en el filo de las banquetas, descansaba y su cuerpo no cesaba de estremecerse, como si tuviese frío.

Como la ciudad le era desconocida pidió a un guardián la dirección del hospital. A ese lugar se dirigía.

Era muy joven aún, más la enfermedad que la minaba, hacíala parecer ya vieja. Caminaba un momento y descansaba para volver después a reanudar su caminata, como si llevara una carga de plomo que la doblegara con un peso. Al pasar, los transeuntes veíanla indiferentes.

Cabizbaja y triste iba la mujer, sin osar levantar la vista, temerosa de notar en los ojos de la gente que encontraba, algún signo de repulsión hacia su cuerpo descarnado.

A pesar del calor sofocante, que se levantaba de la tierra, la mujer temblaba dando diente con diente. Y sin fijarse en nadie, seguía, con paso lento, arrastrando los pies sobre el esfalto.

Al fin, después de mucho caminar, descubrió a lo lejos un edificio de torrecillas: era el hospital. Cuando viólo, no pensó en tomar reposo, figurándosele con esto, que nunca llegaría.

Respirando fatigosamente, llegó a la puerta y ya no tuvo fuerza para más: Con ambas manos, tambaleante, cogióse de la verja y después fué cayendo poco a poco.

* * *

No supo después cómo ni cuándo la metieron. Despertó en una cama blanca.

Abrió los ojos poco a poco y experimentó una dulce sensación al contacto de las ropas tibias que la cubrían. En aquel momento, quizás el más tranquilo de su vida, no le hacía sufrir su cuerpo, pues el mal que la roía, estaba adormecido y quieto.

¡Cuántas veces había deseado un instante como aquel!... Y esa momentánea y voluptuosa sensación espiritual, abstraíala por completo de cuanto la rodeaba. Vagas sombras de amados seres ilusorios pasaban ante ella y su alma encogíase dolorosamente en un arrebato de amor y de ansiedad, como queriendo desasirse de los lazos carnales que la unían.

Sin tener noción del tiempo que pasaba, envolvíase en aquella somnolencia parecida a la que produce el "haschich", sonriendo con una sonrisa indefinible y moviendo su cabeza a un lado y a otro de la almohada.

Muy poco duró el encanto: Alguien exhaló un quejido cerca de su cama y entonces se dió cuenta del lugar en donde estaba. Su cuerpo se estremeció ligeramente y sus ojos lloraron en silencio, con resignación.

Ante su imaginación calenturienta, congestionada por la fiebre, empezó a desfilar su vida, dolorosa y cruel. No tenía padre, ni madre, ni pariente alguno conocía. Pequeña, desde muy pequeña, habíase arrastrado por el fango. Y, aún cuando su cuerpo estaba sucio y manchado de ignominias, su alma era más pura que una sonrisa angelical.

Toda la gente la odiaba porque decían que era una mala mujer, y así caminó en la vida, sin ventura, sola y tropezando, como el destino las hace tropezar.

Ahora, en el hospital, presa de mortal padecimiento, entreveía su fin y tranquila esperaba.

* * *

Entró el doctor del pabellón, y el practicante que acompañábalo quedóse contemplando a la mujer enferma. Largo rato, con la cabeza inclinada y pensativo, estúvola mirando. Luego, sin abrir los labios, mudo y con un interés creciente en la mirada se acercó a la moribunda y le cogió una de sus manos, que yacía inerte y fláccida, fuera de la cama, colgando como hilacha casi hasta tocar el suelo.

La mujer en su soledad absoluta, sin nadie que la consolase y con el peso de la melancolía que engendra un fin cercano, vió en los ojos del joven, a pesar de que no habíala dirigido la palabra, un rayo de compasión. Y desde entonces no cesó de seguirle con la vista cada vez que iba y venía por la sala.

La infeliz se fué extinguiendo poco a poco, sin darse cuenta que amaba y que aquel amor era el único y más puro de su vida.

Al tercer día de su llegada, la mujer llamó al practicante, haciéndole una seña para que se acercase.

—¿Qué quiere usted? — le preguntó él con dulzura.

—Su mano — musitó la enferma.

Ya su voz era más bien un soplo entrecortado y silbante, y el estertor que borboteaba de su pecho, sofocado por la disnea, semejaba el ruído extraño y frío producido por instrumentos de metal, como si la Parca, con su descomunal guadaña, estuviese descerrajando el alma de aquel cuerpo.

El practicante abandonó su mano entre las de la moribunda. Y la mujer, dilatados los ojos lo miraba, como si quisiese absorber por ellos todo el amor que había encontrado al final de su camino. Y ya no tuvo fuerzas más que para imprimir una suave presión a los dedos de su bienhechor.

Había muerto.

El practicante, con los ojos húmedos, se inclinó, depositó un beso sobre su frente:

Y en aquel momento pareció que la muerta sonreía.

Al correr de los años

Al correr de los años y así como quien halla una flor que es única en su camino, hallarás tú la mujer que harás tu novia.

Yo sé que ha de ser bella y más que belleza en los rasgos la tendrá en la dulzura de la mirada y de la sonrisa, y sé también que tú buscarás en ella sobre toda belleza la del alma. Conozco la de tus padres y la arcilla de que fueron hechas y entiendo por ciencia bien sencilla que el rosal sólo da rosas.

Así, pues, buscarás en ella lo que buscaron tus padres en sí mismos y lo que en tí pusieron...

Tú amarás a esa novia y al cabo de un tiempo pondrás en su mano el cintillo de oro, símbolo de unión.

Y ahora debo decirte lo que yo quisera. Y es ésto: Que cuando dieras el primer beso a tu novia, cuando las dos almas enternecidas temblaran de emoción, surgiera de tu pecho una frase, una oración que considero grande.

Y que, como la del mandamiento que dice, amarás a Dios sobre todas las cosas, dijera en tono más dulce, más humilde:

—Pequeña, amarás a mi madre sobre todas las cosas.

LA VIDA

Había una vez un hombre que estaba hondamente triste.

La gente lo había abandonado, porque sí, como es costumbre de la gente. Lloraba su corazón por cosas viejas que había perdido y su desaliento le pedía morir.

La tristeza, nos acerca a la belleza del sentimiento y ennoblece nuestro espíritu preparándonos para las grandes acciones. Pero la tristeza de este hombre era gris y helada. Era de esas tristezas amargas que surgen cuando ya en nada se cree.

Buscando distracción se sentó a su mesa de trabajo con intención de leer.

Abrió un libro y después de mucho tratar de entender lo que leía, notó que las letras bailaban ante sus ojos una danza grotesca.

Su cabeza fué cayendo sobre sus brazos buscando descansar y un desgarrado sollozo le subió a la garganta.

Pero el hombre notó como si alguien le tocara en el brazo, y luego sintió sobre su cuello un roce tibio, algo que se apoyaba; y después oyó un gemido que aunque extraño, llegó a comprenderlo allá en lo hondo de su espíritu.

El hombre se incorporó y su perro, un viejo animal para el que jamás había tenido una caricia, ni una palabra bondadosa, lo miró con sus ojos extrahumanos llorosos de infinita piedad.

La vida se valía de un ser inferior para el noble fin de consolar su tristeza.

LA VISITA

Hace casi una hora que terminó la cena.

Bajo la luz de la gran lámpara del comedor, nuestras almas descansan.

Unos leen y otros conversan.

Yo tengo a la nena sobre mis rodillas y sueño.

Es invierno. ¡Qué frío debe hacer en las calles!

La niña ,que es traviesa y habladora, se cansa de la quietud y bajándose de mis rodillas toma su pelota y comienza a echarla al aire.

La madre le reprende severamente y entonces ella llorosa se acoge a su regazo. La madre se enternece.

—Los niños buenos obedecen siempre a su mamá. Adentro no se juega con la pelota, se juega en el patio.

—En el patio no hay luz —dice la pequeña.

—Jugarás mañana.

—¿Quién apaga la luz del patio, mamita?

—Dios...

—¿Dónde está Dios? ¿En el cielo?

—En el cielo...

—¿...está con las estrellas, mamita?

—Sí...

—...Yo quiero estrellas...

La niña va cayendo vencida por el sueño

Al fin queda dormida y la madre la mece tiernamente. Son la diez y media.

Tomo mi sombrero y mi abrigo para tornar a mi casa.

Amelia recomienda: Abrígate bien...

Y me alza el cuello del sobretodo...

¡Qué frío debe hacer en las calles... y en mi casa!

TEATROS Y CINES

Grand Splendid Theatre — Select — Electric Palace y Cine Gloria. Las salas preferidas por el público, pues su moderna ventilación permite presenciar con comodidad las últimas novedades de la pantalla, programas todos de la Casa Max Glucksmann.

Homenaje nacional a Lola Membrives

La agrupación de gente de letras y arte "La Peña", nos ha remitido una circular solicitándonos nuestra adhesión al homenaje que se llevará a cabo en el teatro Avenida, la noche del 7 de Enero en honor de Lola Membrives.

Nos adherimos gustosos, y nos complacemos en transmitir a nuestros lectores la mencionada circular, pidiéndoles al mismo tiempo su adhesión.

Buenos Aires, diciembre de 1931

Señor

De entre los artistas argentinos que han llevado fuera de las fronteras del país el símbolo de nuestra nacionalidad, convirtiéndose en embajadores representativos de la inteligencia y la sensibilidad de esta raza que está elaborando la grandeza patria, Lola Membrives ocupa sin disputa el puesto de mayor preeminencia.

Y si a esto se añade que en la escena española ha llegado a colocarse a una altura de indiscutible superioridad que la hace digna del título, ya otorgado, de la más grande de las actrices de habla castellana, tal como concurren en reconocerlo el público y la crítica de la península y América, tenemos que Lola Membrives está situada en un plano de jerarquía que al abrillantar su nombre refleja gloria sobre nuestra tierra y constituye para sus compatriotas un motivo de legítimo orgullo.

Una artista de esta calidad, que ha abrazado su carrera con fervor ejemplar; que ha ido ganando sus posiciones palmo a palmo, con el solo apoyo de su inteligencia y de sus extraordinarias facultades; que puede llamarse a sí misma hija de su propio esfuerzo; se ha convertido en acreedora a nuestra gratitud en forma ineludible y perentoria. Y el momento es llegado. No esperemos para honrar a nuestros artistas a que suene la hora de la natural declinación. Hoy que Lola Membrives está en la magnífica madurez de su talento; dueña de sus riquísimas dotes y en pleno entusiasmo laborioso, saldemos con ella la deuda nacional que tenemos contraída y cuyo pago viene retrasándose.

La Comisión Nacional de Homenaje a Lola Membrives, apoyada en estos fundamentos, invita a Vd. a enviar su adhesión a la gran demostración que se realizará la noche del 7 de Enero en el teatro Avenida, la cual, al constituir una sanción amplia de sus altos merecimientos, será no sólo un acto de justicia para con ella y de estímulo para los artistas jóvenes, sino un acontecimiento de cuyas proyecciones es seguro anticipo el noble fin que lo determina.

En la esperanza de obtener de Vd. su valiosa adhesión, y agradeciéndosela de antemano, nos es muy grato saludarle con las expresiones de nuestra consideración y respeto.

Por la junta ejecutiva de la agrupación de gente de letras y arte La Peña

Arturo Romay, Benito Quinquela Martín, Germán de Elizalde, Antonio Alice, Alejandro S. Tomatis, Tomás Allende Iragorri, Alfredo L. Schiuma, Angel María de Rosa, Florencio Molina Campos, Francisco Isernia, Longino Vitale y Francisco Ramoneda.



LOLA MEMBRIVES

EL MILAGRO



ESTA ES UNA CIUDAD.. Esta es una ciudad en la que flota todavía el aroma de la leyenda. Esta es una ciudad arcaica que en el siglo del aeroplano permanece tal como fué en la época de las galeras aceleradas. Por ella no pasó el tiempo. Todavía las iglesias y los conventos resumen la vida de esta ciudad. A la sombra de los grandes edificios que siglos atrás levantó la religión, todavía — amedrentadas ovejas — se acurrucan sus casas; sus pequeñas casas chatas y terrosas.

Esta es una de esas ciudades en las que el silencio reina como único dueño, sin que ose turbarlo otra voz que la voz mística de las campanas; ciudades por cuyas calles nadie transita; ciudades que uno creyera deshabitadas — tal su soledad; — ciudades quietas, calladas, tranquilas sumidas en perpetua modorra, buenas para amar y para soñar.

Cada edificio, cada rincón, cada piedra, guarda un recuerdo de bílicas gestas. Y así, el aído de un poeta percibe todavía en sus calles — eco lejano y glorioso — el redoble de los tambores marciales, el trotar compasado de los fuertes caballos de guerra.

¡Encanto romántico de esas viejas calles provincianas siempre silenciosas, siempre solitarias!... El césped que brota entre las junturas de sus piedras ya os dice lo lejos que estáis de las modernas urbes febriles. ¡Amables, apacibles calles provincianas! Cada paso que dais en ellas retumba una y otra vez, multiplicado por el eco, hasta perderse en la distancia.

¡Encanto romántico de esas calles en que vaga un aura sedante de paz antigua!

ES UNA CASA SILENCIOSA Es una casa silenciosa en una silenciosa ciudad. Casa a la antigua, de planta baja, ancho portón, grandes ventanas con trabajadas rejas, vasto patio lleno de plantas que lo hacen grato y pintoresco — están allí los grandes helechos, los geranios humildes, las palmeras gentiles—; y, en medio del patio, prometiendo grata frescura para los ardientes días estivales, el pilón de piedra donde un surtidor muy débil, muy modesto, musita incansable su oración perpetua...

DESDE NADIE SABE CUANDO... Desde nadie sabe cuándo, esta es "la casa de los Mendoza". Ya durante la colonia vivía allí la rancia, aristocrática familia; y los descendientes siguieron habitándola, respetuosos para con la tradición familiar. Aunque el edificio resultase ya anticuado, desprovisto de toda moderna comodidad, los Mendoza de hoy tenían el orgullo de ocupar aquellas salas por las que pasaran varias generaciones ilustres de jurisconsultos, de historiadores y de guerreros.

El jefe de familia, el doctor Mendoza, era a la sazón del relato un hombre ya entrado en años, a quien rodeaba en la ciudad el respeto y la admiración de todos. Admirábase su saber como jurista, demostrado en su larga carrera en la magistratura provincial. Por otra parte, habiendo actuado en la política, supo captarse la estimación de todos, incluso la de sus adversarios.

El doctor Ovidio Mendoza había perdido a su esposa pocos años después de su matrimonio. De aquella unión habíanle quedado cuatro hijos — dos mujeres y dos varones — con quienes vivía en aquella casa de nobles reminiscencias patricias. Los muchachos, que habían empezado sendas carreras, no llegaron a terminarlas, y pertenecían ahora a esa especie de plantas parásitas que son los "niños bien" de provincia. Era aquel uno de los grandes dolores en la vida del doctor Mendoza, que veía de ese modo extinguirse una dinastía de estudiosos y de luchadores. Las dos hijas, Ruth y Noemí, habían vivido a su lado la vida mortalmente tediosa de las jóvenes provincianas, con los divinos oficios por toda distracción. Se habían criado delicadas y frágiles; tan pálidas, que al verlas se pensaba en esas hierbas blancas que uno encuentra al remover una piedra en un jardín: tristes plantas que crecieron descoloridas porque nunca las besó el sol.

Noemí, la menor de las hermanas, era la predilecta del padre; y lo era a justo, triple título por su cultura, por su belleza, por su bondad. El doctor Mendoza tenía en ella el mejor secretario: para su correspondencia, para sus escritos forenses, para sus trabajo literarios, ningún amanuense más cuidadoso ni más dócil que Noemí.

A más de los hijos, siempre había en la casa algún pariente venido del campo para pasar en la ciudad unos días. Y luego cuatro o cinco sirvientes, todos gente "como de la casa": tantos eran los años que en ella llevaban los que no habían nacido en ella. Placidez, quietud, monotonía... Estas palabras dicen lo que era la vida de aquel hogar. Transcurría, gris y oscura, la existencia de aquellos seres, sin que incidente alguno viniese a turbarla en la sucesión de los días. El doctor Mendoza, ya en edad provecta, veía llegar su fin serenamente, rodeado de la solicitud de todos. Honrado, visitado, agasajado, bien recibido en todas partes, esperaba tranquilo que la muerte le volviese al seno de una tierra sobre la que tanto había trabajado.

PERO... Pero nada sabe el hombre acerca de su destino. El no es sino un juguete que la fatalidad trae y lleva, como un juguete en las manos de un niño...

—¡Leproso! El doctor Mendoza está leproso!

El rumor horrendo corrió por la ciudad rápidamente, con ese poder de difusión que tiene la desgracia.

¡La lepra! ¡El flagelo brutal de los hebreos, el espantoso mal que en los relatos bíblicos, desde el fondo de los tiempos, tiene ya en torno suyo una aureola de repugnancia y de horror! ¡La lepra, el morbo repulsivo, implacable, monstruoso! ¡El más feroz de los males, porque es el mal que sólo cura la muerte!...

No hay palabras que digan el temor que inspira la lepra en aquellas regiones de nuestro país en que es precisamente más común. Es un pánico general el que despierta su solo nombre. Y cuando en la ciudad se supo que el mal había hecho presa en el doctor Mendoza, el hombre con cuyo trato todos se honraban antes no vió en torno suyo sino una gran mueca de asco, despiadada, brutal, universal...

Nadie lo volvió a visitar. Nadie, sino la miseria, la triste misería vergonzante de las gentes ilustres. Falto de trabajo profesional a que viviera atenido hasta entonces, sufrió el dolor de padecer a un tiempo la lepra y la pobreza: las dos enfermedades que más han aislado en todos los tiempos a quien las padece.

Los dos hijos varones abandonaron al padre enfermo. Fueron a continuar en otra ciudad su vida estéril, como quien cambia de sitio un mueble inútil. Ruth, la mayor de las hijas, marchó al lado de unos parientes del campo. Prefirió una especie de profesión monástica que es el campo para las muchachas casaderas — el aislamiento absoluto, la soltería en perspectiva — antes de exponerse al contagio. Los sirvientes, atemorizados, desertaron desde el primer día, y no hubo modo de reemplazarlos.

¡Ni por todo el oro del mundo! — decían las gentes del pueblo a quienes les fué propuesto sustituir a los criados medrosos.

Noemí, sólo Noemí, la buena, permaneció junto al padre en tribulación. Sólo ella compartió con el enfermo su triste ración de llantos. Fué para él hija amante, y sirviente solícita, y enfermera cariñosa. Fué su ángel custodio.

En adelante no conoció Noemí más vida que aquélla. Nunca volvió a salir de la casona rancia, ni aun para ir a la iglesia. ¿Qué devoción comparable a aquélla, que sacrificio como el que se impusiera, qué rito más santo que el suyo?...

Nadie entraba en la casa apestada sino una vieja "que había conocido al doctor cuando era chiquitito", y que había visto nacer a Noemí. Aquella mujer traía las provisiones indispensables, y a ella se redujo toda la servidumbre. La buena vieja — una mujer que sabía de exorcismos y milagrerías, que era también su poco curandera — tenía por Noemí una admiración idolátrica. Era casi un culto lo que sentía hacia la hija abnegada, bella de cuerpo y de alma.

—¡Qué linda está, niña! ¡Más linda cuanto más sufre! ¡Linda como la Virgen Santísima, Nuestra Señora!... — solía decirle la vieja. Y se santiguaba devotamente para decirlo.

Acogía Noemí con una sonrisa el halago. De todos modos, ¡para qué le serviría el ser bella! ¡Para qué, si mucho tiempo atrás ella había ofrecido en holocausto su juventud y su hermosura, como las dulces esposas del Señor!...

—¡Lo besa! ¡Besa las llagas del leproso!... Pronto estará leprosa, como él... — Tal se decía en la ciudad.

Alguien, en efecto, habíale visto poner sobre las lacras horrendas — divina medicina — sus besos...

MORIR LLENO DE AÑOS... Morir lleno de años, como los varones de la Escritura; morir entre los brazos de una hija buena, bella y amante, en quien se reproducen las virtudes paternas; morir mirándose en unas pupilas queridas... He ahí la más dulce de las muertes. Tan dulce, que eso es casi no morir.

AQUELLA VEZ... Aquella vez se había equivocado el augurio.

Pasaron varios años desde la muerte del doctor Mendoza. Noemí, la niña esbelta y grácil de otrora, se convirtió en una mujer de serena y robusta belleza. Vivió sola en adelante; sola con sus recuerdos; sola entre las sombras libre de los antepasados...

Siempre enlutada, el luto le prestaba un encanto nuevo. Y el temible mal — ese mal solapado, traidor, que, oculto durante largos años, se manifiesta al fin mucho tiempo después de adquirido —respetó la belleza de la mujer heroica: hermosa como en la adolescencia, más hermosa tal vez por la expresión melancólica y resignada que el sufrimiento dejara en su rostro, vivió sus días entre la admiración y el respeto de las gentes. Y nunca dejó de ser bella.

Tal fué el milagro...

LO QUE ELLOS NO SABIAN

EL mar, o mejor dicho, el trozo de mar limitado por las cuerdas y por los dos circulares flotadores, empezaba a despoblarse, mientras sobre la arena dorada de la playa, solas o en ramos, florecían de minuto en minuto, cada vez más apretadas, las flores multicolores de los piyamas femeninos.

Guido Andreoli y María Giulani, su novia, estaban solos sobre uno de los flotadores. Ella reclinada, exponía a los últimos rayos del sol, su hermoso cuerpo de rubia, en su verde maillot; con su voz suave, contaba ciertas murmuraciones de salón de que se había enterado, y en las que era protagonista una dama muy conocida. El sentado justamente al borde de la boya, tenía las piernas dentro del agua y parecía escuchar el chisme de su novia.

—¿Sabes? Se trata de la condesa Caprelli...

En realidad, Guido estaba atento a la sucesión irregular de pequeños escalofríos que el breve ondear del agua le propagaba desde las rodillas hasta el resto del cuerpo, ya seco. Le parecía tener las piernas oprimidas por un arco de acero y que el agua empujase el arco cada vez más arriba.

¡Brr! Un empujón inesperado lo arrojó al agua. Indudablemente, alguna diablura de Lisseta...

Efectivamente, apenas salió a la superficie y abrió los ojos, la vió allí, erguida sobre el flotador, ceñida en su malla punzó, firme y ágil en la adolescencia de sus formas, gárrula y victoriosa en su risa incontenible.

—¡Has tragado agua! ¡Has tragado agua!

—Mi venganza va a ser terrible. Espera.

Lissetta ante la amenaza, sentóse a su vez al borde de la boya y empezó a mover furiosamente las piernas, elevando contra Guido una pequeña tempestad de agua, mientras sonreía picarescamente.

—¡Lisetta, sosiégate! Me mojas toda... — suplicábale la hermana mayor volviendo el rostro un poco retocado.

Guido, entretanto, había iniciado un asedio en toda regla: con las manos levantaba e impelía contra la boya verdaderas olas. María arrojó al mar un salvavida, se deslizó en él lentamente, y con la ayuda de las cuerdas se dirigió hacia la orilla. Lisetta estaba cansada, el agua le cegaba, sus piernas agitábanse cada vez más débilmente. Guido con dos brazadas, estuvo a su lado, la asió de un pie.

—Ahora, te ha llegado el turno!... Una... dos...

— ¡Basta!... ¡Basta!... ¡Bas...! —La jovencita reía, imploraba y tragaba agua.

—Y tres... Ahora, se acabó. ¿Lo harás más?

—¡No!

—¿Me pides perdón?

—¡Perdón!

—Sube.

La ayudó a subir a la boya. Guido se tendió de bruces. Lisetta se sentó sacudiendo la cabeza para que le saliese el agua entrada por las orejas. Luego, tomóse la cara entre las palmas de la mano y quedóse mirando. Miraban ambos. El sol tramontaba en el horizonte detrás de un encaje de nubes alargadas. El cielo y el mar tenían iridiscencias de ópalo. En la atmósfera gravitaba una dulzura melancólica.

—Guido — suplicó de pronto la jovencita, — recítame una poesía... Sí... Una poesía tuya..., que sea un poco triste...

Guido se incorporó a medias y declamó la poesía un poco triste. Y luego otra, y luego otra más. Recitaba con lentitud, con dulzura, con suavidad, acompañado por el suave concierto del mar.

Lisetta tenía los ojazos brillantes. Cuando Guido calló, siguiendo aun dentro de sí el ritmo de sus versos, resultó grato a la muchacha el haberse conmovido así a las armonías suscitadas por él; parecíale que su alma asumiese claridad de ópalo, como el mar, como el cielo...

—¡Qué hermosos versos, Guido!... Recita más...

Pero desde la orilla, María y la madre hacían señas de que era hora de volver. Lisetta se puso de pie.

—¡Apostamos a quien llega primero?

—Apostemos. Quien pierda, esta noche, en la cena cederá al otro su postre.

—¡Goloso!

Lisetta sacudió sus cortos rizos y se zambulló de cabeza. Guido la pasó en pocas brazadas. Llegaron a la orilla jadeantes y risueños.

—¿Qué hacías allá? — le interrogó María. — ¡Hace una hora que estábamos llamando!

Lisetta respondió con aire de importancia:

Declamábamos versos ¡preciosos!

—¿Por qué no me los has recitado a mí también, Guido?

—Escapaste...

—¡A vestirse, muchachos! A vestirse, y pronto — dispuso con tono severamente risueño la madre.

—Yo estaré antes lista. ¿Volvemos a apostar, cuñado?

—¡Apostemos, cuñadita!

También esta vez Guido estaba seguro de ganar. Lisetta, para darse prisa, solía quitarse las ropas al revés: luego, para vestirse pronto, se ponía todas las prendas al revés... de manera que en muchas ocasiones tenía que volver a empezar.

Pero aquella tarde perdió. Lisetta se presentó lista en la puerta de su cabina cuando él estaba todavía anudándose la corbata. Habíase apoderado de Guido una languidez repentina que le impedía vestirse a prisa. Persistía en su alma la lenta dulzura opalina de poco antes...

Y algunos minutos más tarde, camino del hotel, mientras María, a su lado, volvía a hablarle de escándalos sociales, él evocaba aún la boya, las nubes de oro, el mar de ópalo, sus versos, los ojos brillantes de Lisetta...



• • •

En el salón se bailaba desesperadamente. Guido, en cambio, había ido a sentarse fuera, en el rincón más alejado y más obscuro de la terraza, y permanecía allí, sólo, quieto, mirando casi bajo sus pies el mar negro que reflejaba la luna en una larga y temblorosa pincelada de plata.

María fué a buscarle. Se sentó a su lado.

—Guido ¿por qué no me recitas a mí también los versos que le has dicho a Lisetta?

En realidad, él no sentía ningún deseo de declamar; pero no quiso parecer descortés. Empezó. Los versos pareciéronle ahora fríos, descoloridos. María le escuchaba atentamente, pero tenía más bien el aire de pensar: ¡Qué inteligente es! ¡Y será mi marido!" Como no conmoverse y extasiarse sinceramente. Cuando él calló y María le dijo: "¡Qué hermosos versos!", la voz de su novia era tan serena que el joven no pudo menos que pensar:

"¡No ha comprendido ni una sola palara!".

—Otro más, Guido.

—María, discúlpame. Esta noche no estoy en vena para decir versos.

Ella guardó silencio por un momento. Luego, con su voz tranquila:

—A Lisetta le has dicho tres repuso.

Guido se sintió fastidiado.

—¡Oh, María! ¡No digas tonterías!... ¿Estarías celosa de tu hermana..., de una niña?... Esas son chiquillerías indignas de ti...

Se levantó bruscamente, bajó de la terraza y se fué a pasear por la playa

¿Qué idea cruzaba ahora por la cabeza de María? Estaba celosa de Lisetta? ¿De una niña?... ¡Bah! Jugaba con Lisetta porque era alegre, inquieta, vibrante, mientras que María no cambiaba nunca, siempre calma, siempre serena, siempre olímpica. Con María había que ser serio, y a él, aunque cumplidos los treinta y escritor encaminado directamente hacia la fama, le agradaba reir y jugar como un niño, porque también él era alegre, inquieto vibrante. Esto sí. Pero que María pudiese celar de Lisetta, ¡no! Resultaba inadmisible, injusto, indigno ..

Desde la terraza, la voz de Lisetta llamaba con voz cristalina:

—¡Guido!... ¡Guido!...

Fingió no oir. Lisetta fué a reunírsele en la playa.

—Ilustre literato, insigne poeta: dice María si estás disgustado. ¿Es que os habéis enojado?... Me ha mandado a buscarte.. Está arriba, esperándote Llora... ¡Ven!

Se dejó llevar. María le esperaba a la entrada del salón, amorosa, inquieta. Corrió a su encuentro.

—Guido, ¿por qué te has disgustado?... Lo que te dije, fué inocentemente ¿sabés? Ni siquiera lo pensaba. ¡Te lo juro!

Cierto. Pero ahora si lo pensaba.

Guido regresaba de un viaje periodístico de cinco largas semanas. En la estación le aguardaban María y su madre. Después de saludarlas, miró en derredor, buscando.

—¿Y Lisetta? ¿Cómo no ha venido a esperarme?

La señora Giulani tuvo un momento de embarazo; luego, repuso:

—¿Lisetta? Ahora te diré.

Se encaminaron. El en medio. María le había tomado el brazo y caminaba silenciosa, la cabeza un poco inclinada. La madre contaba:

—¿Lisetta? Hemos tenido que ponerla de pupila en un colegio de Turín.

—¿En un colegio?

Guido estaba dolorosamente sorprendido.

—No estudiaba, no hacía sus deberes. El promedio del trimestre último, resultó un desastre. ¡Y está a un paso de la edad de casarse!... Estaba nerviosa, irascible. Respondía mal a su padre. Regañaba con María... Entonces su padre, perdió la paciencia y la internó en un Colegio de Turín.

—¿En un colegio? ¡Pobre chica!

—Parece que está contenta. La directora nos da buenas noticias. Ella, no; no escribe. No ha escrito ni una sola vez.

—¡Le escribiré yo!

—No; no lo hagas. Sería peor. Es más, te ruego que no hables de ella en casa. Ha sido un gran disgusto para su padre y para todos nosotros. Vendrá con licencia para asistir a vuestra boda. — Y, contenta de desviar la conversación, añadió la futura suegra:

— Porque hemos fijado fecha, ¿sabes? Para dentro de un mes. El último domingo de cuaresma...; si no tienes inconveniente..

¿Inconveniente, yo? — Y estrechó afectuosamente el brazo de María que respondió con fuerza a la presión.

Se habló de la boda, de los invitados, de la casa, de las compras. De todo ello se siguió hablando durante un mes. Y Guido sólo tuvo raras treguas en sus muchas ocupaciones. Pero en aquellos breves momentos, volviendo a pensar, encontraba en su alma, viva, como en el primer día, la dolorosa sorpresa. ¿Lisetta internada en un colegio? ¿Por qué? ¿Era posible que hubiese tan repentinamente despertado en ella la maldad? ¿y era verdaderamente necesario, de cualquier modo, recluirla así, como en una prisión?... Fuera de dudas, su familia no había sabido comprender su carácter. Y entretanto, la que sufría era ella, la pobre Lisetta. Y a él le habían entenebrecido la alegría del regreso. Traía muchos regalitos para su joven cuñada; cositas minúsculas y graciosas. Y había escrito, para leérselo a ella y a María, una especie de diario humorístico de su viaje. María se habría divertido mucho y le habría mirado con sus ojos de calma y orgullosa admiración; y Lisetta habría reído a más no poder con su bella y límpida risa, con su risa festiva, siempre renaciente, toda trinos y gorjeos. ¡En cambio, nada! Lisetta no regresaría hasta la víspera de la boda. Tendría apenas el tiempo de saludarla. Luego, la ceremonia, y otra vez de viaje... El, de luna de miel con su flamante esposa; ella, de regreso a su colegio...

Efectivamente, volvió a verla la víspera de la boda. Pero en vez de llegar por la tarde, como había sido previsto, Lisetta llegó por la mañana, mientras su mamá y su hermana se hallaban fuera para las últimas compras. Y Guido, al presentarse inopinadamente en casa, la encontró cuando acababa de entrar y terminaba de quitarse el sombrero. Aún llevaba puesto su sencillo uniforme negro de colegiala.

—¡Guido!

—¡Lisetta!

Abrió los brazos para recibirla, pero ella no se movió y quedóse mirándole con sus ojazos cuajados de lágrimas.

Guido recordó los mismos ojos brillantes de pocos meses antes, cuando sobre la boya le había recitado con voz suave sus versos un tanto melancólicos. ¡Pobres ojos! Parecían más obscuros, más hondos, más dolorosos. Y el rostro era pálido y como demacrado. El joven la miraba silenciosamente, como para reconocerla. ¡Cómo había cambiado! ¡Era una mujer!... ¿Y sus rizos..., los negros bucles que le caían antes sobre el cuello? Se habían alargado y estaban partidos en dos y recogidos en la nuca.

Con un esfuerzo de toda la boca, de todo el cuerpo, Lisetta contuvo algo que parecía sofocarla; un acceso de llanto, y empezó:

—Guido... — con voz tranquila, como si estuviese por decir cosas muy indiferentes. Pero su voz tornóse trémula:

—Guido... Me han internado en un colegio... ¿Sabes por qué?...

Guido, quiso sonreir y no pudo; quiso hablar, reprocharle burlonamente su repentina "maldad" y un nudo le cerró la garganta

—Me han internado en un colegio, por que... han dicho... que yo... estaba enamorada... de tí...

No pudo resistir más. Le echó los brazos al cuello, sollozó desesperada:

—¡Ahora lo sé, Guido!... ¡Ahora sé yo también que es verdad!... ¡Muy verdad!...

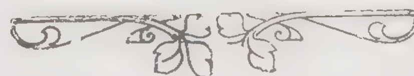
Y también Guido, abrazóla con fuerza, murmurando:

—¡Lisetta! ¡Criatura!...—y lloraba. También él, ahora, sabía algo que antes ignoraba.

———



Cartas del otro mundo



Para los actores del día

Malhaya vuestro desquite;
mas, llamadme necio, a fe,
si con vuestro gran tupé
no logréis que resucite;
y así ridiculizáis
no voy en esta semana
a vengar vuestros entuertos;
actorzuelos del montón
que tan mal me interpretáis
y así ridiculazáis
mi garbo y mi tradición.

Me estáis convirtiendo en reo
de vuestros torpes amaños,
y hace ya bastantes años
que soporto el manoseo.
Ello mi aversión provoca,
pues convertís por doquiera
al galante calavera
en compadre de la Boca.

Notad, actores del día,
que, para hacer un don Juan,
se precisa el talismán
de un alma como la mía.
Muñeca para luchar,
corazón para sentir,
alma para resistir,
genio para interpretar;
sin tan nobles cualidades,
no profanéis mi memoria,
pues no vais a hallar la gloria
con cuatro sonoridades
que, dichas en tono enfático,
con más audacia que sal,
hoy se le indigestan al
espectador más flemático.

Cuidad tales requisitos,
porque vuestros ademanes,
más propios que de Donjuanes
lo parecen de Juancitos.
Con vuestras torpes maneras
y esos giros modernistas,
no pasaron mis conquistas
del gremio de cocineras.

En fin, para terminar;
los que en el arte que hacéis
de ochavo no pasaréis,
dejadme al fin descansar.
Olvidadme, os lo suplico,
que en el mundo es bien notorio
que no fué Don Juan Tenorio
galán de género chico.
Olvidadme en hora buena.
Cese ya tanto desmán.
No confundáis a un don Juan
con cualquier Pobre Valbuena.

Si queréis tomar el pelo
a tipos espeluznantes,
abundan por ahí danzantes
que os darán un buen modelo:
calaveras de tupé
que se las van de farristas,
románticos modernistas
y sablistas de café.

Dedicadles vuestro empeño
y triunfará la osadía
sin deshonrar a Talía
ni turbar mi eterno sueño.
Desde su lecho mortuorio,
para hacer al arte honor,
os lo pide por favor
el que es vuestro

Juan Tenorio.



El gato a través de los siglos

El gato fué tenido entre los egipcios de la duodécima dinastía de los Faraones, (220 años antes de Cristo), con gran veneración si creemos a Herodoto. Fué el gato llevado a Egipto en los tiempos de la conquista de Etiopía.

Multiplicóse y al fin deificado en tiempos remotísimos. El Dios de la música era personificado en un hombre con la cabeza de gato que tenía en la mano un cetro. La parte superior del instrumento era ornada con tres figuras: en el centro un gato con cara humana, a la izquierda Iside y a la derecha Neftis.

La diosa del amor era representada en una cabeza de gato puesta sobre el cuerpo de una mujer.

El gato fué el emblema del sol y de Osiris; la gata de la luna y de Iside. En los tiempos de Herodoto cuando en una casa egipcia moría un gato, toda la familia y los amigos demostraban su dolor, el cadáver se embalsamaba y se llevaba a un sarcófago reproduciendo la imagen de la bestia en bronce o en madera, ornándolo con diversos colores y con ojos de esmeralda e incrustaciones de oro.

Luego el cuerpo era llevado y enterrado en un cementerio especial. Fué así que en 1890 se encontraron cerca de Beni Hassan 1.800 momias de gatos que fueron llevadas a Londres.

Si alguien mataba aun sin quererlo a un gato, era llevado al tormento. Diodoro Sículo narra que mientras Tolomeo trataba de alcanzar la alianza con los romanos, no pudo impedir que el pueblo matase a un hombre, a un ciudadano romano que había matado un gato.

De Egipto el gato fué introducido en Siria, luego en Arabia donde fué el animal preferido por Mahoma quien aseguró a su gato un puesto en el Paraíso. Plinio escribe que los árabes adoraban un gato de oro y los turcos consideraban al gato como un animal puro.

Aún ahora el gato es tenido en gran honor por los musulmanes.

Homero habla del gato con gran respeto. Señal de que los griegos tenían a este animal en gran consideración.

En Corinto existía una estatua colosal representando a un gato. Entre los antiguos germanos, el gato era símbolo de independencia. Los escandinavos lo tenían como el dios del amor.

Pero hubo una época en que los gatos fueron víctima inocente de la ignorancia de las gentes, y del prejuicio de los hombres.

A fines del siglo XVIII en Metz se celebraba todos los años una ceremonia en la que los magistrados y el clero en traje solemne, incineraban con gran ceremonia unos cuantos gatos, sobre una parrilla de hierro.

En París, en la Plaza de Greve la ceremonia del fuego de San Juan se realizaba tomando parte unos cuantos gatos, que huyendo de las llamas, sofocados y agotados, servían de diversión a la multitud, que concurría al espectáculo.

En Inglaterra, en Bélgica, en Francia y en América los gatos tienen significación lujosa. Las damas gustan de tener gatos bellísimos. De diez a doce meses, los animales de raza fina se venden hasta en 30 o 40 libras esterlinas, y algunos tipos excepcionales han llegado a valer doscientas libras esterlinas. Una gata de angora de bellísimos colores, fué vendida en septiembre de 1924 por mil libras esterlinas.

Las pieles de gato han adquirido gran valor en los mercados y en los últimos años se han lanzado pieles atigradas, de gato de Siam. La piel de gato se usa mucho como guarnición, y como forro interior en ciertos trajes.

Y últimamente, hasta algunas cubiertas de automóviles lujosos se han hecho con quince o veinte pieles de gatos atigrados o blancos, las cuales resultan de elegancia suma.

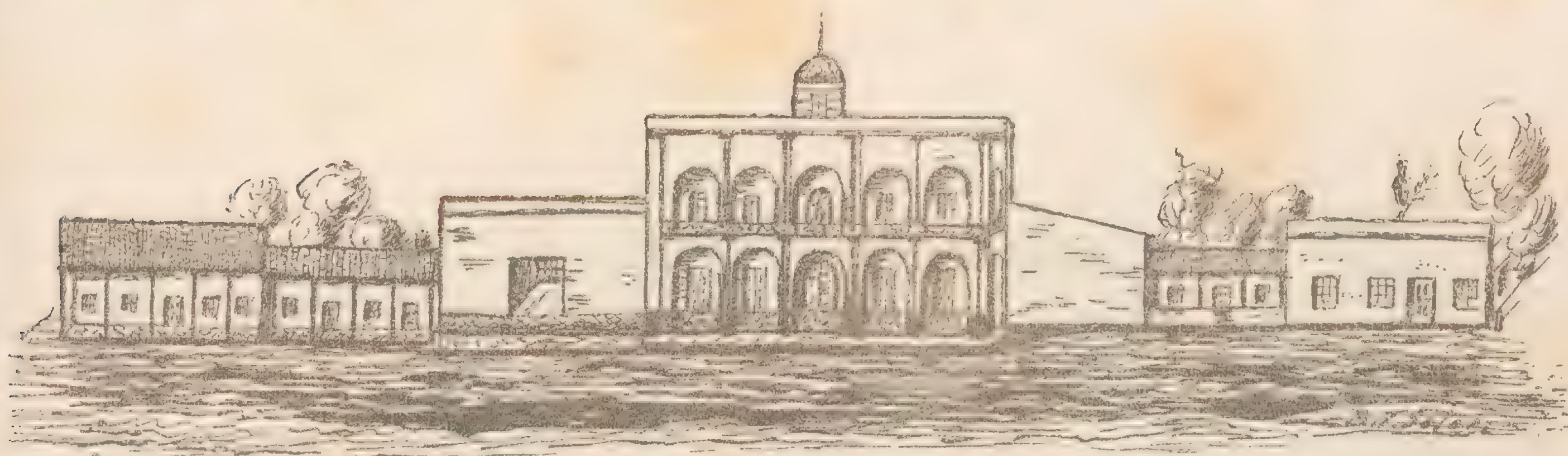
ESCRIBIR



PARA mí, escribir es vivir. Mi pulso late, mis pulmones respiran, mi pluma corre sobre el papel con el mismo misterio continuo, con el mismo mesurado prodigio, con el mismo fuego inimitable. Para mí, escribir es necesario, como me es necesario respirar, palpitar, deambular hacia lo desconocido por los senderos de la vida. Escribir para mí, es obedecer a la ley profunda del ser, es distinguir alguna luz de mi verdad interior, escondida bajo mis apariencias horrorosas y mudables. La más leve de mis decadencias me ayuda a conocer la medida de mi fuerza, más de lo que pudiera hacerlo el ritmo de mi pulso. La fuerza de expresión y de representación es en mí tan poderosa, constante e impaciente, que alguna vez, en el silencio, oir un grito en el campo, un aleteo de pájaros en el aire, el ruido del agua corriente, bastan para que toda mi vida se levante súbitamente y aspire de un modo maravilloso e irresistible a tomar una forma artística.

Todas estas cuartillas, amontonadas sobre mi mesa, viven en mí, como yo en ellas. Mi vida verdadera está transubstanciada en páginas enteras. Si entre mí yo, y la página, el misterio no se cumple y no se celebra, rompo la página y me humillo, reconociendo no estar en estado de gracia, no ser puro. Para mi fertilidad espiritual, necesito hallarme en estado de pureza. Desde mis primeros años, para adquirir esta pureza, no he tenido miedo ni a la soledad, ni al dolor, ni al sacrificio, ni a la burla, ni a ninguna otra cosa mortal o inmortal.





La cuadra del Cabildo y la vieja Cárcel, demolida en 1895.

Antigüedades correntinas

La vieja capital de la provincia de Corrientes, a la que los primitivos guaraníes llamaban Taragüí, lo mismo que a sus fundadores, es decir "Tab-guí, o sea "los del pueblo, tab," con su pintoresco lenguaje, ha ido perdiendo sus rasgos coloniales por la evolución edilicia, con gran sentimiento para los que aman las tradiciones históricas y las cosas del pasado.

Así vióse demoler el Cabildo, cuya sugestiva fachada ornaba uno de los lados de la plaza 25 de Mayo, en cuyo centro se elevaba la columna de la Libertad, tan respetable como la pirámide porteña de la playa de la Victoria, pero con menos suerte que ésta, pues fué reemplazada por la estatua ecuestre del General San Martín, el hijo de Yapeyú, a quien también representaba, por lo menos de un modo simbólico, el monumento primitivo erijido, allá, por 1830.

En ese Cabildo, cuyo dibujo evocativo presentamos, funcionó la Legislatura de la provincia, cuyos fueros se diría que se han amenguado con los trajines de la política zarapatelada. En su recinto se escucharon las voces elocuentes de Augusto Díaz Colodrero y de Eulogio Sosa, en la famosa sesión del 22 de Agosto de 1182, en defensa de la ciudad de Posadas que fuera separada del patrimonio territorial de Corrientes para ser agregada a la zona cercenada de Misiones. A esos dos votos contrarios a la separación se unió el de Manuel Vicente Molina quien sobrevive aún, y se diría abatido desde entonces que fuera puesto en derrota, pero en patriótica compañía. Pudo, en aquel momento reproducirse el caso, ocurrido algunas décadas antes, del diputado Lorenzo Escobar quien falleció repentinamente en su banca de legislador defendiendo sus convicciones con ardor y fe ciudadana, mientras se discutían los prolegómenos y las bases de la organización de la patria.

Mucho antes que el Cabildo se resolvió también deshacer la iglesia matriz, erijida en el siglo XVIII, y que se hallaba ubicada en el punto en que hoy se encuentra el adefesio destinado a Casa de Gobierno, en otro costado de la misma plaza 25 de Mayo. Subsistió por varios años la torre de dicha iglesia, convertida así en "torre del reloj público", la que alcanzaron las penúltimas generaciones.

La "torre del reloj" fué demolida a su vez para dar lugar al caserón de gobierno, en el cual se insumieron muchas rentas provinciales, y por el cual han pasado muchos gobernantes contemplativos y alguna figura sanchezca sin más antecedentes que el de la esclavitud a los designios enigmáticos de un personaje de terracota.

La antigua iglesia matriz fué en 1871 un lugar de fervorosas rogativas cuando la fiebre amarilla flageló cruelmente a la población correntina. La peste hizo también sus víctimas entre los pocos médicos radicados en la ciudad: fueron ellas los doctores Puydemazza, Fossatti y Mendía, y el estudiante de medicina Harvey. Los dos primeros eran italianos. Cayeron también otros, legos en el arte de curar, que desconociendo la contagiosidad del mal o no temiéndola, organizaron la meritoria "asociación popular de auxilios".

A fuer de amante de la tradición de mi pueblo al cual se vinculan mis sentimientos y recuerdos de una infancia acariciada en un hogar virtuoso y ejemplar, deseo que lleguen estas notas, de carácter casi legendario, a remover en Corrientes las añoranzas con que los viejos, como el que las escribe, estimulan la curiosidad de la juventud.

B. T. Solari.



Torre de la primitiva iglesia matriz, demolida en el año 1874. Torre del "Reloj Público", hasta 1887.

LA ULTIMA DIOSA

Ella, de pie sobre la arena rubia, esperaba... ¿A quién?

Su cuerpo blanco, desnudo, dorado por el sol, pronto para sumergirse en el agua tibia y salada, se encogía un poco en una actitud de defensa instintiva del sexo: la mano izquierda sobre el pubis virginal, el brazo derecho sobre el seno, túrgido como el fruto; el muslo izquierdo algo adelantado, apretado contra el derecho; la pierna izquierda curvada como el asa de un ánfora, lisa y torneada como una defensa de elefante; la derecha, larga y fina — en que se marca, vigorosa y grácil, la rótula, — se apoyaba firmemente sobre sus pies largos, fuertes, armoniosos. La cintura mórbida, el vientre liso, suave como la flor de la magnolia; el ombligo misterioso y pequeño, la cadera apenas núbil, indicaban el cuerpo virgen creado más para el amor que para la maternidad; en el tórax, a la vez profundo y frágil, florecían los senos pequeños y redondos como dos copas de oro pálido; el cuello, perfecto como un tronco nuevo de bananero, sostenía la cabeza pequeña y divina; el mentón voluntarioso, la boca en arco, entreabierta en una inconsciente sonrisa; la nariz recta y fina, bajo la cabellera flava, despeinada por el viento marino, bajo la frente estrecha y límpida, los ojos azules luminosos, miraban sin ver, más allá del horizonte, más allá del mar y del cielo, más allá, más allá, más allá...

Rugía el mar contra los farallones de la costa y se estrellaba con inútil rabia, cubriéndolos de un sutil encaje blanco; la playa se le ofrecía, amorosa, mansa, y él la acariciaba con un gesto largo y hondo como una mano lenta sobre una cabellera querida. Lejos, el horizonte cortaba con curva convencional el azul uniforme del mar y del cielo. Algunas nubes blancas, casi inmóviles, fingían en el cielo luminoso castillos y monstruos).

Todo en Ella hacía pensar en el amor. Toda Ella, ofrecida al sol y al viento, sola, magnífica, desnuda; toda Ella ofrecida al sol y al viento, era un canto de amor. Pero de un amor divino, sereno, tranquilo; de un amor sin inquietudes ni exacerbaciones enfermizas; del amor que ha de unir los cuerpos porque es necesario y porque es así; del amor hecho de conjunciones normales y fecundas, como la atracción molecular, como el encuentro de dos electricidades contrarias, como el magnetismo; del amor que ha de llegar, irremediable y oportuno, con la edad, con la estación, con el día, con la hora, como llega la dehiscencia para los frutos maduros; de ese amor que está latente en todos los organismos vivos, como la letra M en las ondulaciones del mar.

Y Ella, con la boca húmeda y salada, el cuerpo rubio de sol, los ojos luminosos de azul, esperaba... (A su lado un Tritón, la cabeza apoyada en tierra, alzada al aire su cola bífid, sostenía el "peplum" tembloroso, tibio aún del calor del cuerpo divino).

Y Ella esperaba, de pie sobre las arenas de la Cirenaica, "toda desnuda en la gloria del día", eternamente hermosa, eternamente joven (Helena, Andrómeda, Ariadna, Calipso, Melisenda, Oriana) como el Ideal, como la Vida, como la Muerte...

Y Ella esperaba al Heroe que había de llegar (Teseo, Ulises, Leandro Rudel Amadís, Lanzarote) sobre el trirreme negro de velas de púrpura, que afirma sus temblorosos remos de plata sobre el ancho lomo azul del mar.

Pasaron los siglos. Un día, el simún, ardiente y brutal como un beduíno, la volcó enloquecido sobre la arena: los brazos se quebraron y la cabeza armoniosa,(separada del cuerpo, rodó lejos...

Pasaron los siglos. En un amanecer tempestuoso un monstruo de hierro clavó las uñas sobe las ondas. Escupía humo negro y su aliento de fuego, como el del Dragón de la leyenda, aniquiló los aduares de los cobrizos hijos del desierto, que huyeron, entre un torbellino de blancos albornoces agitando sus largas espingardas sobre sus corceles, hijos remotos del Viento. Después una innumerable caravana de hormiguitas grises salió del vientre del monstruo, ocupó las arenas ardientes y acampó bajo las palmeras centenarias, desplegando el pabellón verde, blanco y rojo. Era en el año 1913. ¿Sería el Esperado que llegaba por fin? Y un día, Ella de nuevo fué.

Entre la admiración supersticiosa de los soldaditos y el amor conmovido de los artistas, el cuerpo divino surgió de su destierro milenario a la luz caliente del sol. Pero estaba mutilado. Los brazos yacen todavía enterrados bajo la arena temblorosa y la cabeza serena, envuelta en sombras, continúa aún — ¡quién sabe a qué profundidad remota! — sonriendo con su misma inconsciente inmutable sonrisa, mirando sin ver con sus ojos abiertos y luminosos, más allá del horizonte, más allá del mar y del cielo, más allá, más allá...

Alguien me toca el brazo: es el viejo guardián. Salgo de mi ensueño, con una pequeña sacudida. Me mira sonriente y me muestra el reloj: son las tres de la tarde, hora en que se cierran los museos. Sonrío también por hacer algo. ¡La verdad es que resulta un poco ridículo esto de soñar despierto, en pleno año de 1930, en el Museo de las Termas, mientras los representantes de las naciones europeas se tiran con los trastos a la cabeza! Un poco avergonzado miro a la Venus decapitada: privada de la defensa ingenuamente artificiosa de los brazos, está ahora enteramente desnuda, más que nunca protegida por el prodigio de su desnudez; bajo la milagrosa carnación de mármol dorado se siente que vive que hay en ella algo eterno que palpita, con un ritmo melodioso y profundo. Me restrego los ojos y salgo sin distinguir bien las cosas que me rodean... Afuera una tarde adorable me despierta y me tranquiliza como una caricia maternal. Viene de la calle un piar inocente de pajaritos. Cerca invisible una de las mil y una fuentes de Roma gotea pesadamente como un herido que se desangra.

Una vez que vino



LA llamó la madre.

—Ya te he dicho, Fermina — le gritó colérica, — que no quiero que conversés más con ese endeviduo. ¿Por qué me desobedecés? Dentrá en seguida y no me obligués a hacer un disparate...

La joven, aunque intimidada por la reprensión, trató de defenderse:

—El pasaba puaquí y se apeó pa saludarme. ¿Qué culpa tengo yo? No lo voy a echar, mamá...

—Pero lo voy a echar yo. ¿Qué se ha créido ese haragán muerto de hambre?

Y salió, precipitadamente, dispuesta a cortar las relaciones de su hija con aquel mozo, que en su concepto no merecía ni que lo saludasen.

El ya iba a montar a caballo, para irse — enojado por la actitud de la paisana, — cuando oyó el choque violento de la "tranquera" contra el "horcón" que le servía de sostén, y dióse vuelta, con el pie aún en el estribo.

Al ver a la madre de su "prenda", desestribó con calma y se sacó el sombrero, sin levantar los ojos.

Ella, fuera de sí, no contestó el saludo, y le dijo, sin ocultar la ira:

—L'he manifestao cien veces, que no se me antoja que hable con Fermina y menos que venga a esta casa...

—Yo no hago mal ninguno — contestó él en tono conciliador; — y a más, doña Tiburcia, no soy un cualquiera pa tanto desprecio...

—¡Que no va a ser! Tuito el mundo sabe que no tiene oficio ni beneficio y que se pasa la vida en la pulpería bebiendo y jugando al truco.

—L'han engañao, señora, en parte... porque no soy aficionao al trago, y si juego es pa entretenerme un rato... como hacen otros... hasta el mesmo hijo del pulpero, que usté tanto aprecea... aunque sabe muy bien que está juera de concurso en el beberaje...

—A mi no me importa la vida de naide... sino la mía, y güelvo a repetirle que otra ocasión que se acerque a esta casa le vi'a echar los perros... porque aquí mando yo.

—Entonces — replicó el mozo, ya encima del caballo, y disponiéndose a marchar, — si no le importa la vida ajena, no le importe la mía, porque no es suya... creo... — Y se fué al trote, no sin antes mirar de soslayo para ver si podía distinguir a la muchacha, y sonreírle de despedida.

Pero no pudo, porque ella estaba ya en el cuarto llorando desconsoladamente de dolor y enojo, pues la acción de su madre la había indignado, segura de que se cometía una injusticia con el pobre mozo, nada más que porque no trabajaba...y jugaba a las cartas "para divertirse un poco".

—Todos los gauchos hacen lo mesmo — se dijo, — y si él no trabaja es porque no encuentra en qué...

Interrumpiendo las reflexiones, acompañadas de soponcios, la voz de doña Tiburcia se metió en la pieza antes que su persona, no tardando en aparecer ésta, como para demostrar la procedencia de los sonidos...

—Ya lo sabés y no te hagás ilusiones — dijo. — Yo no te he criao pa estropajo de naide.

—Sí — arguyó la joven, ya más animosa, — usté dice tuito eso contra Mariano, porque se ha empeñao en que le haga caso al pulperito, nada más que porque el padre tiene algunos pesos, pero no ve que es hombre lleno e vicios, que hasta roba la plata del cajón pa jugarla en las carreras.

—Mentira, mentira. Eso te lo ha hecho creer ese canalla porque le conviene hacer más malos a los otros pa salir un santo en la comparación...

—¡Si yo mesma lo he visto cayéndose de mariao!... Y la vez pasada... en el baile de doña Remigia, ¿no sabe qu'hizo un escándalo y que el padre tuvo que llevarlo en carro porque no podía dar un paso? Eso no quiere entenderlo usté, mama, porque se ha encaprichao y le ha tomado rabia al otro...

—¿Yo rabia?... ¡Ni eso! No hay que prienderse juego la sangre por tan poca cosa. La que se ha encaprichao sos vos. ¿Qué le has encontrado de güeno a ese degenerao? Ni la figura, porque es fiero como un carpincho, y chiquito y temblón como un tente en el aire...

—No diga, mama... no diga... Es una maldá... porque Mariano es el mozo más lindo del pago...

—No me hagás rair, m'hija — interrumpió doña Tiburcia,

tratando de hacer un gesto de sorna sin conseguirlo; — se ve que te ha embrujao el hombre pa no verle defetos. Pero pa mí basta con que sea vicioso y haragán: qué feo es el peludo, y asao es mejor que el pollo...

La muchacha, a pesar del estímulo amoroso, decayó en sus energías volvió a llorar, tapándose la cara con las manos, mientras la madre, ya algo desahogada, se retiró, rezongando, como hacía siempre después de las reyertas.

—

Fermina era muy joven todavía, y por lo tanto su cabeza liviana de criolla no podía intervenir en aquella crisis sentimental, en la que el corazón manda a destajo, como un valor tiranuelo. Era apasionada y mimosa, y su cara simpática de morocha, hermoseada por sus ojos intensamente obscuros (es fatal que las muchachas del campo no puedan tener el cabello rubio, la tez de lirio y rosa, y ojos celestes, como lo pretende un pseudo crítico), había conmovido más de un alma silvestre, entre las cuales estaba la del hijo del pulpero — Tomasito, como le llamaban en familia, no obstante su estatura corpulenta y su conformación adiposa de gandul bien alimentado — pero ella taimada, poco calculista, había encontrado a esa alma indigna de comunicarse con la suya.

Y Tomasito — como sucede con casi todos los obesos — era poco amante de la poesía; la emoción no vibraba en las cuerdas íntimas de su psiquis y habría sido extraordinario verle entregado a la contemplación de aquellos soberbios paisajes campesinos, con arroyos marginados de frondosos bosques, en la hora de las alboradas o cuando los chispazos del sol muriente encienden los últimos lampos. Quería a la muchacha a su modo, por su carne rolliza y por su frescura juvenil, pero en él no había nada de idealismo pasional. Su sensualismo de comerciante en ciernes, era característico. Educado en las prácticas de su padre, hábil para aprovecharse de la inocencia de los pobres paisanos, seguía sus enseñanzas, siendo público y notorio que le superaba en el arte de quedarse con las exiguas ganancias de sus clientes. Además, era jugador afortunado y bebedor.

Su rival pertenecía a la numerosa falange de los gauchos que, sin tener malos instintos, les place la vida vagabunda, encontrando en la pulpería singulares deleites, pero que cuando se enamoran vibran apasionadamente, siendo capaces de todas las locuras. Era un experto jugador de truco e inspirado guitarrero, y amaba a Fermina con amor desesperado, no importándole que la madre lo rechazara porque confiaba en sus atractivos y en su audacia.

Por el camino, después de la conversación inesperada que tuvo con doña Tiburcia, pensó dedicarse al trabajo, y en vez de concurrir a la pulpería se dirigió a una estancia próxima, donde sabía que necesitaban un peón.

—No me van a acetar — díjose, — porque creen que no sirvo pa nada.

Pero se engañó, porque el capataz, que lo conocía, lo tomó diciéndole:

—A ver si sentás la cabeza, calandria loca...

Y él contestóle, riéndose:

—El trabajo es menos pesao cuando se hace cantando.

Y se retiró contento de su resolución.

—Aura — pensó — no dirá la vieja que soy un haragán.

Pero, al otro día, llegado a la estancia, no había acabado de desensillar, cuando el capataz le dijo:

—No desensille, Mariano, porque el patrón no quiere que se tomen más piones.

El lo miró alelado, y al notar su reserva, comprendió que no lo querían por su mala reputación de jugador, y volvió a ensillar su caballo, despidiéndose del capataz sin protesta, porque bien sabía que el hombre no tenía la culpa del desahucio.

—Una vez que vino, la llamó la madre — díjose con melancolía.

Y volvió a la pulpería, decidido a no hacer más gestiones.

Cuando se apeó, se encontró con Tomasito, quien, ya beodo, parecía esperarlo en la tranquera.

—¿Qué tal amigazo? — le interrogó con malicia, — ¿ya acabó el trabajo? No he visto hombre más suertudo que usté.

Y él, exasperado por la burla de su rival, le contestó dispuesto a castigarle:

—Seguro que has sido vos o tu padre el que ha dao malos informes de mi persona...

—Si no se precisa, amigo; en tuitas partes lo conocen demasiao... ¿pa qué embarrarse?...

Mariano no pudo más. El despecho y la cólera reconcentrados le salieron de golpe en un rebencazo furibundo, y el mocetón cayó dando gemidos, mientras de la pulpería acudían, al oir los gritos, el padre y varios paisanos.

El montó de un salto, y corrió a galope tendido en dirección a la casa de su prenda. Pronto estuvo cerca de su rancho. Desmontó y se acercó a él, con sigilo. Estaba decidido a llevársela "en ancas", si ella accedía — por supuesto, — porque si no sería imposible.

Agachándose, se aproximó a la tranquera, temeroso de que la madre lo descubriese, cuando ella apareció en el umbral, arrebolado el rostro y los ojos humedecidos por el llanto.

—Vení despacio — le dijo, — tengo que hablarte.

Ella miró hacia el patio, y no viendo a la madre se aproximó, perpleja.

—¿Qué querés — preguntóle toda estremecida. — Decí pronto, porque aura no más viene mama...

—Vengo a buscarte pa llevarte conmigo; no sé ande, pero a alguna parte en donde seremos más felices.

—No, no — exclamó ella. — No me pidas eso.

—Güeno — repuso él con energía. — Si no venís aura no me verás más en la vida.

La muchacha se puso a llorar, mientras él la tomaba de la cintura, cargándola.

En ese momento apareció doña Tiburcia, y al ver la escena, atropelló al grupo gritando:

—Soltála, facineroso, borracho...

Y él — en un instante de debilidad, que siempre se reprochó — soltóla, vencido, y corrió hacia su caballo, en tanto doña Tiburcia arrastraba a su hija de un brazo para llevarla al rancho.

—

Algunas leguas más allá, Mariano detuvo su caballo sudoriento y dijo por segunda vez su frase consagrada, y esta vez con desaliento infinito:

—¡Una vez que vino, la llamó la madre!

J. T. ROJO

LAS COMEDIAS DE LA VIDA

EL CESANTE

PERSONAJES: Don Amaranto (cincuenta a sesenta años). Arnaldo (veinticinco a treinta).

Lugar de la acción: un paseo público en pleno día primaveral y luminoso. Algunos niños juegan bajo la perezosa mirada de tres o cuatro sirvientes. Los dos protagonistas de este diálogo caminan en sentido opuesto, y de pronto, cuando conviene al autor, se reconocen y se saludan.

Arnaldo. — ¡Caray!... Don Amaranto. Pero ¿es usted?

Amaranto. — Relativamente, mi querido amigo...

Arnaldo. — ¡Qué sorpresa!... Usted en la calle a estas horas.

Amaranto. — ¡Llevo tantas ya!...

Arnaldo. — ¿Es que no hay oficina hoy?...

Amaranto. — Sí, pero, para mí, como si no hubiese... ¡Me han despedido!... Hace tres semanas que me echaron de ella, y ya me ve... paseo...

Arnaldo. — Pero...

Amaranto. — Al principio, la costumbre me llevaba a la puerta del establecimiento donde presté mis servicios, y allí me estaba durante mucho tiempo viendo el entrar y salir de aquellas gentes, a quienes yo consideraba como cosa propia, por tratarse de mis clientes. Después, me prohibieron la estancia allí; y todos los días mientras llega el momento de regresar a mi domicilio, paseo por esta hermosa avenida, pensando en lo que debemos pensar los pobres: en la injusticia de la vida, que se parece a la política en que no tiene entrañas.

Arnaldo. — ¡Pobre don Amaranto!...

Amaranto. — Lo que más me horroriza es que sepan en mi casa que estoy cesante.

Arnaldo. — ¿Es que lo ignoran?

Amaranto. — Sí, señor, me falta valor para decírselo a los míos. Y todas las mañanas, como siempre mi desdichada mujercita me llama, diciéndome: "Anda. Que son las siete. Que vas a llegar tarde"... Y yo me apresuro; desayuno veloz como en otros tiempos, y dando un beso a mis hijas, me lanzo a la calle... ¡a la calle!... a no hacer nada, hasta la una, que regreso y paso allí dos horas, para volver a pasear como en este instante... Es horrible, ¿verdad?... Pues aquí me tiene... Serían tan desgraciadas mi esposa y mis pobres niñas si supieran que estaba cesante!... Por esto, yo les oculto lo que me sucede, y créame usted que se me saltan las lágrimas cuando mis dos hijas, acariciándame, se ponen a considerar lo mucho que trabajo, los calores que sufro y las inclemencias que padezco por ir a cumplir con mi obligación.

Arnaldo. — Bien; pro, ¿y el sueldo?

Amaranto. — Pido limosna. En los primeros días se me hacía muy cuesta arriba; pero después me he ido acostumbrando. Claro está que guardo en lugar seguro lo que me dan, para llegar después al fin del mes, con todo junto y más alegre que "unas pascuas", entregar a mi mujer la "mensualidad", y hacer cuentas y proyectos, y repartir, como de costumbre, lo que ella cree que he ganado, y en realidad, de verdad es así; ¡pues si usted supiera lo que trabajo porque no trabajo!...

Arnaldo. — Es extraordinario lo que usted me dice.

Amaranto. — Comedias de la vida, amigo mío. Comedias sin grandeza, si usted quiere; sin originalidad, si le parece; pero verdaderas, y yo creo que conmovedoras. La emoción que experimento cuando, al llegar a mi casa, veo a mis niñas que me aguardan amorosamente y amorosamente tienen conmigo las ternuras que sólo el alma de un padre puede comprender y justipreciar, me dice que lo que yo realizo es algo noble, pues contribuye a la alegría de los míos, a preseverarlos de la tristeza y a redimirlos de la desesperación. ¡Si mis hijas y mi compañera sospechasen lo que sucede!... Las mujeres son asustadizas y tímidas. Lo más insignificante las perturba y hiere. En cambio, los hombres debemos ser valerosos y no rendirnos ante la fatalidad ni la desgracia. Por esto, yo le suplico que si acaso ve a alguno de mi familia, no le diga nada. Deseo que no conozcan la verdad hasta que no exista remedio.

Arnaldo. — ¿Y usted cree que podrá lograrlo?...

Amaranto. — Yo lo creo!... Esa es mi ilusión. ¡Si usted supiera lo que padezco cuando, llegado el domingo, salgo de paseo y traigo a mis niñas y a mi mujer a este mismo sitio, por ser el que más les agrada a ellas!... Como los guardas y los habituales concurrentes a este lugar me conocen ya y saben que pido limosna, empiezan a murmurar viéndome vestido de fiesta, dando el brazo a mi señora, que luce sus mejores galas, y acompañando a mis hijas, que exhiben sus trajes de señoritas de clase media... Las palabras rústicas de los guardianes y las exclamaciones de sorpresa de mis favorecedores del día anterior, me llenan de sobresalto, y pienso con amargura que ellas podían sospechar lo que sucede. Claro está que en su inocencia, ¿cómo van a suponérselo?... Pero podía darse el caso, y entonces, ¡figúrese lo que ocurriría!...

Arnaldo. — Tiene usted razón.

Amaranto. — En fin, amigo mío, adiós. Allí viene un caballero que todos los días me da algo. Quiero salir a su encuentro. Quien algo quiere, algo tiene que exponer, y yo expongo mi dignidad. Adiós...

Presurosamente echa paseo abajo. Arnaldo, solo, se pone a meditar, y como tiene algo de filósofo y ha leído tanto y escuchado tantas diatribas contra la limosna, se detiene a pensar en aquel caso aflictivo, pero humano. Y su filantropía se estremece ante la imagen del pobre viejo, que es tan noble, que para evitar a los suyos el menor dolor, se expone cotidianamente a la vergüenza de implorar la caridad de sus semejantes. Y con cierta ironía recuerda cuanto ha visto y oído en contra de la mendicidad, y de su pensamiento se preocupa un instante con la idea de la misericordia, a quien la mezquina burocracia humana quiere sujetar a normas y reglas fijas. Pero cuando su tristeza reflexiva y soñadora sube de punto, es al ver, lejos de donde ocurrió la anterior escena, a una de las chicas de don Amaranto, que junto a un estudiante ríe, enamorada y feliz. Y no sabe por qué se le ocurre la disparatada consecuencia de que para la dicha de los demás hace falta que alguien sufra, padezca y se sacrifique.

La venganza del indio

Por F. Defilippis Novoa

UNA quietud sobrenatural, religiosa, de eternidad, de muerte, flotaba en el aire bochornoso. El corazón de la tropa permanecía angustiado. Hacía un día que ni siquiera un pájaro veían posarse en los árboles. Raleaba la vegetación, y la sed se unía al hambre.

A la espalda los grandes montes, la maraña de la selva pocas veces hollada por el pie del soldado; las picadas abiertas con tanto sacrificio como peligro; los pozos de agua amarga que habían hecho enflaquecer a las mulas, morir a los hombres. Y no había otra agua que beber. Cada nuevo pozo que se abría era un purgante nuevo. Aquella loca expediciós iba a la muerte. Treinta los hombres que la componían, excesivo número nunca aconsejado por la práctica. Treinta hombres que alimentar; treinta bocas sedientas para beber, cuando diez, quince hombres de tropa bastan y sobran para repeler una agresión o castigar una horda de indios mal armados y peor disciplinados.

El comandante, fuerte e imponente voluntad, sabía todo eso; pero no creyó nunca que la expedición durase tanto. Calculó tres días de marcha, al cabo de los cuales habría batido a los indios mandados por los correntinos desertores; los habría hecho huír hacia el corazón del Chaco, y habría regresado con la hacienda robada a los vecinos del fortín, y con seis meses de tranquilidad por delante. Y, después de todo, con una lección bien dada a los bandoleros que se sirven del indio para cometer sus fechorías.

Desde que salieron del fortín, a veinte leguas del Tostado, hacía ya cinco días, no había el comandante abandonado el puesto de vanguardia. Dos veces cambió de mula, y no se atrevía a mirar al mataco que marchaba a su lado sirviéndole de guía, por temor a confirmar lo que sospechaba, y la tropa dejaba entender con frases sueltas.

Aquella tierra tétrica, aquel campo espectral del que hasta los pájaros huían, no podía ser guarida de indios ni de malevos. Nunca el indio se aparta de las corrientes de agua de las lagunas o de las aguadas. Y allí no había ni arroyos, ni lagunas, ni aguadas.

¡Oh! ¡Si hubiesen sorprendido al guía en las noches, mientras la tropa dormía, acechar desde el hoyo en que descansaba! Sus ojos fulguraban de perversa alegría por entre las negras crenchas que le tapaban la frente.

Por tres veces, el más castigado de la tropa, el soldado Medina, se había acercado al jefe con un caraguatá, cortado a costa de su vida, porque al pie de la milagrosa copa de agua clara, puesta por la naturaleza como un regalo para el caminante en mitad del Chaco, está echando la muerte en los colmillos de la víbora. Y el comandante había bebido ávidamente.

¡Bravo, sufrido, hecho a todo, el soldado criollo aquel bravo soldado patrio corrido de los cuerpos de línea por la conscripción y refugiado en los batallones provinciales como última etapa de la vida de la antigua milicia nacional!

El comandante era también de aquellos hombres, y por eso merecía la confianza y el respeto del "enganchado". Como él, su escuela fueron los cuerpos patrios; había participado de la guerra del Paraguay y formado en Santa Fe su batallón de veteranos a la antigua. Y como al soldado viejo lo echaron del ejército los conscriptos, las nuevas orientaciones políticas lo echaban a él de las capitales hacia el Chaco, a justificar la existencia de su tropa alzada frente al ejército de línea.

Medina, la última vez que ofreció a su jefe la milagrosa copa de caraguatá, tímidamente se atrevió a decirlo:

—Comandante, este es el campo del infierno. Un día más y estaremos en el campo de la muerte, de donde nadie ha regresado.

El comandante lo miró fijamente, y Medina sostuvo la mirada y agregó:

—Yo anduve hace ocho años cerca de acá, huyendo de mi provincia, de Santiago, y me salvó un milagro.

—¡Mataco! — llamó el comandante, deteniendo su mula y deteniendo al indio. — ¿Sabes bien por dónde nos llevas?

—Llevando bien, mi coronel.

—¿Dónde está el indio?

—Siempre andando. — Y bajó la vista.

Siguieron.

A las dos leguas se sentó la mula del teniente.

La naturaleza era verdaderamente de muerte. Un quebrachal se alzaba como una bandera sostenido por una mano oculta en aquel mar de quietud.

De la tropa se levantó un rumor de rabia. De todas partes no debía de acechar la muerte. Un camino hacia la vida debía de haber. El quebrachal, como centinela, indicaba la salvación y el peligro; pero ¿quién podría comprender su mudo lenguaje.

Subió un soldado al más alto palo del pequeño monte, como un gato. Y quedó en observación, constituyendo el árbol en "mangrullo".

A sus pies se tendió la soldadesca. El hambre, que en los primeros días les daba sueño, ahora les desvelaba, y un cansancio y una laxitud rabiosa les echaba en tierra.

El comandante quiso recorrer a pie el terreno elegido para el campamento, pero se sintió sin fuerzas, y se tendió a la sombra de un espinillo. No se oía volar ni un insecto. Su frente hervía; su amor propio habíale hecho despreciar el alimento para que sus soldados sufrieran menos hambre. Se abismó en reflexiones acaloradas. Vió su fortín asaltado por los malevos; vió luego armarse los pocos soldados de la guardia y perseguirlos. Ahora eran los indios los que huían; un santón conjuraba por el castigo de los blancos que los

echaban al monte espeso, o a los campos áridos, sin agua y sin plantas, donde los animales mueren de miedo. Y era un mundo de espectros, el inmenso ejército indio echado de las fértiles llanuras del país, corriendo a través de las pampas, sedientos, hambrientos, delirantes, rabiosos. Los antiguos reyes del continente, vagaban perdidos en la inmensidad de los campos de la muerte... Y eran los soldados, ellos, la vanguardia de la civilización, los que condenaban a los indios a habitarlos.

En aquellas soledades hostiles en que todo falta, no era extraño que el indio comiese carne de perro. Encontraba justificado hasta la antropofagía. Entre los indios iba su tropa, rotosa, fiera, horrible. Iba él también, y a su lado, riéndose de ellos por haberse vengado, su guía, el mataco impeturbable, sumiso y esquivo.

Abrió los ojos sobresaltado, y vió parado a su vera, al guía que le miraba sonriendo.

Se incorporó avergonzado y rabioso.

Le anunciaron entonces que el teniente coronel estaba enfermo, seguramente de hambre. Vió cerca del grupo, la mula cansada, hecha un esqueleto y ordenó la matasen.

El cuchillo de Medina se hundió en la garganta de la bestia, y, una hora después, chisporroteaba la leña con la grasa derretida.

Como fieras comieron todos. Un viejo milico se apartó llevando bajo la chaquetilla un bulto extraño: la vejiga de la mula para saciar su sed.

La disciplina, vencida por la miseria, no servía para nada. Un soldado se negó a subir al "mangrullo". El indio sonreía con sus ojos como dos carbones encendidos.

Llegó el anochecer y se tendieron a dormir sin montar guardia. Intimamente ansiaban la presencia de la indiada para que concluyera con sus sufrimientos.

Amanecieron otros. La luz del nuevo día les devolvía la vida.

El jefe se incorporó anhelante. Había que continuar la marcha o morir.

El soldado que calmó su sed con la vejiga de la mula, se sentía enfermo. El indio miraba a todos con recelo.

Lleno de una energía delirante ordenó el jefe que un soldado subiera al "mangrullo", y cuando estuvo en lo alto, otcó el horizonte como quien busca la costa en que ha de hacer pie, inútilmente.

Medina, tendido, con el oído en tierra, escuchaba silencioso.

—Coronel, — gritó de pronto, — viene gente.

Y el hombre del "mangrullo" gritó:

—¡Indios!

Rápido abrazaron las armas. El guía miró hacia el monte. No podían ser indios los que se acercaban. ¡Y no lo eran!

El indio no anda en tropilla por la selva.

Hubo un momento en que las pisadas de las caballerías no se oyeron más. Se alejaban sin duda. La tropa, con las armas montadas, desfalleció. El comandante, rabioso, disparó su carabina. El eco retumbó por los montes con estruendos acrecentados por la soledad. Un segundo después se oyó un silbido distante. Otra carabina disparada al aire.

Y, más tarde, gritos, voces de mando. Después se vieron los chambergos de la tropa de línea.

Era una expedición que había salido de Formosa, al mando del más bravo de los coroneles, en persecución de otros indios salteadores. Habían cortado el Chaco, y bordeando el campo de la muerte, perseguían un rastro.

Viejo en las lides de las campañas chaqueñas, el coronel de línea, adivinó la traición de que era víctima la expedición de soldados santafecinos del Tostado, y venía en su ayuda, con mulas cargadas con provisiones y con agua.

Por todo saludo, el viejo coronel dijo al jefe de la milicia:

—Comandante de los Ríos, fusile a su guía.

Y cuatro soldados avanzaron para cumplir la orden.

Inmutable, se adelantó el indio, prisionero.

El comandante lo vió tal cual le entreviera en su ensueño, marchando a su lado, saboreando su venganza. La muerte cercana no le infundía pavor Era su raza que por él protestaba de la injusticia de los blancos. Era el alma aborigen que acusaba a los hombres por el desierto; por la ilevantable condena a muerte que los echaba hacia los campos del infierno, en que falta el agua, y de donde hasta las fieras huyen.

Humano, noble, el comandante miliciano vió la atrocidad de la condena, y mandó a las filas a los tiradores.

—Huya de acá, — díjole al indio. — Y el mataco, impasible, como si el regalo de la vida no fuera para él nada, se internó en el monte, mirando de soslayo los restos de la mula, que habrían de sostenerle en su larga travesía...

Cuando, después de dos días de marcha cortando selva, se separaron las expediciones, preguntó el jefe de línea al miliciano:

—Comandante, ¿por qué no mató a su guía?

Y el comandante respondió:

—¿Para qué? A los campos de la muerte condenamos nosotros a su raza, por la codicia de sus tierras. A ellas nos llevó para que supiéramos lo que en el desierto se sufre. ¡Pobres indios! Su venganza es más humana que nuestra crueldad.

Los fortines del Tostado no fueron atacados más por el indio, pero meses después, retiraban al jefe miliciano de aquella zona.

¡Era demasiado débil para conquistar el desierto!

Bajo el buen sol



SOL de la tarde! has enredado tu luz en las últimas ramas de los árboles altos para contemplar a las pequeñuelas.

Como yo, has detenido un minuto tu marcha para escucharlas.

¡Sol de la tarde! ¡Sigue brillando aún para que no cesen la ronda y los cantos...

En el claro grande de la plaza han enlazado sus manos las pequeñuelas y el coro de voces sin matices, de vocecitas blancas, canta a la elegida, que ríe en el centro con la carita iluminada.

"Déjenla sola
solita y sola
que la quiero
ver bailar".

Se ha volcado en el aire un hechizo de paz y el eco del canto delicioso y pueril pasa sobre el corazón, besándolo.

Con el eco viene volando una bandada de recuerdos a posarse en la frente y el alma se identifica más con las pequeñas, clarificándose como un cristal atravesado por la luz.

—¡Elegida! ¡Elegida que ríes, yo también lo fuí! Y en la inquieta ronda de la vida, tú como yo, volverás un día a ser "la elegida"...

Sobre las piedrecillas crujen los pies lijeros.

¿Saben acaso las pequeñuelas aquella secreta armonía que anima sus ritmos en esa ronda musical?

Ellas nada saben.

En su gracia espontánea ignoran que sus cuerpecitos pudieran vestir túnicas flotantes, y los piececillos sandalias griegas...

Danzan con los cabellos rubios y morenos al viento y la policromía de sus vestidos sugiere en mí la idea de las marimoñas locuelas del campo, ataviadas con sus colores vivos y vibrando inquietas con el más leve aletear del viento.

"Déjenla sola
solita y sola".

Y dentro del corazón se queda, sonando, el estribillo...

Bajo el buen sol mañanero la ancha vereda iluminada va cobrando una animación creciente.

Es una calle de suburbio, pobre y forzosamente rica en chiquillos. Alguna riqueza an de tener los desheredados: ellos la labran en sus hijos.

Bajo el buen sol mañanero van saliendo a la calle todos los pequeñuelos. No les basta el amplio patio común.

Ellos se sienten instintivamente como en una gran jaula.

Buscan la libertad que no los cerca con sucios muros opresores.

Anhelan el aire puro que se entibia en el sol más generoso de la calle.

¡Si adentro hasta parece sucio y deslucido ese sol que es tan lindo!

Y la ancha vereda se diría de fiesta con su enjambre de chicos.

Yo paso entre ellos, dando la mano a mi pequeño, y al pasar algunos chiquillos detienen su juego y me sonríen.

Recojo en la mía esa sonrisa, que repentinamente nos une en su simpatía, como un ligero y fuerte lazo.

"Amiga desconocida — me dicen mudamente las caritas risueñas — confiamos en ti y te sonreímos como al buen sol, como a los árboles de la plaza, como a sus piedrecillas".

Porque yo soy así para ellos: algo que ha pasado a la vera de su alegría interior, que no sabe de complejidades ni puede presentar la complejidad enorme del mundo.

Fugazmente medito en la gracia de esa sonrisa ofrendada al pasar.

¡Oh valor incomparable de la sonrisa de los pequeños! Nosotros, los grandes, no sabemos sonreirnos así.

Están llenos nuestros ojos de una seriedad que nos hace hostiles, porque ya hemos dejado de ser hermanos del buen sol y de los árboles y de las piedrecillas...

Por la misma calle regreso a mi casa. La turba de chicuelos salta y ríe bajo el buen sol, que ilumina las caritas sucias besándolas con el mismo amor con que besa a las flores del parque y al agua cristalina de las fuentes.

Mi pequeño tímidamente sonríe también y me mira. Yo comprendo todo.

¡Tú también estás preso y solo en una jaula estrecha!

Tú también eres un pajarillo...

En medio de un camino está el surtidor de agua clarita, que ríe, ríe siempre cautiva en su tazona de mármol blanco.

Es un chorro pequeño, tan pequeñito que apenas puede alzarse un palmo, pero en su alegría loca de vivir finge brincando mil alturas distintas, levanta airoso su penachito transparente, y cuando no puede ya sostenerse en lo alto se quiebra en cristalitos menudos y vuelve a ser pequeño y a reir, a reir...

Hay un alma de niña traviesa aprisionada en el surtidor. Un alma de niña que adora la risa quintaesenciada de alegría, la dulce risa buena, espuma blanca de la vida.

Riendo se entrega toda a los pequeñuelos que la cercan, acosándola. Revolotean a su alrededor contagiados de su alegría, con los frescos labios extendidos para posarse en el agua que los besa y se deja, besar, riendo siempre...

Uno y otro, y otro se inclinan sobre ella; la encierran en la boquita ávida, intentan morderla, la aprisionan, pero ella surge de nuevo, tenaz, trémula en su alborozo, como una chiquilla, y espera otra vez el beso de esos labios purísimos que guardan escondido el gusto de las fresas tempranas.

En medio de un camino la verás al pasar.

La resguarda de las inclemencias del cielo un árbol viejo, con sus grandes ramas extendidas como los brazos de un abuelo.

El agua clara brilla riendo: se baña desnudita y diáfana en el rayo de sol que atraviesa el follaje buscándola; sube brincando y cae deshecha en cuentecillas de cristal que ruedan por la tazona de mármol blanco.

En su leve susurro parece decir riendo: "Dejad que los niños lleguen hasta mí".

"Yo soy como ellos pequeñita e inagotable de alegría".

En medio del camino ella ríe. Ríe siempre esperando los pequeñuelos que la besan con sus labios frescos y dulces como fresas tempranas.

A. N. C.

El alma de los cabellos

Yo quisiera ser poeta para cantar una loa, en un soneto, a sus hermosos cabellos rubios. No son oro, no son cobre, no son bronce. Y son todo eso. Un pintor se vería en aprietos para fijar en el lienzo los extraños, extraordinarios matices en sus rizos misteriosos. Para describirlos, en música, necesitaría el alma de Chopin. No, no se ría usted. Esto, que le parecerán a usted frases aventuradas, son una verdad, casi axiomática. Sutilice. Hay críticos que han descubierto el color del sonido.

No fué una carcajada la que saludó la frasedel joven disertante; fué un coro de gorjeos escapados de gargantas juveniles, fué risa melodiosa que sonaba a delicada música. En un rincón de la sala se habían agrupado tres jovencitas que daban sus primeros pasos en el mundo social y un estudiante de leyes, que ya pisaba el último año de su larga carrera. De las primeras, dos eran morochas y rubia la otra. Marta, Julia y Magda.

El disertante, Ballester, quedó perplejo, pero se rehizo.

—Bueno — continuó, — ya he tenido mi premio. Las he regocijado. Y me he dado el placer de escuchar risas que son trinos.

—Continúe, continúe, señor Ballester, — solicitó Marta, la morocha picaresca. —Sus rarezas nos encantan. ¿No hay nada para los cabellos negros?

—Sí, y para las bocas rojas de pulposos labios. ¡Oh! Yo dedicaría un poema a cada mujer si la inspiración me acompañara y el verso no me negara su ritmo. Y entre todos esos poemas ¡perdónemelo usted! surgiría más brioso, más inspirado, más bello, má pleno de armonías aquel que expresara mi admiración por lo cabellos indefinibles de Magda.

Terció Julia en el debate.

—¿Así le impresionan los cabellos de Magda? ¿Cree usted que a belleza femenina no reune otros detalles más salientes que el de los cabellos? Si hablara usted de los ojos de Magda, de la boca, de los dientes...

—Sí, pero antes rendiría homenaje a los cabellos. ¡Oh, los cabellos! Hay cabelleras que tienen alma. Tiemblan, acongojadas, bajo un golpe de sol muy violento; se adormecen dulcemente, con voluptuosidad, al influjo de la luz de las bujías; se agitan, se enmarañan, para protegerse una hebra con otra cuando el viento, muy brusco, con impetuosidades masculinas se lanza sobre ellas para besarlas, estrujarlas y poseerlas arbitrariamente.

Marta y Julia sonreían. Era su sonrisa enigmática. ¿Burla? ¿Aprobación? Magda, en cambio, permanecía seria, con sus ojos azules muy abiertos, como si mirara una inmensidad lejana.

—Creo, — dijo Marta, — que es usted el único hombre que se dedica a esos estudios espiritualistas de los cabellos. He leído muchos poetas y ninguno ahonda tanto como usted.

—Se lo habrán callado por egoísmo. Porque los poetas suelen ser egoístas. Suelen callar las bellezas muy sutiles que descubren. Aluden solamente a las que resaltan, las que todo el mundo advierte. Además, sienten el egoísmo de los avaros y ocultan su tesoro. Es lo que quieren para ellos solos. Un gran poeta, que llenó el siglo con su nombre, D'Annunzio, se ha divorciado para contraer enlace con ua mujer joven, y no por su juvetud, sino por sus cabellos. Y dijo de ella: "Es la única mujer en el mundo que tiene cabellos como las mujeres del Ticiano". No hay dudas de que él, antes que yo, sorprendió el alma de los cabellos, que hablan por sus matices, robándole a la luz los secretos elocuentes de sus rayos. En el alma, si nuestro espíritu necesita de la voz para expresar sus emociones, el cabello necesita de la luz. Por tanto es más sutil, más delicado, más difícil de ser comprendido. Sólo los poetas muy concentrados lo penetran, lo abarcan.

—Pero... la química, en su avance siempre constante, ha encontrado el medio de reformar la naturaleza. Ya sabrá que existen tinturas... ¡Ah, qué apuros para los pobrecitos poetas! ¿Cómo podrán descubrir el alma de los cabellos?

—Así como, detrás de una antifaz, se adivina un rostro bello, así el poeta, bajo el disfraz de la tintura, advierte el color y alma verdadera de las cabelleras burladas. Conceptúo un delito, que las leyes debieran castigar, el acto de teñirse el cabello.



—¡Ay, Dios mío! Y ya está usted próximo a terminar su carrera. Y terminándola... estamos amenazadas de que sea usted juez. Habrá que apresurarse a echar los cimientos de nuevas pasiones.

Y otra vez vibraron, sonoras, las carcajadas. En ese instante morían los últimos compases de un cadencioso boston y las parejas, al diseminarse por el salón, cortaron sus conversaciones. Muchos rostros se volvieron hacia el grupo aislado.

Marta, dirigiéndose a Magda, interrogó:

—¿Qué opinas tú sobre esta grave cuestión de los cabellos? Me parece que nuestro estudiante está fantaseando y que más que doctor en leyes nos va a resultar un poeta futurista. ¿Verdad?

Magda permaneció callada, sonriendo levemente, enigmática. Luego murmuró:

—No sé. No sé... Pero admiro a esos hombres que ven más lejos que nosotras. Somos frívolas. Amamos nuestros cabellos por coquetería, los estimamos como un adorno del rostro, como un marco. Los torturamos con extrañas formas. Nos servimos de ellos como de un juguete. Y, en realidad, lo son todo. Quizá revelen impresiones más sutiles que las que revelan los ojos.

Las dos morochas celebraron, risueñas, las frases de Magda.

—Señor Ballester, ya ha ganado usted su primer pleito. Que sea enhorabuena. Le felicitamos entusiastas. Con su lógica convincente, otros muchos pleitos ganará. El mundo le pertenece. Será suyo. ¡Oh! ¡si todos los doctores en leyes fuesen poetas!... La tierra sería un Edén.

Ballester, con los ojos fijos en la cabellera de Magda, continuó:

—Vean ustedes esas hebras sueltas. Corren, sobre ellas, asi como escalofríos de oro, que dicen su emoción del momento. La masa, color bronce, es el pedestal, de esas omociones. Sólo les falta vibrar y las vibraciones serían ese misterioso lenguaje que los poetas de verdad los poetas muy sutiles, deben buscar empeñosamente. El arte encontraría así una nueva veta.

Y después de una pausa agregó:

—Lo demás, todo está gastado. Todo es viejo.

o o o

Y en el vasto salón, a derecha, a izquierda, vibraban palabras, risas, frivolidades, frases frías, discretas, mesuradas, impuestas por la inflexible ley mundana.

Y las cabelleras de las damas, ya rubias, castañas, negras o indefinidas, abrían su alma misteriosa bajo las bujías deslumbrantes, sin que nadie percibiera la sutileza de sus secretos, que encerraban tesoros de expresiones aun incomprendidas...

El buen humor del cincuentón

—El diablo quiso tentar a las pecadoras e inventó el rouge. Y ahora está desesperado.

—¿Por qué

—Porque no puede distinguir entre las pecadoras y las otras.

* * *

Cadenas

DE ROSAS. — Las del amor (Que se deshojan al segundo día).

DE HIERRO. — La del matrimonio. (Las más pesadas que han existido en la vida).

DE CRISTAL. — Las de la gratitud. (Se hacen tan frágiles porque así pueden romperse fácilmente).

DE ACERO. — Las del odio. (se rompen, pero no se doblan).

DE MADERA. — Las de la ambición. (Con ellas pueden hacerse escalones).

* * *

—¿Qué es la edad de oro, papá?

—La edad en que una muchacha puede hallar un hombre rico que se case con ella.

* * *

Minutos de angustia

Los que pasa la novia cuando el novio tarda en llegar el día de la boda.

* * *

Los que pasa el empleado, antes de entrar a ver al jefe, cuando le dicen que éste lo llama.

* * *

Los que pasa el examinado que estaba "muy recomendado" a un examinador y éste falta de la mesa en el momento del examen.

* * *

Los que pasa el marido antes de hallar una explicación 'creíble" para quitar importancia a un llamado telefónico hecho con voz femenina.

* * *

Los que pasa la esposa cuando ha dicho que el traje le costó 40 pesos y la modista envía la cuenta por 200.

* * *

Los que pasa el niño que ha roto el florero de Sévres y que no encuentra gato, perro, amiguito, ni criada a quién echar la culpa.

* * *

Entre amigas

—Créeme mi marido me debe mucho.

—Sí, sí... ya lo sabemos. Pero le debe más a tu modista.

* * *

La tía solterona, millonaria y que vivía entre santos, había prometido a su única sobrina un regalo espléndido — repetía varias veces la palabra — para cuando se casara. Y la fantasía de la muchacha erraba entre un collar de perlas, un auto o una casa.

—Será lo único que sacaremos de ella — había dicho el padre, bien enterado de que los millones irían a parar a la iglesia.

Y en esa esperanza, la sobrina multiplicó atenciones y hasta incluyó a la tía en el cortejo a pesar de las protestas justamente fundadas del que eligieron para su compañero.

El día de la boda empezaron a llover obsequios. A las tres de la tarde llegó la tía con un paquetito que era como una caja. No había querido enviarlo por temor a que se extraviase... ¡Valía tanto!... La novia, deshaciéndose en agradecimientos, cortó las cintas, apartó papeles y sacó de entre ellos un cuadrito, bajo cuyo vidrio se veía un retrato en un óvalo, inscripciones latinas, un sello, varias firmas... ¡Era la bendición papal!

* * *

Una viuda hizo colocar una lápida en la sepultura de su esposo, con esta inscripción: "Mi dolor es inmenso; no lo puedo soportar".

A poco resuelve contraer nuevas nupcias, y para justificarse, sin alterar la consignación de su inmenso dolor, hace añadir a la consabida inscripción: "sola".

* * *

Entre hermanitos:

—¿Has visto que el nene que acaba de traernos papá de París es completamente calvo y sin dientes?

—¿No habrán engañado a papá vendiéndole un bebé viejo por uno nuevo?

* * *

—Considerando, Vicente,
que, si no yerro la cuenta,
tú has cumplido los sesenta
y tu mujer sólo veinte;
ya que has logrado casarte
con ella, ten caridad;
no la llames tu mitad,
sino tu "tercera parte".

* * *

—¡Siempre hablando mal de tus amigos!

—¿Y de quién voy a hablar mal si dado mi bondadoso carácter no tengo enemigos?

* * *

Una preguntita a los lectores: ¿Conocen ustedes, por ventura, alguna persona más sincera, más inteligente, más capaz, más meritoria y mejor intencionada que ustedes mismos?

GRANITOS DE SAL

Hay un tipo de mujer insufrible: la cotorra; pero hay otro tipo más insufrible aún: la muda.

* * *

La mujer reune más virtudes que el hombre. Este mayor número de defectos. Pero la ventaja masculina finca en que la mujer tiene las peores virtudes y el hombre los mejores defectos.

* * *

Mientras el hombre se complace en intrincar el amor, retorciéndolo y dándole caracteres del problema, la mujer lo resuelve con dos letras: sí.

* * *

La mujer sabe que constituye, antes que nada, un espectáculo. De ahí que se pase las tres cuartas partes de su vida frente al espejo.

* * *

La mujer ama cuando ignoro que ama; cuando cree estar segura de que ama, es cuando no ama.

* * *

Las mentiras amorosas del hombre siembran menos desconfianza en la mujer que sus verdades.

* * *

La mujer no quiere sen engañada; pero gusta de que lleguen a su corazón mediante engaños.

* * *

Es mucho más grave para la mujer dar un beso, que consentir que se lo roben.

* * *

Por fea que sea una mujer siempre brilla en ella el resplandor de belleza cuando está enamorada.

* * *

Auscultando el corazón de la mujer, el hombre suele mostrarle el suyo.

De todo y de todas partes

EMBLEMAS POLITICOS

Muchas veces se ha discutido sin llegar a un acuerdo si la primavera era realmente la flor preferida de lord Beasconsfield, pero lo cierto es que ha llegado a simbolizar el partido conservador inglés y que el día del aniversario de la muerte del gran estadista muchos miembros de la Liga de la Primavera llevaban ramos de esta flor.



Un ramo de violetas fué hace años una especie de emblema de la adhesión a la causa imperial de Francia, y se dice que los Bonaparte adoptaron la violeta por su semejanza en el color con la púrpura imperial.

Cuando llevaron a Francia el cadáver del príncipe imperial, hijo de la emperatriz Eugenia, muerto en la campaña zulú, todos los adeptos acudieron con violetas en extraordinaria cantidad.

El clavel, adoptado como emblema floral del partido boulanguista tiene también su historia política. Según Alfonso Karr el clavel lo mismo que el lirio y la violeta desempeñó un papel importante en las discordias de Francia. En 1815, por ejemplo, pocos días antes de la restauración de los Borbones, esta flor fué adoptada como contraseña entre los partidarios de Napoleón.

LA SABIDURIA DE LOS CALIFAS ORIENTALES

La sabiduría de los califas y en general de todos los gobernadores de Oriente, es revelada por la respuesta dada por el legendario Harún - al Raschid, el famoso Califa de las "Mil y una noches". Ante él, llega a quejarse un joven, pidiendo el castigo de un individuo que se había atrevido a calumniar a su madre lo que movía al joven a pedir que se le vengara.

—Hijo mío — repuso bondadosamente Harún-al-Raschid— vas a hacer más daño a tu madre que el propio calumniador, demostrando que ella no te enseñó a perdonar.

UN AUTOGRAFO VALIOSO

¿Han oído hablar ustedes de Mr. Button Gwinnet?... Seguramente, no. Y sin embargo, un autógrafo suyo vale más caro que otro de Federico el Grande, Shakespeare o Napoleón.

Quién es ese ilustre desconocido? Uno de los cincuenta y seis firmantes de la declaración de la Independencia norteamericana, en 1776.

Los coleccionistas yanquis cifran todo su orgullo en poseer autógrafos de cada uno de los patriotas que firmaron ese documento famoso. Algunos de ellos son rarísimos, como los de Thomas Lynet y Button Gwinnet. En 1886, un Gwinnet (para hablar en estilo de coleccionista) valía 185 dólares. En 1912, se vendió en 4.600, y en 1926, en 22,500.

Ultimamente se encontró en poder de un granjero del Estado de Nueva York una carta autógrafa de Gwinnet, que se vendió en remate, después de una de las luchas más encarnizadas que se recuerdan en los anales de ventas públicas, ¡por 51,000 dólares!

EL ORIGEN DE UNA PANTOMIMA

Según el diario inglés "The Herald", el origen de la famosa pantomima "Dick Wittington y su Gato" se remonta a la Edad Media época en que el gato doméstico era un animal muy raro considerado como algo de brujería.

La leyenda, que fué conocida bajo forma de "Misterio". después como balada, más tarde ópera, luego comedia para muñecos, se convirtió en pantomima en el año 1814, representándose en el teatro Coven-Garden y tomando parte en la representación el célebre payaso Grimaldi, cuyas "Memorias" debía escribir más tarde Carlos Dickens.

Una de las curiosidades del espectáculo consistió en que el papel del gato fué representado, contra toda lógica, por un perro muy inteligente.

COMO SE PUEDE VIVIR UN SIGLO

Leemos en un estimado colega inglés, "Harper's Wine and Spirit Gazette", que el doctor Geniot, vicepresidente de la Sociedad "Los Amigos de Francia", y que muy pronto cumplirá los cien años, está ahora escribiendo un libro titulado "Cómo se puede vivir un siglo". En él declara que el secreto de longevidad estriba en beberse una botella diaria de buen vino. Manifiesta, entre otras cosas, que sólo en una ocasión, por inadvertencia, dejó de beberse la botella, y estuvo enfermo; pero que nunca más se le olvidó este pequeño detalle, habiendo lle-

gado a cumplir los noventa y nueve años y hallándose en perfecto estado de salud y actividad.

También entre los elementos directivos de la Sociedad "Los Amigos de Francia" figura el doctir Fesinger, de la Academia de Medicina. Este doctor fué durante muchos años un ferviente partidario de las curas hidroterápicas; pero llegó un día en que paladeó el vino, y desde entonces nunca volvió a probar ni a recetar el agua para usos internos.

LA BANDERA VIUDAL

Es una curiosa costumbre que se conserva y practica en el Congo. Cuando una mujer queda viuda, apenas ha salido de la casa el cadáver de su marido, coloca sobre la puerta principal una enorme bandera de paño rojo. En tanto que éste se matenga intacto, la viuda no puede, ni aún pensar siquiera, en contraer nuevas nupcias; pero se considera terminado el luto, y, por lo tanto, en situación de volver a casarse, desde el momento en que el viento u otro agente atmosférico lo desgarre o desluzca.

Lo interesante es que no se encontraría un solo pretendiente capaz de tocar a la bandera para adelantar el logro de sus deseos, porque, de ser descubierto, pesan sobre él graves castigos, entre los cuales el más grave es, sin duda, el de tener que renunciar ya para siempre a sus pretensiones matrimoniales.

NOBILE, VICTIMA DE SUS RIVALES

El caso de Humberto Nóbile, comandante del dirigible "Italia" en su malogrado vuelo al Polo Norte, no es sino otro asunto como el de Dreyfuss, a juicio del capitán Willy Meyer, de Berlín, que ha escrito un libro de 360 páginas tiulado "En defensa de Nóbile". La obra lleva el subtítulo que se explica por sí mismo: "Un esfuerzo para explicar y avalorar objetivamente las hazañas del comandante italiano".

Admitiendo francamente que Nobile cometió errores, Meyer dice: —"Cuando uno considera el trato de que fué objeto el general Nobile después de su terrible accidente no sólo por el mundo en general sino desgraciadamente y sobre todo por ciertos elementos de su propia madre patria, se encuentra uno simplemente obligado a notar ciertas semejanzas con el caso Dreyfus de Francia".

Sin embargo, basándose en el hecho de que Dreyfuss al fin fué rehabilitado, se anima Meyer en su esperanza de que la presentación que hace de hechos y cifras tal vez ayude a lograr la rehabilitación de su amigo el general Nobile.

Meyer recopila todas las pruebas disponibles para demostrar que Nobile fué perseguido por la mala suerte, pero que no es culpable del desastre. Sus conclusiones se resumen en las palabras siguientes: "Un examen imparcial de toda la expedición del "Italia", demuestra que no hay una razón para otorgarle siquiera el más ligero crédito a la acusación de que este aviador internacional, científico y valeroso, que fué precursor en la conquista de las regiones del Artico mediante dirigibles fué culpable de un acto deshonroso".

Parte del libro de Meyer se dedica a demostrar que la tragedia del "Italia" no hubiera alcanzado las proporciones que tuvo si el comandante del buque italiano "Citta di Milano" no hubiese emprendido el trabajo de auxilio, tan tibiamente como le atribuye Meyer, habiendo hecho caso omiso de muchas de las peticiones y órdenes de Nobile.

LOS BOSQUES DE FRANCIA

La porción boscosa más extensa de Francia es la comprendida entre Orleans y Pithiviers que mide 34.000 hectáreas. Los bosques de Fontainebleau y Rambouillet se extienden en 17 y 13 mil hectáreas respectivamente El bosque más antiguo de Francia es el de Francais, que tiene 10 mil hectáreas.

EL PRIMER CAÑONAZO

Un colaborador accidental del "Giornale de Italia" M. Finglie Locatelli, acaba de revelar al público el nombre del general alemán que ordenó fuera disparado el primer cañonazo sobre la catedral de Reims Se trata del brigadier Balerfeld. Esto se ha sabido por una carta que no llegó a su destino y que ha sido encontrada hace poco tiempo, en la que un sujeto llamado Grossmann escribe a un hijo del citado general, felicitándole por la hazaña de su padre.

TELEFONO Y MICROFONO

Esta palabra fué inventada en 1845 y servía para designar un aparato ideado por el capitán John Taylor: "instrumento poderoso para transmitir señales durante la niebla, por medio de sonidos que emitían unas cornetas".

El mismo nombre fué aplicado en 1854 a un sistema de lenguaje musical, inventado por Sudre.

La palabra micrófono es anterior. Fué empleada por primera vez en 1827 y aplicada a un instrumento mecánico inventado por Wheatstone, y descrito por él en el Quaterly Journal of Science.

EL CAMINO DEL PARAISO DEL CORAN

Según la creencia de los mahometanos, existe un puente llamado Alsirat, que cruza el abismo del infierno y representa al único camino para llegar al Paraíso. Ese puente simbólico es — según las enseñanzas del Corán — más fino que un pelo y más afilado que una navaja. Con ello los musulmanes indican la dificultad de llegar al paraíso, pues el menor paso en falso basta para precipitarlo a uno del puente al abismo del infierno.

UNA IGLESIA DE CRISTAL

En un barrio de las afueras de Essen, cerca de Colonia, se acaba de construir una iglesia totalmente de acero y cristal.

La original iglesia ha sido construída según el modelo presentado en la Exposición Internacional de Prensa de 1928, proyecto que llamó poderosamente, y con sobrada razón, la atención.

En la construcción de este edificio se han empleado más de cuatrocientas toneladas de acero y muchas más de vidrio verde de botellas. La idea de la construcción de la iglesia con estos dos únicos materiales se debe al profesor Barining, un conocido arquitecto de Berlín, que la propuso.

LAS MUJERES DE LAS CAVERNAS SE DABAN "ROUGE"

V. Gordon Childe, profesor de arqueología en la Universidad de Edimburgo, ha hecho un singular descubrimiento al practicar unas excavaciones en las islas Orkney. Encontró, según dice, huellas indelebles de que las mujeres moradoras de las cavernas en la edad de piedra usaban colorete.

"Hay una indudable semejanza entre la moradora de las cavernas y la mujer de nuestros días — ha dicho el profesor Childe—. También aquélla se pintaba. Hemos encontrado pequeños cacharros con colores rosa y azul, que así lo prueban".

FIESTAS MAHOMETANAS

Los mahometanos celebran las siguientes fechas: 12 Rebi, el nacimiento de Mahoma; 9 Djumada, nacimiento de Alí; 20 Djumada, toma de Constatinopla; 4 Redjeb, concepción del profeta; 27 Redjeb, ascensión de Mahoma; 1 Radamán, mes de ayuno; 17 Ramadán, muerte de Alí; 1, 2, 3 Schual, gran Biram; 1 Moharem, año nuevo, y 10 Moharemn, Ashura.

Belleza efímera



EDGARDO y Amelia, recién llegados de un viaje de varios meses por las maravillosas tierras del Brasil, se habían instalado en el lujoso departamento que ocupaban durante el invierno en la calle Cerrito, a algunos pasos de la Avenida Alvear.

Venían alegres y satisfechos, como en los primeros días de su matrimonio que, no obstante remontarse a dos lustros y un poquito más, mantenía aún encendido entre ellos el fuego sagrado del amor, tanto más intenso y exclusivo cuanto que el acontecimiento esperado ansiosamente por ambos no se había producido ni llevaba al parecer trazas de producirse. En efecto, uno de los más reputados sabios europeos, que se hallaba de paso en la capital carioca y cuya opinión en la materia nadie osaría discutir, había reconocido a Amelia y confesado su pesimismo al pobre marido consternado. Porque Edgardo tenía en verdad muy arraigado el sentimiento de la paternidad y hubiera hecho cualquier sacrificio por verlo felizmente realizado con aquella mujer a la que adoraba, más por su belleza física, menester es decirlo, que por sus condiciones espirituales. Enamorado perdidamente, seducido, alucinado, mejor dicho, por el irresistible influjo de su hermosura, de líneas acentuadas, de un sabor capitoso, de un perfume sensual, hermosura fascinadora, ante la cual se avasallaba su corazón, deslumbrado por el resplandor que de ella surgía, cegándole y envolviéndole, como si se encontrase aun bajo el hechizo áurico de aquel sol fluminense que acaban de admirar en la linda ciudad tallada en luz como una piedra preciosa. Edgardo, decía, no había aquilatado sino el valor aparente de su consorte, descuidando o desdeñando aquellos menos visibles, menos llamativos provenientes del carácter o del fondo mismo del espíritu.

Aunque ambos pertenecían a la clase más elevada de nuestra sociedad, la cuantiosa fortuna de Amelia la colocaba, sin embargo, a este respecto, en un plano superior al de su esposo. A ello obedecía, sin duda, el sello autoritario que imprimía a casi todos sus actos y ciertos aires de independencia, que si bien no la alejaban completamente de su esposo, pues se querían de veras, la apartaban hasta cierto punto de su órbita de acción y a veces también de su prudente consejo.

Desde muy niña, en el seno de su familia, rodeada de todos los halagos imaginables, nadie quiso oponerse a su voluntad. Se la agasajó, se la mimó hasta el exceso, incapaces sus padres de interponerse ante ninguno de sus caprichos, felices, por el contrario, cuando Amelia los obligaba a ceder, cuando debían someterse a las imposiciones de su temperamento o doblegarse ante las alternativas, harto frecuentes de su carácter. Era tan graciosa, había tal encanto en sus ojos, hasta en aquellos momentos en que su espíritu aparecía turbado por la contrariedad, ponía tanta picardía en sus modales al solicitar las cosas más inconvenientes o absurdas que, francamente, era menester complacerla o por lo menos perdonarle sus brusquedades intempestivas.

En esas condiciones creció, se hizo mujer, brilló en los círculos aristocráticos, arrastró en los salones el prestigio de su belleza y de sus excentricidades, fué cortejada, adulada, impuso en todas partes el peso de su fortuna y de su rango, convirtiéndose en una especie de ídolo, al que todos temían, al que todos prodigaban sus alabanzas o sus críticas, pero cuyo poder de seducción, su imperio soberano, nadie era capaz de sobrepujar.

Así conoció a Edgardo, uno de los jóvenes más apuestos de su época, muy caballeresco, gozando de mucha ascendencia entre las mujeres, a quienes agradaba su audacia varonil, su buen humor comunicativo y su facilidad de expresión, rehuyendo al principio su galanteo, provocándole luego, al notar cierto enfriamiento estudiado de su parte, para caer finalmente en la hoguera del amor, en cuerpo y alma, con ese apasionamiento y esa voluntad que distinguían sus actos, dichosa y alegre al sentir el despertar de su corazón y saberlo apto para experimentar la emoción más decisiva, la más intensa en la existencia de una mujer.

Casáronse poco tiempo después, sin conocerse a fondo, sin haberse observado recíprocamente, atraídos ambos por sus mutuos encantos, embriagados por ese exquisito perfume de juventud que flota alrededor de los enamorados, como la brisa ligera y dulce de un jardín estival.

Los años transcurrieron sin que Amelia sintiera, sin embargo, el deseo de poner un paréntesis a esa fiebre de figuración, de contagio mundano que la consumía. Con su marido o sin él, era siempre la primera en las fiestas y su nombre el que encabezaba las crónicas sociales de mayor tono.

Edgardo asistía sin poder remediarlo a este vértigo de su mujer, sobre la cual las frivolidades del mundo ejercían una atracción tan poderosa.

En vano era que intentara desviarla de esa senda, empujándola hacia horizontes más en consonancia con su situación de casada. Ella resistía, atraída imperiosamente por ese mundo donde brillaba sin esfuerzo y donde su cabecita, tan bella como vacía, se destacaba nimbada por una especie de aureolo resplandeciente.

El destino iba a herirla, empero, con toda la ceguera y la brutalidad que ocultan sus mandatos, en aquello que ella más amaba, por lo que era más amada también, suprimiendo lenta, porfiada, obstinadamente, los encantos de su rostro, arrancando uno a uno los pétalos de esa flor que era toda su persona, destruyendo de una manera cruel e inexorable el hermoso prodigio que la naturaleza había creado y que la naturaleza se complacía en disolver ahora implacablemente.

En efecto, una enfermedad espantosa, innoble, de esas que llegan porque sí, cuando menos se las espera, cuando más distante se las cree, hizo presa un día de aquel bello organismo, insinuándose arteramente, acusándose al comienzo en síntomas inquietantes, en manifestaciones aterradoras, para declararse después francamente, anulando la voluntad de la ciencia y afeando para siempre lo que había constituído hasta la víspera una de las obras más perfectas de la belleza femenina. No era la muerte, puesto que no se trataba de mal mortal, pero era mil veces peor, porque significaba el eclipse completo, total, definitivo, de una existencia que no había vivido más que para el mundo y que fuera de él no encontraría sino vacío y tiniebla.

Edgardo, por lo demás, que sólo había visto en ella la adorable muñeca de ojos lapislázuli y cabellos ensortijados, sintióse anonadado pareciéndole que su amor había sido cortado de raíz.

De lo que había exaltado hasta el delirio, no quedaba más que un mísero resto. El espíritu permanecía, sin embargo intacto, pero como nadie habíase acordado jamás de él, siguió viviendo en la soledad, visitado sólo de tiempo en tiempo por las imágenes misericordiosas del recuerdo.

De la vida inquieta

EL. — Cincuentón, calvo, sabe más que Dios, fué calaverón antes de conocerla a Ella. Hoy... ¡cómo ha cambiado.

ELLA. — seis años menos que su marido, y es inquieta, apetitosa y bonita.

Después de charlar un rato y de prodigarse muchos besos — la verdad es que fué el quien besó más, — han vuelto a sumirse en la lectura. Ella, lee una novela; él, un periódico. La escena en un comedor. Silencio largo.

EL, (dando una fuerte palmada en el periódico). — Me alegro!...

ELLA, (levanta la cabeza, cierra el libro dejando entre las dos páginas que leía un dedito de uña pulida y rosada, y clava en su esposo una mirada suspensa). — ¿De qué te alegras?...

EL. — Del bello ejemplo romántico que ofrece a sus compatriotas miss Marjorie. Una de las mujeres más lindas y de mejor corazón de los Estados Unidos.

ELLA, (ligeramente celosa). — ¿Qué me dices?

EL. — Figúrate que miss Marjorie, después de obtener el "primer premio" de un concurso de belleza, celebrado en la ciudad de Toronto, ha renunciado a la mano de un millonario para casarse con un muchacho pobre.

ELLA, (irónica). — ¿Y qué?

EL, (un poco desconcertado). — ¡Cómo "y qué"!... ¿No te parece bien?...

ELLA. — Sí, me parece bien, porque me parece natural. Si esa señorita se casa con el hombre que quiere, no realiza sacrificio ninguno... ¡Y el mérito está en el sacrificio!... (El hace signos aprobativos). Además tú exclamaste antes, al leer esta noticia: "¡Me alegro!..." ¿Por qué te alegras?... ¿Conoces al novio?...

—EL. — Me alegro porque con ese rasgo miss Marjorie demuestra a sus paisanos que hay en nosotros algo fuerte, algo irreductible que planeará siempre por encima de la hermosura física, y del dinero, y del músculo, y es la pasión, el alma... ¡Eso que nadie ha visto, y llena, sin embargo, la mitad de nuestra vida!...

ELLA. — No sé... (Hace un ademán de duda). ¿Por qué hablas así? Todos los norteamericanos que yo he conocido me parecieron unos hombres de acción muy interesantes.

EL. — ¡Sin duda!...

ELLA. — Trabajadores, emprendedores, limpios...

EL, (atajándola). — Sí, sí!... Individualmente, los norteamericanos son casi heroes, pero considerados colectivamente no me gustan. Acaso por carecer de verdaderos perfiles raciales, por ser un pueblo de aluvión, los gobernantes y los hombres de ciencia de los Estados Unidos se preocupan tanto de constituir una raza, un "tipo" absolutamente puro, y andan a la busca de ese nuevo ejemplar que ellos llaman "el niño perfecto".

ELLA, (interesada). — Ah?... Tal vez.

EL. — Pretenden hacer del hombre ideal, una especie de máquina, algo matemático sujeto a proporciones y cualidades inexorables; el norteamericano del porvenir deberá ser rubio y blanco, tendrá "equis" estatura; "equis" centímetros de cavidad torásica, "equis" peso...; su cráneo, su vientre, la longitud de sus piernas y de sus brazos, el volumen de sus músculos... ¡todo, en suma!... se hallará reglamentado, y así, "a priori", será fácil determinar la cantidad de esfuerzo útil que cada ciudadano puede aportar a la vida común. Pero esta ansia de selección — defendible evidentemente, desde muchos puntos de vista — la practican sus mantenedores con dolor manifiesto de la parte moral del individuo, porque los norteamericanos, puestos a seguir un camino, no cejan ante ningún obstáculo. Al cuerpo se le disciplina, se le metodiza, se le impone un perfil; pero al corazón, no. El sentimiento es indócil; los códigos pueden ordenar nuestra vida exterior, pero jamás podrán endosarle a nuestra alma libérrima una librea.

ELLA. — ¿Y temes tú que los poderes directores del pueblo yanqui pretenden ir tan lejos?...

EL. — Sí, ellos creen que se le puede ordenar al individuo: "quiera usted únicamente a las mujeres que yo le indique". Lo mismo que le han dicho: "Acuestese usted a "tal" hora, o "no beba usted alcohol"... ¿Cres que exagero?... (Se levanta a coger de un velador cargado de libros y revistas, un número del "Correo Mercantil", de Manila). Oye... Oye... los comentarios los harás tu misma: (Lee). "Las autoridades militares del campamento de Stotsembourg (Pampauga) han dictado la siguiente orden general, que entrará en vigor dentro de algunos días: 1º. Después que se hayan marchado los soldados del Regimiento nueve de Caballería, a ningún soldado americano le será permitido casarse con mujer filipina; y cualquier soldado que viva con una filipina maritalmente, o tenga relaciones ilícitas con una mujer filipina, con infracción de esta nueva orden, será enjuiciado ante una corte militar y condenado a penas severas". Después de otros dos artículos en que se recomienda a los oficiales vigilar severamente a los soldados para que cumplan lo ordenado, y castigarles sin dilación en caso de desobediencia, dice: "No se permitirá a ningún soldado dormir fuera del cuartel, excepto aquellos que, antes de la promulgación de esta orden, se hubiesen casado ya legalmente con mujer filipina". Y concluye: "No deberá interpretarse ninguna de las disposiciones de esta orden como censura arbitraria al enlace entre americano y filipina, toda vez que se fundan en que una experiencia de muchos años que demuestra cómo el enlace de un americano con una mujer filipina ha originado abundantes desgracias para los mismos interesados". (Doblando el periódico). ¿Qué te parece?

ELLA, (vacilando). — La determinación, efectivamente, es un poquito fuerte...

EL. — ¿Cómo fuerte?... ¡Es absurda!...

ELLA. — Los yanquis promulgan esa orden para evitar las impurezas que pueden derivarse de una mezcla de razas.

EL. — ¡Ya lo sabemos!... La parte "química" del asunto está bien. Pero... Y el corazón y los afectos, ¿no valen nada? ¿Cómo el gobierno de Wáshington impedirá a un soldado enamorarse de una filipina? Y si él la quiere a ella, y ella a él, ¿en nombre de qué supuesta selección biológica vamos a separarles?... (Un silencio). ¡Ah!... ¿Y no sabes que los Estados Unidos han resuelto no conceder derechos de ciudadanía a los japoneses, fundándose en que los japoneses son amarillos?...

ELLA. — ¡Qué graciosos!...

EL, (apasionándose). — No veo la gracia por ninguna parte. ¿No es el japonés uno de los pueblos más inteligentes y progresistas del mundo?...

ELLA, (complaciéndose infantilmente en irritar a su marido). — Pero ¿y la raza?

EL, (sin sospechar la burla). — Dale con la raza!...

ELLA. — No es prudente corregir la obra de la naturaleza, y cuando el hombre, en su prurito de renovación, trata de mejorarla, aquélla suele vengarse cruelmente. La naturaleza rechaza todo lo que no es obra suya.

EL, (mueve la cabeza negando).

ELLA, (risueña). — ¿Conoces el hecho reciente de esa mujer escandinava que, un día, distraídamente, se tragó una aguja?

—EL. — No.

ELLA. — Tres años después, se casó, luego dió a luz, y los médicos acaban de hallar la aguja clavada en un hombro del niño. La distracción de la madre la purga ahora el niño con su dolor.

—EL. — ¡Extraordinario!

ELLA. — ¿Ves?... La naturaleza devuelve cuanto le imponen y no es suyo. ¿Por qué no imitarla?

EL, (súbitamente de buen humor). — ¿Tú crees que debemos imitarla?

ELLA. — Estoy cierta.

EL. — ¿Crees que debemos restituir todo lo que no es nuestro?

ELLA. — Evidente, para no romper el equilibrio...

EL, (tomándola entre sus brazos). — Entonces, págame lo que me debes: yo, antes de que nos pusiésemos a leer, te dí, seguidos, cuarenta y cinco besos; y tú a mí, treinta: me debes, de consiguiente, quince. Conque... ¡A restituírmelos!... ¡En nombre del equilibrio universal!... (Ella ríe y empieza a besarle, mientras él cuenta:) —Uno... dos... tres... cuatro...

Comentarios históricos de Mujeres Célebres

que publicará "Fray Mocho"

FRAY MOCHO indicará a sus lectores la forma en que podrán reunir en un precioso volumen estas interesantes publicaciones.

LAURA DE NOVES	por	D'Araquy
LUISA DE LA VALLIERE	"	D'Araquy
DOÑA ISABEL LA CATOLICA	"	Augusto de Genrupt
CLEOPATRA REINA DE EGIPTO	"	Alejandro Dumas
CATALINA SEGUNDA	"	Arsenio Houssaye
JUANA DE ARC	"	Alejandro Dumas
SANTA CECILIA	"	G. Dufayl
MARGARITA DE ANJOU	"	D'Araquy
ASPASIA	"	D'Araquy
HELOISA	"	G. Dufayl
LUCRECIA	"	Alejandro Dumas
MARIA TERESA DE AUSTRIA	"	Arsenio Houssaye
JUANA GRAY	"	G. Dufayl
VALENTINA DE MILAN	"	Augusto de Genrupt
POCAHONTAS	"	Miss Clarke
MISS NIGHTINGALE	"	Miss Clarke
MARGARITA, REINA DE NAVARRA	"	M. Sainte-Beuve
MADAMA DE MOTTEVILLE	"	" "
LA DUQUESA DE MONTPENSIER	"	" "
MAGDALENA DE SCUDERY	"	" "
MADAMA ENRIQUETA, DUQUESA DE ORLEANS	"	" "
MADAMA DE SEVIGNE	"	" "
MADAMA DE MAINTENON	"	" "
MADAMA DE CAYLUS	"	" "
LA DUQUESA DE BORGOÑA	"	" "
LA DUQUESA DE MAINE	"	" "
MADAMA DE LAMBERT	"	" "
MADAMA DE NECKER	"	" "
MADAMA GEOFFRIN	"	" "
MARIA ANTONIETA	"	" "
GOETHE Y BETTINA	"	" "
MADA EMILIO DE GIRARDIN	"	" "
MADAMA DE TRACY	"	" "
EUGENIA DE GUERIN	"	" "
LA DUQUESA DE ANGULEMA		

Publicados:

MARIA ESTUARDO, N°. 931, Octubre de 1931

MADAMA RECAMIER y SAFO, N°. 932 Noviembre de 1931

Goethe y Bettina

Hemos visto una vez, si se conserva el recuerdo (1), a Juan Jacobo Rousseau en correspondencia con una de sus admiradoras que se había prendado de él hasta el punto de atreverse a amarle. Madama de La Tour-Franqueville, después de haber leído la "Nueva Eloisa", se exalta, se cree una Julia de Etange y escribe cartas muy apasionadas al gran escritor, el cual la trata bastante mal y como misántropo. Es curioso ver cuán diferentemente trató, en caso análogo, el gran poeta de Alemania, Goethe, a una de sus jóvenes admiradoras que le daclaró con exaltación su amor. Pero lo mismo en este que en el otro caso, no debe esperarse un amor verdadero, natural correspondido, el amor de dos seres que confunden los sentimientos más caros. No es pues el amor propiamente dicho, sino un culto; hay en él una sacerdotisa y un dios, con la diferencia de que Rousseau era un dios enfermo, caprichoso, atacado de mal de piedra y que tenía más días malos que buenos; mientras que Goethe es un dios superior, tranquilo, sereno, igual, sano de cuerpo y benévolo, el Júpiter Olímpico que mira y se sonríe.

En la primavera de 1807 había en Francfort una joven encantadora, de edad de diez y nueve años y tan pequeña que no representaba más de doce a trece. Bettina Brentano, hija de padre italiano, establecido y casado en Francfort, pertenecía a una familia muy original y cuyos miembros todos tenían un sello de singularidad y fantasía. Era un dicho admitido en la ciudad que "donde acaba la locura en los otros, no hacía más que empezar en los Brentanos." La joven no parece que tomara el dicho por una injuria: "Lo que otros llaman extravagancia es comprensible para mí, decía, y forma parte de un saber interior que no puedo expresar". Tenía en sí el demonio casero, el hada, lo que hay en el mundo de más opuesto al espíritu calmoso y formalista con quien estaba en guerra declarada. Si era italiana por su imaginación coloreada, pintoresca y luminosa, combinaba con ella la fantasía y la exaltación alemanas, que parecía llevar por momentos hasta el alucinamiento y el iluminismo: "Hay en mí, decía, un demonio que se opone a todo lo que quiere hacer realidad". La poesía era su mundo natural. Tenía el sentimiento del arte y de la naturaleza, tal cual solamente en Italia se suele tener; pero ese sentimiento, que comenzaba a la italiana, se traducía y terminaba muy frecuentemente en vapores y nieblas, no sin haber pasado por todos los colores del arco iris. En una palabra, en medio de tantas y tan raras cualidades como adornaban a la joven Bettina y hacían de ella una maravilla, solo le faltaba lo que se llamaría con toda claridad "el buen sentido francés", el cual quizás no se acomode bien con todos esos dotes. Parecía que la familia de Bettina, al venir de Italia a Alemania, debió haber pasado no por Francia, sino por el Tirol, en compañía de alguna cuadrilla de gitanos. Por lo demás estos defectos que se inician pueden marcarse avanzando en la vida; pero a los diez y nueve años no son más que un atractivo y una gracia más.

Hablando tan libremente de Bettina, casi tengo necesidad de sincerarme de ello, pues Bettina Brentano, que llegó a ser madama de Arnim, y viuda hoy de Archim de Arnim, uno de los poetas distinguidos de Alemania, vive en Berlín rodeada de los hombres más notables y gozando de una consideración, debida no solamente a las elevadas facultades del entendimiento, sino también a las excelentes virtudes del alma y del carácter. Esta hada, tan largo tiempo bulliciosa, resulta ser, a lo que asegura, uno de los corazones de mujer más afectuosos. Pero ella misma es quien, en 1835, dos años después de la muerte de Goethe, publicó esa Correspondencia que nos la da a conocer por entero, y quien nos permite, nos obliga a hablar de ella tan a nuestras anchas y con tanto atrevimiento. Este libro, traducido al francés por una mujer de mérito que se ha ocultado bajo el seudónimo de "Sebastián Albin," es uno de los más curiosos y más propios para hacernos penetrar en las diferencias que separan el genio alemán del nuestro. El prefacio del autor comienza por estas palabras: "Este libro es para los buenos y no para los malos". Es como si se dijera: "Honni soit qui mal y pense!

Esta joven de diez y nueve años, Bettina, fué pues quien se enamoró súbitamente del gran poeta Goethe con amor ideal y sin haberlo visto todavía. Una mañana que, estando sentada en el jardín perfumado y silencioso, soñaba en su aislamiento, se presentó a su imaginación la idea de Goethe; solo le conocía de fama, por sus libros y aun por lo mal que se hallaba en derredor suyo respecto de su carácter indiferente y frío. Su imaginación se prendó de él al instante y el objeto de su culto fué encontrado.

Goethe tenía entonces cincuenta y ocho años; en su juventud había amado un poco a la madre de Bettina. Hacía largos años que habitaba en Weimar, en la pequeña Corte de Carlos Augusto, gozando del favor o para mejor decir, de la amistad e intimidad del príncipe, ocupado en un estudio tranquilo, variado, universal, y produciendo sus obras con fecundidad incesante y fácil, en una palabra, en la plenitud de la felicidad, del genio y de la gloria. La madre de Goethe habitaba en Francfort; Bettina estrechó sus relaciones con ella y empezó a amar, a estudiar y a adivinar al hijo en la persona de esta madre tan notable y digna de aquel a quien había dado el ser.

Esta anciana, madre de Goethe, la "señora Consejera de Goethe", como la llamaban, de carácter tan elevado, tan noble, iba a decir tan augusto, enteramente llena de grandes palabras y de conversaciones memorables, en nada se complace tanto como en oír hablar de su hijo; cuando se le habla de él abre los ojos como un niño, los fijo en uno y brilla en ellos la más completa alegría. Ha hecho de Bettina su favorita; cuando ésta entra va a sentarse en un pequeño taburete a sus pies, entabla la conversación venga o no al caso, turba la gravedad de las personas que están al rededor y se permite toda licencia, segura de qua ha de ser siempre perdonada. La digna madama de Goethe que posee en alto grado el sentimiento de la realidad y el buen sentido, ha comprendido desde luego que este amor de la joven Bettina hacia su hijo no traería ninguna mala consecuencia, que esta llama, este cohete no quemaría a nadie. Se burla de los ensueños de la joven, la cual se desquita de ello por su parte con sus travesuras, pero aun burlándose de sus ensueños, se aprovecha de ellos, pues no pasa día sin que, en su soledad, esta madre feliz piense en su hijo, "y estos pensamientos, dice, son oro para mí." ¿Pero a quién había de hablar de él? ¿delante de quién había de contar su oro, ese oro que no está hecho para los profanos, sino delante de Bettina? Por eso, cuando esta locuela está ausente, cuando anda recorriendo las márgenes del Rhin, como le sucede con frecuencia, o visitando cada antigua



BETTINA



torre y cada roca, mucho la echa de menos su querida señora la Consejera:

"Date prisa en volver a casa, le escribe ésta. Este año no me " encuentro tan bien como el pasado; algunas veces te deseo con " cierto espanto, y paso horas enteras pensando en Wolfgang (nom- " bre de Goethe), cuando era niño y se revolcaba a mis pies; lue- " go, ¡qué bien sabía jugar con su hermano Santiago y contarles " historias! Absolutamente necesito alguien a quien pueda decir " todo esto, y nadie me escucha tan bien como tú. Quisiera ver- " daderamente que estuvieras aquí, junto a mí."

Bettina vuelve pues al lado de la madre de aquel a quien venera y adora; y comienzan de nuevo conversaciones interminables sobre esa infancia de Goethe, sobre lo que anunciaba desde muy niño, sobre las circunstancias de su nacimiento, sobre el peral que plantó su abuelo para señalar este bello día, sobre la silla verde donde se sentara su madre cuando le contaba las largas historias que le embelesaban, sobre los presagios y primeros indicios de su genio ya despierto. Jamás infancia de un dios fué espiada e inquirida en sus menores incidentes con más curiosidad piadosa. Una vez que atravesaba la calle con otros muchos niños, su madre y una persona que estaba con ella en la ventana, notaron que andaba con mucha majestad, y le dijeron que ese modo de mantenerse derecho le distinguía de los demás niños de su edad. "Por eso es por donde quiero comenzar, respondió; más tarde me distinguiré por todo género de cosas." —"Y eso se ha realizado," añadía la madre.— Bettina sabe todas esas cosas desde el principio mejor que Goethe mismo; a ella recurrirá después, cuando quiera recordarlas para consignarlas en sus Memorias, y con razón le dirá ella: "En cuanto a mí, ¿qué otra cosa es mi vida sino un profundo espejo de tu vida?"

Un día, Goethe era ya un bello joven, el más bello de entre los de su edad; era muy aficionado a patinar, e invitó a su madre a que fuera a ver lo que hacía. Un hermoso sol de invierno brillaba en el firmamento; la madre de Goethe, amiga de la magnificencia, se puso "un ropón forrado en terciopelo carmesí, que tenía una larga cola y broches de oro," y montó en el coche con sus amigos:

"Cuando llegamos al Mein, cuenta ella, encontramos a mi hijo " patinando. Volaba como una flecha a través de la multitud de " patinadores; sus mejillas estaban enrojecidas por el aire vivo " y sus cabellos castaños enteramente desempolvados. En cuanto " diviso mi ropón carmesí, se aproximó al coche y me miró son- " riéndose muy graciosamente: — ¡Vaya! ¿que quieres? le dije. — " Madre mía, vos no tenéis frío en el coche, dadme pues vuestra " capa de terciopelo. — ¿Pero supongo que no querrás ponértela? " —Sí que quiero ponérmela. — Héteme pues aquí quitándome " mi buen abrigo; él se lo pone, recoge sobre el brazo la cola " y se lanza sobre el hielo como un hijo de los dioses. ¡Ah! Be- " ttina, si le hubieras visto! no hay ya nada tan bello; yo aplaudía " enajenada! Toda mi vida le veré saliendo por un arco del puen- " te y entrando por el otro; el viento levantaba tras de sí la cola " del ropón que había dejado pendiente".

Y añade que la madre de Bettina estaba en la margen del río y que a ella quería agradar su hijo aquel día. ¿Pero no habéis sentido en esta sencilla reacción de la madre todo el orgullo de Latona: "Es un hijo de los dioses" ¿No creería uno verdaderamente que la que habla es, no la mujer de un mero ciudadano de Francfort, sino la esposa de un senador romano, una emperatriz romana o Cornelia?

Lo que esta madre sentía entonces, toda la Alemania ha sentido después hacia Goethe. Goethe es la patria alemana.

Cuando se leen estas cartas de Bettina, hace uno lo mismo que ella: se pone a estudiar a Goethe en su madre y se le vuelve a encontrar en ella más grande, más sencillo por lo menos y más natural antes de la etiqueta y en la alta sinceridad de su raza. Quisiera uno que hubiese recordado algo más, en su genio, estas palabras de su madre: "No hay nada más grande que cuando el hombre se hace sentir en el hombre". — Se ha dicho que Goethe amaba poco a su madre, que la amaba friamente, y que durante largos años, aunque separado nada más que por una distancia de unas cuarenta leguas, no la visitó; con este motivo se le ha tachado de egoísmo y sequedad. Creo que en esto ha habido exageración. Antes de negar una calidad a Goethe, es menester pensarlo detenidamente, pues el primer aspecto en él es el de cierta frialdad, pero esta frialdad encubre a menudo la calidad primera subsistente. Una madre no continúa amando y reverenciando tanto a un hijo hasta el último istante, cuando tiene grave motivo de queja hacia él. La madre de Goethe no encontraba ninguna falta en su hijo, y no nos toca ser más severos que ella. Este hijo amaba a su madre a su modo, al modo de entrambos, y aunque esta manera filial no sea quizás de las que deben proponerse como modelo, no era un ingrato: "Adhiérete con corazón ardiente a mi madre, escribía a Bettina... Quisiera cordialmente hallarme en estado de recompensarte por los cuidados que dispensas a mi madre. Me venía una "corriente de aire a su lado; pero ahora que sé que estás tú cerca de ella, estoy tranquilo y tengo calor." Esta "corriente de aire" no deja sin embargo de hacer sonreir; Fontenelle no lo habría dicho mejor. Algunas veces he pensado que se podría definir a Goethe a nuestra manera, diciendo que era "un Fontenelle revestido de poesía. En el momento en que perdió su madre, Bettina le escribía aludiendo a su disposición fría y enemiga del dolor que le atribuyen: "Se supone que te desvías de lo que es triste e irreparable: no te desvíes de la imagen de tu madre moribunda. Sabe cuán amante y prudente estuvo en su postrer momento y cuánto predominaba en ella "el elemento poético". Con este último rasgo demuestra bien que conoce cuál es la fibra que es menester tocar en él. Goethe responde con palabras sentidas de reconocimiento por todos los cuidados y el "reverdecimiento" que le ha debido su madre en su vejez. Pero desde este día les faltó la que formaba su lazo principal, y presto se resintieron de ello sus relaciones. Sin embargo, como he dicho que Bettina se había enamorado de Goethe, se me podrá preguntar en qué señales se reconocía este amor. ¡Oh! su amor no era un amor vulgar; tampoco era un amor natural como los de Dido, o Julieta, o Virginia, uno de esos amores ardientes que consumen hasta que haya habido satisfacción del deseo. Era un amor de cabeza y no enteramente un amor de corazón. Casi no sé como explicarlo, y Bettina misma encontraba bastante dificultad en ello. Lo cierto es que, dotada de una imaginación viva, de un sentido poético exquisito, de un sentimiento apasionado de la naturaleza, personificaba todos sus gustos y todas sus inspiraciones de juventud en la figura de Goethe y que le amaba con trasporte como al tipo viviente de todo lo que ella soñaba. Por eso este amor no fué de ninguna manera un tormento para ella, sino más bien una dicha: "Sé un secreto, decía: cuando dos seres están reunidos y el genio divino está con ellos, esa es la mayor felicidad posible." Y le bastaba por lo regular que esta reunión fuera nada más que ideal. Goethe que conocía la vida y los sentidos no menos que el ideal, había desde luego clasificado este amor y no desconfiaba de él, pero con la condición de no permitirle se le acercara demasiado. Como es sabido, el privilegio de los dioses es una eterna juventud; aun a los cincuenta y ocho años, no habría sido indudablemente un anciano bastante aguerrido para poder soportar diariamente, sin peligro, la proximidad y las familiaridades y halagos inocentes de Bettina. Pero esta vivía lejos de él y le escribía cartas llenas de vida, brillantes de sensaciones, de colores, de sonidos y de arabescos de todo género, que le interesaban y rejuvenecían gratamente. Era un ser nuevo y lleno de gracia que venía a ofrecerse a su observación de poeta y de naturalista. Ella le abría de nuevo "un libro" imprevisto "lleno de imágenes admirables y de representaciones encantadoras. Lo mismo le daba a él leer este libro que otro, con tanto más motivo cuanto que su nombre se hallaba encuadrado en la auréola de cada una de sus páginas. El llamaba a estas páginas de Bettina "Evangelios de la naturaleza: "Continúa predicando, la decía, tus Evangelios de la naturaleza." Se sentía el dios "hecho hombre" de ese Evangelio. Ella le daba sobre todo, y útilmente para su talento de artista, las impresiones y la frescura del pasado que había perdido en su vida algo ficticia: "Mis recuerdos de la juventud conocen todo lo que me dices, la escribía; eso produce en mí el efecto de la lontananza que de pronto se recuerda distintamente ,aunque uno la haya olvidado durante largo tiempo". No se prodiga con ella, pero tampoco la desanima; le da exactamente la energía suficiente para que continúe sin desmayar.

La primera vez que ella le vió, la escena fué singular, y por el modo como ella la cuenta, se ve bien que no está en Francia y que no tiene que habérselas con burlones maliciosos. Era a fines de abril de 1807; acompañaba a su hermana y a su cuñado que tenían que ir a Berlín y la habían prometido regresar por Weimar. Era menester atravesar por medio de los ejércitos que ocupaban el país. Hizo el viaje vestida de hombre, montada en el pescante del carruaje para ver de más lejos, ayudando en cada posta a desenganchar y enganchar los caballos, tirando pistoletazos por la mañana en las selvas y trepando a los árboles como una ardilla. Pues, digámoslo de paso, una de las cualidades de Bettina era ser ágil como una ardilla, como un lagarto (Goethe la llamaba "ratoncillo"). Adonde quiera que pueda trepar, bien sea a los árboles, a las rocas, a los arcos de la siglesias gótica, se encarama y se planta allí jugueteando. Un día que en una de sus travesuras había subido, al ponerse el sol, hasta las esculturas góticas de la catedral de Colonia, se complacía en escribir a la madre de Goethe: "Señora Consejera, ¡qué miedo os hubiera causado el verme desde el Rhin, "sentada en una rosa gótica!" — "Me gusta más bailar que andar, dice también en alguna parte, y más volar que bailar".

Bettina, corriendo, saltando y jugueteando, va pues caminando esta vez hacia Weimar, adonde no llega sino después de haber pasado varias noches sin dormir, en el pescante del carruaje. Apenas llega, va corriendo a casa de Weiland que conocía a su familia y le pide una esquela para Goethe. Llega y es introducida. Después de algunos instantes de espera, se abre la puerta y se presenta Goethe:

"Estaba allí, serio, solemne y me miraba fijamente. Creo que " tendí las manos hacia él; me sentía desfallecer. Goethe me recibió en sus brazos: ¡Pobre niña! ¿os he causado miedo? Esas " fueron las primeras palabras que pronunció y que penetraron en mi alma. Me condujo a su cuarto y me hizo sentar en el canapé " enfrente de él. Ninguno de los dos hablaba. Por fin, él rompió " el silencio: "Habréis leído en el diario, dijo, que hace algunos " días hemos experimentado una gran pérdida en la persona de la " duquesa Amelia, (la duquesa viuda de Sajonia-Weimar). — " "¡Ah! le respondí, yo no leo el diario. — ¡De veras! ¿yo creía " que todo lo que ocurría en Weimar os interesaba? — No, nada " me interesa como no seáis vos, y soy sobradamente inquieta para " para poder hojear un diario. —Sois una niña amable". Larga " pausa. Yo continuaba desterrada en este fatal canapé, trémula " y temerosa. Ya sabéis que me es imposible permanecer sentada " como una persona bien educada. ¡Ay! madre (a la madre de Goethe es a quien dirige esta relación), ¡es posible conducirse como " yo lo he hecho! Exclamé: "¡No puedo permanecer en este canapé!" Y me levanté precipitadamente. "Pues bien, haced lo que " os plazca", me dijo. Yo me arrojé entonces a su cuello y él me " hizo sentar sobre sus rodillas y me estrechó contra su corazón".

Tenemos necesidad de recordar que estamos en Alemania para tranquilizarnos. Ya está pues en sus brazos, lo cual es bueno por un momento; pero lo singular es que permanece bastante tiempo para quedarse dormida en ellos, pues acababa de pasar varias noches viajando y se moría de cansancio. Solo cuando despertó comenzó a conversar un poco. Goethe cogió una hoja de la vid que trepaba hasta su ventana, y le dijo: "Esta hoja y tu mejilla tienen la misma frescura, el mismo vello." Quizás creáis que esta escena es enteramente infantil y pueril; pero poco después Goethe le habla de las cosas más serias y de lo más profundo de su alma; habla con ella de Schiller, muerto hacía dos años; y como Bettina le interrumpiera que le gustaba poco Schiller, comenzó a explicarla esa naturaleza de poeta tan diferente de la suya, y no obstante tan grande, tan generosa, y que había tenido, él también, la generosidad de abrazar tan plenamente y comprender. Estas palabras de Goethe sobre Schiller rayaron en enternecimiento. La tarde aquel día o el siguiente, Bettina volvió a ver a Goethe en casa de Weiland, y como se mostra celosa de un ramillete de violetas que tenía en la mano y que ella suponía le había dado alguna mujer, se lo arrojó diciendo: "¿No puedes contentarte con que te las dé?" Es una mezcolanza singular la de las primeras escenas de Weimar, medio infantiles, medio místicas y desde el principio tan vivas; sin embargo no hubiera convenido continuarlas todos los días. En la segunda entrevista que tuvo lugar en Wartburgo, con algunos meses de posterioridad, como le faltara la voz a Bettina para expresarse, Goehe le puso la mano en la boca y le dijo: "Habla con los ojos, comprendo todo". Y cuando advirtió que los ojos de la encantadora niña, de la "niña morena y temeraria" estaban arrasados en lágrimas, se los cerró, añadiendo con mucha razón: "¡Calma! ¡calma! es lo que nos conviene a los dos." Pero no os vienen ganas de preguntar al leer estas escenas: "Qué diría Voltaire de eso?".

Prescindamos por un momento de las costumbres francesas para formarnos idea exacta de Goethe. Nadie ha hablado mejor que el que Voltaire mismo, ni le ha definido mejor y comprendido como el tipo excelente y completo del genio francés; procuremos a nuestra vez usar de reciprocidad comprendiéndole a él como un tipo perfecto del genio alemán. Goethe es, con Cuvier, el último grande hombre que ha visto morir el presente siglo. Lo propio de Goethe es la extensión, la universalidad misma. Gran naturalista y poeta, estudia cada objeto y lo ve a la vez en la realidad y en el ideal; lo estudia separadamente, y lo eleva y coloca en su rango en el orden general de la naturaleza; y entre tanto respira en él el perfume de poesía que toda cosa contiene en sí. Goehe sacaba poesía de todo y tenía curiosidad por todo. No había un hombre, una rama del estudio de que no se enterara con una curiosidad y una precisión que anhelaba saberlo todo, percibirlo todo, hasta lo más recóndito. Parecía poseído de una pasión exclusiva, y cuando ya concluía de conocerlo todo bien, volvía la cabeza y pasaba a otro asunto. En su noble casa que tenía en el frontispicio esta palabra: "Salve", ejercía la hospitalidad hacia los extranjeros, recibiéndolos indistintamente,conversando con ellos en su lengua, haciendo servir a cada uno de tema a su estudio, a su conocimiento, sin tener otro objeto en toda cosa que el engrandecimiento de su gusto: sereno, tranquilo, sin hiel y sin envidia. Cuando una cosa o un hombre le desagradaba, o no valía la pena de que se fijara más tiempo en él, se desviaba e inclinaba su mirada hacia otro punto de este vasto universo, donde tanta diversidad de objetos se brindaban a su elección; y no lo hacía con indiferencia, pero tampoco con apego; era curioso con insistencia, con solicitud, pero sin detenerse en el fondo; benévolo como uno se figura que lo sería un dios, y verdaderamente olímpico: esta palabra, al otro lado del Rhin, no hace sonreír. Si aparecía un gran poeta nuevo, un talento con el sello de la originalidad, un Byron, un Manzoni, Goethe le estudiaba en seguida con interés extremo y sin que le indujera a ello ningún sentimiento personal extraño; tenía la pasión del genio. Respecto de Manzoni, por ejemplo, a quién no conocía absolutamente, cuando llegó a sus manos el Conde de Carmañola, se enamora de esta pieza, la estudia a fondo, descubre en ella mil intenciones, mil bellezas, y un día, en su recopilación periódica (Sobre el Arte y la Antigüedad), donde vertía el sobrante de sus ideas, anuncia a Manzoni ante la Europa. Cuando le atacó una revista inglesa, le defendió con toda clase de razones, en las cuales de seguro no había pensado el mismo Manzoni. Luego, cuando vió a M. Cousin y supo que era amigo de Manzoni, se puso a interrogarle minuciosamente, con insaciable curiosidad, acerca de las menores particularidades físicas y morales del personaje, hasta que se hubo representado bien este objeto, este ser, esta producción nueva de la naturaleza que tenía por nombre Manzoni, absolutamente como él, botanista hubiera hecho con una planta. Lo mismo sucedía en todo. Con Schiller se mostró admirable por su solicitud y buenos consejos. Vió a este joven ardiente, entusiasta, arrebatado por su genio sin saberlo guiar. Mil diferencias que parecían antipatías los separaban; pero no por eso dejó Goethe de emplear su crédito en hacer que fuera nombrado Schiller profesor de historia en Jena. Luego, habiéndolos aproximado un incidente feliz, se hizo la fusión, e insensiblemente fué dando dirección a este genio que todavía buscaba su rumbo verdadero. La correspondencia, publicada después, ha presentado a Goethe aconsejándole, influyendo saludablemente en él sin hacerse valer, encaminándole a lo bueno como pudiera hacerlo un padre o un hermano. Llamaba a Schiller un "Ser magnífico". Goethe lo comprendía todo en el universo, — todo, excepto dos cosas quizás, el cristiano y el hé-

roe. En esto hubo en él un flaco que dependía algo del corazón. No es muy seguro que a Leónidas y Pascal, sobre todo al último, no los haya considerado como dos enormidades o dos monstruosidades en el orden de la naturaleza.

A Goethe no le gustaba el sacrificio ni el tormento. Cuando veía alguna persona enferma, triste y preocupada, recordaba de que manera había escrito su Wherter para desechar una idea importuna de suicidio: "Haced lo que yo, añadía, dad a luz esa criatura que os atormenta y no sentiréis ya dolor en las entrañas". Su madre sabía también la receta; un día escribía a Bettina, que había perdido por un suicidio una amiga joven, la canonesa Gunderode, y que se había vuelto muy melancólica: "Mi hijo ha dicho: "Es menester gastar con el trabajo lo que nos atormenta". Y cuando tenía alguna pesadumbre, hacía con ella un poema. Muchas veces te lo he repetido, escribe la historia de Gunderode y envíala a Weimar; mi hijo la desea, la conservará, y al menos ya no tendrás ese peso sobre el corazón."

En cuanto el rápido examen que vamos haciendo nos permite describirlo, tal era el hombre a quien Bettina se había puesto a amar, pero a amar como a entre ambos cumplía, esto es, con llama que acaricia y no quema.

Desde este día de la entrevista y luego que hubo regresado a Francfort, le escribió acerca de todas las cosas, le participó todos sus pensamientos, unas veces tomando el tono del himno y de la adoración y otras el de la alegría y el chiste. Algunas veces, también esta efusión a que cede es tan extraña que raya en lo ridículo: "Cuando estoy en medio de la naturaleza, le escribe, cuya vida íntima me ha hecho comprender vuestro espíritu, confundo a menudo vuestro espíritu y esta vida, y me tiendo sobre el verde cesped abrazándole..." Le repite con sobrada frecuencia: "Eres bello, grande y admirable, y mejor que todo lo que he conocido... Como el sol disipas las tinieblas..." En tales momentos le habla como se hablaría a Jehovah; pero casi en seguida expresa ideas tan vivas y galanas que embelesan. La carta que puede denominarse "Bajo un tilo", porque en ella se describe un tilo hueco, está toda llena de vida, de gorjeos de pájaros, y de zumbidos de abejas en el panal. Ella misma, en estos momentos, dirigiéndose al poeta y quejándose de no ser amada como ella ama, exclama con razón: "¿No soy yo la abeja que va volando y te lleva el néctar de cada flor?" Pero Goethe es como Juan Jacobo, como todo poeta: está enamorado, pero enamorado de la heroína de su novela y de su fantasía. No habría dado Rousseau la Julia de su creación por madama de Moudetot misma. Bettina tiene momentos de buen sentido en que iluminada por una pasión verdadera se apercibe de esta reciprocidad tan desigual y se queja de ella: "¡Oh! no peques contra mí, dice a Goethe, no te formes un ídolo esculpido para adorarlo en seguida, mientras tienes la posibilidad de crear entre nosotros un vínculo misterioso y espiritual." Pero este vínculo enteramente espiritual y metafísico que sueña, este amor en el aire, podría decírsela, ¿es acàso el vínculo verdadero?

Goethe, a diferencia de Rousseau, es sumamente agradable con la misma a quien tiene distante de él; repara al momento, con una palabra graciosa y poética, sus frialdades aparentes o reales y las cubre con una sonrisa. Esta niña amable y juguetona le hace recordar el tiempo en que era mejor, más verdaderamente feliz, en que todavía no había desviado y sacrificado en parte a la contemplación y a la reflexión exterior su alma primitiva, interior y más delicada. Reconoce que le debe un rejuvenecimiento de espíritu y una vuelta a la vida espiritual. Con frecuencia le devuelve sus propios pensamientos revestidos de ritmo: "A Dios, niña encantadora, la dice, escríbeme presto, a fin de que tenga pronto algo que traducir." Ella le suministra temas de poesía: él los borda y ejecuta. ¿Osaremos decir que con frecuencia nos parece que la flor natural se ha convertido así en flor artifical más brillante, más pulida, pero también más descolorida y que ha perdido su fragancia? El mismo parece que reconoce esta superioridad de una naturaleza opulenta y caprichosa, que se produce cada vez bajo una forma siempre sorprendente y nueva: "Eres hechicera, mi joven bailarina, la dice; en cada uno de tus movimientos, nos arrojas de improviso una corona."

¡Pero ella le comprende tan bien y sabe admirarle tanto! No solamente se podría extraer de estas Cartas de Bettina un Goethe ideal, sino también un Goethe real, vivo, bello aun y magnífico bajo las facciones de la primera vejez, risueño bajo su frente apacible, "con sus grandes ojos negros un tanto abiertos y enteramente llenos de amabilidad cuando la miran." Ella siente tan bien en él la dignidad que emana de la grandeza del espíritu, que le dice: "Cuando te vi por primera vez, lo que me pareció notable en tí y me inspiró a la par que una veneración profunda un amor decidido, es que toda tu persona expresa lo que el rey David dice del hombre: "Cada uno debe ser el rey de sí mismo". Y esta dignidad en Goethe, en su talento como en su persona, se aviene muy bien con las gracias tiernas o sencillas, sino con las gracias severas y algo meditadas: "Amigo, le dice ella todavía con pasión, podría estar celosa de las Gracias; son mujeres y te preceden constantemente; donde tú te apareces, aparece contigo la santa Armonía." Le comprende bajo las diferentes formas que ha tomado su talento, bajo la efímera y tormentosa de Werther, como bajo figura más tranquila y superior que ha prevalecido: "Torrente soberbio, ¡oh! ¡con qué ímpetu atravesabas entonces las regiones de la juventud, y cuán manso pasas ahora, al través de las praderas!" Con qué desdén algo celoso la toma con madama Stael que al principio creía encontrar en Goethe un segundo Werther y estaba muy contrariada y pesarosa de haberlo hallado tan diferente, como si por esto le hubiese juzgado inferior: "Madama de Stael se ha equivocado dos veces, decía Bettina, la primera en su esperanza y la segunda en su juicio".

Sin embargo, esta joven tan viva, este diablillo tan móvil que tiene en sí no sé que del espíritu etéreo de Mab o de Titania, tiene también, como Mignon de Wilhelm Meister, sangre italiana en las venas. Por mucho que procure Bettina hacerse alemana en lo posible, no consigue contentarse enteramente con esta veneración estética e ideal que no basta a la naturaleza. Hay momentos en que, sin apercibirse bien de ello, desea más; quisiera pasar toda una primavera con su augusto amigo. Quisiera darse enteramente en espíritu, pero en cambio le dieran también: "Es posible recibir un presente, sin darse uno mismo también como presente? Lo que no se da por completo y para siempre, ¿puede llamarse una dádiva? Ahora bien, Goethe se muestra, pero no se da. Le escribe cartas cortas y a veces por medio de un secretario; esto la irrita y hace murmurar. Pide poco, pero que este poco sea el menos enteramente suyo: "Tú me tienes en mis cartas, dice ella, pero ¿acaso te tengo yo en las tuyas?" Desde la muerte de la madre de Goethe, Bettina tiene más motivo para quejarse; pues esta buena madre conocía a su hijo y explicaba a la joven como se percibía la emoción del poeta en estas pocas líneas rápidamente trazadas y que de escribirlas otro habrían parecido poca cosa: "Yo conozco bien a Wolfgang (Goethe), decía; ha escrito esto con el corazón lleno de emoción." Pero desde que falta a Bettina esta intérprete perspicaz para tranquilizarla, a veces llega a concebir dudas. Por lo demás, el dolor no tiene tiempo de insinuarse a través de todas estas explosiones de fantasía y de estos cohetes brillantes, y cuando uno la lee, repite con el mismo Goethe que esas son amables ilusiones: "¿Pues quién podría razonablemente creer en tanto amor? Más vale aceptar todo eso como un sueño."

Si Goethe estuviera realmente enamorado, adviértase que tendría por qué estar celoso de Bettina, pues esta se aficiona corriendo, a muchas cosas y a muchas personas. Dejo aparte los bellos húsares franceses, los jóvenes artistas de Munich, a quienes predica el arte, el arte sensible, italiano, y no vaporoso; pero los grandes rivales de Goethe en esta joven alma entusiasta, son el héroe tirolés Hofer y el gran compositor Beethoven. Hofer, el héroe de las insurrección del Tirol, es la primera infidelidad de Bettina. En la primavera de 1809, cuando vuelve a encenderse la guerra por todas partes y están a punto de darse las batallas de gigantes, Bettina no puede permanecer indiferente. Desde Munich, donde reside entonces, observa con ansiedad sin igual todas las faces de ese santo y patriótico alzamiento de los tiroleses, los cuales se sacrifican por su emperador que los abandona primero y luego los entrega. En

vez de esas fantasías habituales en las cuales juguetea como la abeja o la mariposa, causa mucha extrañeza a Goethe el recibir de ella cartas ardientes en que le dice: "¡Oh Goethe! ¡por qué no he de poder ir al Tirol y llegar allí a tiempo para morir como mueren los héroes!" La captura y muerte de Hofer, a quien dejan fusilar, le arrancan palabras de dolor y de alta elocuencia moral. Las respuestas de Goethe a esos acentos heroicos son curiosas. Componía durante ese tiempo, durante los días de Wagram, su fría novela de las "Afinidades electivas", a fin de apartar su pensamiento de las desgracia del tiempo. El grito ardiente de Bettina le inspira esta pacífica reflexión: "Al poner tu última carta con las otras, encuentro que "cierra una época interesante" (1807-1810). Tú me has conducido al través de "un delicioso laberinto" de opiniones filosóficas, históricas y musicales, al "templo de Marte," y en todo y siempre conservas tu sana energía..." He ahí al naturalista contemplador que aprecia y refleja las impresiones de su alrededor, pero sin sentirlas. La felicita por su "energía," aplaude ésta, pero prescindiendo de ella. Desde el punto de vista en que se ha colocado, no ve en estas escenas, donde se han sacrificado multitudes de hombres por causas grandes, más que "transformaciones caprichosas de la vida." En la sangre derramada de los heroes tiroleses, tampoco ha visto más que un perfume de poesía: "Tienes razón, escribía a Bettina, en decir que la sangre de los héroes derramada en la tierra renace en cada flor". Otra vez más repito que no es el heroísmo el lado superior de Goethe.

Se ha dicho de Goethe que era un dios olimpiano, pero no era ciertamente un dios del Olimpo de Homero: cuando se dan tales batallas al pie de los muros de Ilion, Homero hace descender a ellas a todos sus dioses.

Después de Hofer, como segunda infidelidad de Bettina, debe contarse a Beethoven. Desde el primer día que le vió en Viena, en mayo de 1810, experimentó Bettina lo que había sentido por Goethe: olvidó el universo. El gran compositor, sordo, misántropo, amargo con todos, fué para ella, desde la primera visita, franco, confiado, abundante en buenas y magníficas palabras: en seguida se sentó al piano y tocó y cantó para ella sus canciones más divinas. Lleno de alegría al ver su modo de oir y su aprobación franca e ingénua, la acompañó hasta su casa, y la decía mil cosas sobre el arte, en el camino:

"Hablaba tan alto y se detenía tan a menudo, cuenta ella, " que era menester valor para estar oyéndole; pero lo que decía " era tan inesperado, tan apasionado, que yo olvidaba que estába- " mos en la calle. Muy atónitos se quedaron en nuestra casa al " verle llegar conmigo. Después de la comida, se sentó espontánea- " mente al piano y tocó largo tiempo y admirablemente bien; "su " genio y su orgullo fermentaban juntos."

Es un don raro y una prueba de genio también, preciso es reconocerlo, el saber suavizar a los genios hasta ese punto. Beethoven estaba enterado de la intimidad de Bettina con Goethe; le habló mucho de éste y deseó que sus pensamientos sobre el arte le fuesen repetidos por ella. Estas conversaciones de Beethoven están admirablemente expresadas por Bettina: la sencillez de su genio que tiene el sentimiento de su fuerza, que desdeña su tiempo y confía en el porvenir, una naturaleza grave, enérgica y apasionada, se pintan en ellas en palabras memorables. Este Beethoven causa en mí todo el efecto de un Milton. Estamos aquí, nótese bien, con los más grandes de los hombres, con los muy grandes, y el honor de Bettina es el haber sabido ser un digno intérprete de Beethoven a Goethe. Goethe se conmueve y responde con emoción y complacencia. Son dos reyes, dos reyes "magos" que se saludan de lejos por medio de este pajecillo travieso que hace tan bien los recados, y que lo hace esta vez con grandeza. Todavía aquí conserva bien Goethe su carácter de curioso que estudia y procura explicarse naturalmente los seres y las cosas. Está enajenado de gozo al ver a un "individuo" tan grande como Beethoven venir a aumentar su colección y su conocimiento: "Mucho placer he tenido, dice, en ver reflejarse en mí esa imágen de un genio original." Este grande espejo de la inteligencia de Goethe se estremece involuntariamente cuando en él se refleja un nuevo objeto digno de él. Goethe y Beethoven se vieron dos años después, en Toeplitz. En esta entrevista de dos genios iguales y hermanos por tantos conceptos, y de los cuales el uno juzga al otro. Beethoven conserva manifiestamente la superioridad moral.

Hay dos cartas suyas dirigidas a Bettina. Es evidente que el corazón de Beethoven fué impresionado por esta jóven que sabía escucharle tan bien y responderle con sus bellas y expresivas miradas. Al leer estas dos admirables cartas, se pregunta uno: ¿Por qué no amó a Beethoven en lugar de Goethe? habría encontrado quién le hubiese devuelto don por don. Beethoven era ciertamente tan apasionado por el arte como podía serlo Goethe, y el arte hubiera querido apartarse de ellos más aún; exclamaba con dolor y melancólico en su genio, separado del resto de los hombres, y hubiera querido apartarse de ellos más aun; exclamaba con dolor y simpatía: "Cara, carísima Bettina, ¿Quién comprende el arte? ¿Con quién conversar de esta gran divinidad". Con ella es con quién hubiese podido explayarse, pues la decía, "querida niña, hace largo tiempo que profesamos la misma opinión sobre toda cosa".

Menester es que todo tenga su fin. Bettina se casó en 1811 con M. de Arnim, y su intimidad con Goethe, sin cesar jamás, se resintió de ello. Con toda la complacencia posible de imaginación, ya no había medio de continuar el sueño como antes. Esta intimidad pasó gradualmente al estado de culto inmutable y de recuerdo. Bettina convirtió paulatinamente en reliquias todo lo que había sido el perfume y el incienso de su juventud.

Yo hubiera querido dar idea más completa y cabal de un libro que tanto difiere de nosotros, de nuestro modo de sentir y sonreir, tan distante en todo de la raza gala, de un libro en que entra tanta fantasía, gracia, altas apreciaciones y locura, y en que el buen sentido solo sale con un disfraz de travesura y capricho. Un día que Goethe se había paseado largo tiempo con Bettina en el parque de Weimar, la comparaba a la mujer griega de Mantinea que daba lecciones de amor a Sócrates ,y añadía: "Tú no pronuncias una sola palabra sensata, pero tu locura instruye más que la sabiduría de la Grecia." ¿Qué podríamos añadir a semejante juicio?

Pero al día siguiente del en que se haya leído este libro, para volver a entrar de lleno en la verdad de la naturalza y de la pasión humana y purgar el cerebro de toda veleidad quimérica y de toda nebulosidad, aconsejo mucho se vuelva a leer la "Dido" de la "Eneida", algunas escenas de "Romeo y Julieta" o también el episodio de Francisca de Rimini en Dante, o simplemente a Manon Lescaut.

